

Hilario Gómez Saafigueroa

PANTOCRÁTOR

Una aventura en Bizancio

PANTOCRÁTOR

©Hilario Gómez Saafigueroa, 2001-2005

Madrid, España

hgomez@inicia.es

ISBN: 84-607-5306-9

Nº de registro propiedad intelectual: 4951202

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Nota preliminar

Estimado lector:

Aunque no hay un completo acuerdo entre los historiadores, se considera que los orígenes del Imperio bizantino hay que buscarlos en las profundas reformas que los emperadores Diocleciano y Constantino acometieron a finales del siglo III y principios del IV después de Cristo para tratar de dar al Imperio romano la estabilidad y seguridad perdidas a lo largo de la centuria anterior. El nuevo Imperio se caracterizaba ahora por el absolutismo imperial, la centralización administrativa y la sacralización de la figura de un emperador mayestático y distante.

La fundación en el 330 d.C. de la nueva capital, Constantinopla, una ciudad a caballo entre Asia y Europa, entre el mar Negro y el Egeo, la progresiva cristianización del mundo romano, la mayor prosperidad de las provincias orientales frente a la creciente decadencia de las occidentales y la definitiva división del Imperio romano en dos entidades políticas diferenciadas a finales del siglo IV, fueron hitos en un proceso de transformación que desembocó en el nacimiento de un peculiar producto histórico, fruto de una afortunada fusión de romanidad, helenismo, cristianismo y elementos orientales: el Imperio bizantino.

A lo largo de los siglos, Bizancio conoció períodos de esplendor y de decadencia. Bajo Justiniano, en la primera mitad del siglo VI, el Imperio romano de Oriente se sintió lo suficientemente fuerte como para lanzarse a la reconquista de las provincias occidentales ocupadas por los bárbaros. Bajo la dirección de grandes generales como Belisario y Narsés, el norte de África, Sicilia, Italia, Dalmacia y el sur de Hispania volvieron a la soberanía romana y el Mediterráneo se convirtió de nuevo en un lago romano.

Pero el coste de la reconquista, las epidemias, las guerras contra Persia, las invasiones bárbaras y las disputas teológicas debilitaron a Bizancio y lo llevaron al borde del precipicio; sólo en el último momento, como ocurriría otras muchas veces en su milenaria historia, lograría salvarse de la mano de gobernantes eficientes y decididos. Así, a pesar de perder Siria, Palestina, Egipto y Cartago a manos de los árabes, de retroceder en Italia frente a los lombardos y en los Balcanes frente a eslavos, ávaros y búlgaros y de debatirse en nuevas querellas doctrinales, Bizancio resistió, se transformó y, como el ave Fénix, renació. Hasta

la segunda mitad del siglo XI, ningún estado, ni cristiano ni musulmán, pudo competir con el Imperio. E incluso después, tras la marea turca, Bizancio se mantuvo en pie y continuó resplandeciendo hasta que su energía, finalmente, se agotó y cayó.

Sirvan, pues, los párrafos precedentes para ponerte en antecedentes la época en la que se desarrolla este relato, ambientado en las tierras del Imperio romano de Oriente en los últimos meses del reinado de Constantino VII Porfirogénito (913-959), el más cultivado de los emperadores de la dinastía macedónica, defensor y promotor de las artes y las letras. Bizancio, fuerte y lleno de energía, avanza victorioso en Oriente, donde el antes esplendoroso califato abasí de Bagdad se ha fragmentado en diversos principados independientes. Lo mismo ha ocurrido en Occidente, donde el Imperio carolingio ha terminado dividido en varios reinos feudales; el más fuerte de ellos, el Reino franco Oriental, pronto se convertirá en el Sacro Imperio romano-germánico. Mientras, algo más al sur, en tierras de al-Andalus, el califato de Córdoba brilla con luz propia y compite en esplendor con Constantinopla.

Pero no todo es gloria y magnificencia en la capital del Imperio. Bajo los opeles de la corte se esconde con frecuencia la traición y el crimen...

Prólogo

Cartas y recuerdos

α

Martes, 15 de abril, tercera indicción¹.
Año 6498 de la Creación (990 d.C.)
Decimocuarto año del reinado de Basilio II
Villa de Manuel Kolastés, a cinco millas al norte de Atalia
Thema² de Kibyrröetes (Asia Menor)

CUANDO UNO ES VIEJO Y YA NO TIENE demasiado que esperar de la vida, cualquier alegre acontecimiento que rompa la rutina puede convertirse en la excusa perfecta para montar un pequeño festín. La vida siempre merece ser vivida, aunque con moderación, pues, a estas alturas, uno ya no está para demasiados excesos. Con la barba rala, el cuello grasiento, el vientre hinchado, la cabeza pelada, la mirada hundida, el paso torpe y las manos temblorosas, ¡quién se reconoce en las locuras de la juventud! ¡Cuán lejanos parecen ya los recuerdos de las aventuras vividas, de la sangre derramada, de los amigos perdidos, de las mujeres amadas! Ahora, en el ocaso de tus días, ver madurar las mieses, medrar los campos, conversar sosegadamente con tus viejos amigos, pasear por el jardín de la mano de tu esposa, ver crecer a tus nietos y prosperar a tus hijos... ¿Acaso no es más que suficiente? Tan sólo precisas alguna pequeña chispa de excitación de vez en cuando.

Eso va a ser para nosotros la celebración de la Pascua el próximo domingo, en compañía de mi hijo Teodoro y su familia. Sus deberes como navarca³ le obligan a pasar mucho tiempo fuera de Constantinopla, realizando maniobras navales o inspeccionando las bases de la marina imperial y de las flotas provinciales. Ha sido una de esas misiones la que le ha traído al thema de Kibyrröetes en estas fechas y ello le ha permitido venir a visitar a sus ancianos padres. Cuando ayer recibimos la noticia de que la galera de Teodoro acababa de amarrar en el puerto militar de Atalia y que con él venían su esposa Eudoxia y sus hijos, mi querida Sofía casi se volvió loca de alegría. ¡Hacía tanto que no los veíamos! La pobre está encantada con sus dos nietos, que andan todo el día de un lado para otro, poniéndolo todo patas arriba y volviendo medio locos a los criados. Mi mujer parece haberse quitado unos cuantos años de encima: sus ojos han vuelto a iluminarse y el color ha retornado a sus mejillas.

Es una pena que la distancia nos impida encontrarnos más a menudo con nuestros hijos, pero así es la vida; el Imperio es demasiado grande y el correo demasiado lento para poder dar satisfacción a los anhelos de dos ancianos. Pero al

¹ *Indicción*: sistema de datación medieval que referenciaba los años dentro de ciclos de quince.

² *Thema*: distrito militar regional; provincia.

³ *Navarca*: alto oficial de la marina bizantina.

menos nos queda el consuelo de saber que hemos cumplido con nuestro deber de padres y que dejamos a nuestros hijos en buena situación. Helena –que nos escribe de vez en cuando desde la lejana Trebisonda donde su marido, el protoespatario⁴ Cosmas, ejerce como turmarca⁵ del estratega de Caldia–, parece la mujer más feliz del mundo; no debe ser de otra manera, pues en su última carta nos anuncia un nuevo embarazo, ¡el quinto! En cuanto a Pedro, su juventud parece haberle proporcionado la energía y la determinación necesarias para convertir el pequeño astillero heredado de su tío-abuelo materno en uno de los más importantes de Tesalónica. Lo último que hemos sabido es que él y su joven esposa estaban en Constantinopla por asuntos de negocios. Ahora esperamos ansiosos su próxima carta.

Claro que nuestra familia no está formada sólo por nuestros hijos y parientes directos. ¿Acaso Artemio no se ha ganado el derecho a formar parte de ella? Ya esclavo, ya manumitido, siempre ha estado con nosotros y ha compartido conmigo momentos de placer y de peligro. Ahora, en la madurez, en compañía de sus hijos y de su amada Constanca, administra nuestras posesiones en Nicea con tan buen sentido que Sofía y yo hemos decidido que lo mejor es que él las herede cuando pasemos a mejor vida.

Sí, lo hemos hecho bien y creo que nos hemos ganado el derecho a gozar de una vejez apacible. Lástima que las continuas guerras contra los búlgaros impidan a los romanos disfrutar tranquilos de la prosperidad de su Imperio. Está visto que Dios quiere seguir poniendo a prueba la fe de su pueblo.

He aprovechado que Teodoro está aquí para ponerme un poco al corriente de la marcha de la guerra. Lo malo de vivir en provincias es que las noticias suelen llegar tarde y de forma fragmentaria. Por eso, uno de mis pasatiempos favoritos es bajar de vez en cuando hasta Atalia y dejarme caer por el puerto para ver qué nuevas han llegado con los mercantes y las galeras que allí arriban. Lo menos que puede pedírsele a un anthypatos⁶, por anciano y respetable que sea, es que esté mínimamente informado de la marcha del mundo.

¡Los búlgaros! Parece que los romanos estaremos condenados a guerrear para siempre con estas bárbaras gentes, por muy cristianas que sean. Ni siquiera nuestros viejos enemigos –los musulmanes– resultan tan peligrosos, porque mientras que con estos últimos la guerra tiene lugar en las lejanas fronteras de oriente, con los escitas⁷ hay que luchar a las puertas de casa, en Grecia, en Iliria, en Tracia... Por fortuna las murallas de Constantinopla son un obstáculo demasiado formidable para las ambiciones de su rey Samuel. Cada vez está más claro que trata de revivir los triunfos del gran Simeón y sospecho que incluso tiene la vana esperanza de conquistar el Imperio y convertirse en autócrata de romanos y

⁴ *Protoespatario*: dignidad honorífica.

⁵ *Turmarca*: jefe de una división del *thema*; lugarteniente del estratega.

⁶ *Anthypatos*: procónsul; dignidad honorífica.

⁷ *Escita*: denominación culta bizantina para los búlgaros y otros pueblos.

búlgaros. Lamentablemente para él, sus deseos no coinciden con los de la Romania, ni con los de nuestros santos emperadores.

Sin embargo, las noticias que habían llegado hasta nosotros durante esta primavera eran muy poco tranquilizadoras; durante las recientes turbulencias internas del Imperio, los búlgaros habían recuperado el terreno perdido años atrás frente al emperador Juan y avanzado hacia Tesalónica, lo que había obligado al emperador Basilio a acudir en persona allí para organizar su defensa frente al invasor. Y como Pedro y su familia viven en esa ciudad, Sofía y yo hemos estado muy preocupados, hasta que hemos sabido que se encontraban a salvo en la capital.

Según me contó Teodoro durante la cena, los combates y las escaramuzas en Iliria y Macedonia son constantes y cruentos, pero las armas romanas, bajo la dirección del propio emperador y del Doméstico de occidente⁸, Nicéforo Uranos, han logrado estabilizar la situación y asestar serios reveses al enemigo, conjurando la amenaza que pesaba sobre la segunda ciudad del Imperio, poblada por más de sesenta mil almas.

Ahora, los esfuerzos militares se centrarán en asegurar la región en torno a Tesalónica y en recuperar Beroea, la plaza que defiende el acceso a la ciudad desde el oeste y que los búlgaros tomaron tiempo atrás. Sin embargo, parece que ese es un objetivo que llevará su tiempo, pues el enemigo se ha hecho fuerte en ésta y otras zonas.

—Como sabes, padre, los búlgaros son excelentes soldados —me recordó Teodoro— y han sabido aprovechar bien las lecciones que tantos años de guerra les han brindado. Su caballería, pese a ser pequeña en número, está muy bien equipada y entrenada, si bien el grueso de sus fuerzas lo sigue componiendo la infantería. Pero ésta no puede competir, hombre por hombre, con nuestra infantería pesada o con nuestros mercenarios rusos. Sin embargo, su gran ventaja es el conocimiento del terreno. Y, como tú me enseñaste, el que controla los desfiladeros y las quebradas, domina la batalla.

—Parece que la guerra será larga y difícil —comenté.

Teodoro asintió y bebió de su copa.

—Sí, más de lo que la gente cree. Nos enfrentamos a un pueblo orgulloso y lleno de energía, de lo contrario no habrían podido reconstruir con tanta rapidez su reino. Pero, por fortuna, el Imperio es fuerte. Al final, con la ayuda del Todopoderoso, lograremos someterlos y veremos desfilar a Samuel y a los suyos por la Mesé⁹, camino del Hipódromo, para postrarse a los pies del emperador.

Traté de imaginarme la escena por un momento. La capital engalanada bajo un cielo azul, las avenidas cubiertas de pétalos de flores, los soldados vistiendo resplandecientes armaduras, el enemigo humillado y encadenado, arrastrando su desgracia por las calles de Constantinopla, entre los insultos del populacho y los vítores a las tropas triunfantes, las trompetas y los tambores atronando el aire... Sí,

⁸ *Doméstico de occidente*: desde finales del siglo X, el jefe de los ejércitos imperiales en Europa.

⁹ *Mesé*: la principal avenida de Constantinopla.

desde luego será un buen espectáculo, siempre y cuando Dios sea clemente y esté con nosotros.

Teodoro había comenzado a explicarme algunos otros aspectos tácticos de la guerra búlgara cuando vi de reojo cómo mi esposa, a quien nunca le habían hecho demasiada gracia ese tipo de historias, se revolvía en su sillón, carraspeaba y luego fruncía el ceño. Al cabo de tantos años de matrimonio la conocía demasiado bien como para no darme cuenta de lo que significaban aquellos gestos y lo que nos esperaba.

Tal y como supuse, la regañina no tardó más que unos instantes en ser descargada sobre nosotros:

—¡Ya está bien! —exclamó Sofía, con ese brillo de furia en los ojos tan característico de ella— ¿Os parece que éste es el lugar y momento adecuado para hablar de sangrientas batallas y de cuerpos desmembrados? ¡Guerra, caballos, armas! ¡Parece ser de lo único que sois capaces de hablar cuando los dos os encontráis! Si tanto os gusta la guerra, coged vuestros platos y vuestras copas y marchaos al establo a jugar a los soldaditos, pero a nosotras dejadnos cenar tranquilas. ¿Verdad, querida?

A su lado, Eudoxia, divertida, hizo un gesto de aprobación.

—Tienes razón, madre —asintió con una sonrisa mientras hacía una señal a una criada para que le retirara el plato—. Siempre están hablando de lo mismo y llenando las cabezas de nuestros hijos de ideas poco recomendables para una larga y próspera vida. ¡A Teodoro le encantaría que nuestro hijo Demetrio se entretuviera leyendo sus tratados navales en lugar de las fábulas de Esopo y las Sagradas Escrituras!

Eudoxia tomó un sorbo de vino y, mientras jugueteaba con la copa pasando un dedo por el borde, clavó sus bellos ojos en Teodoro y añadió quejosa:

—Las mujeres de los soldados somos muy desgraciadas; nuestros maridos parecen disfrutar más con la guerra y la caza que con los placeres que les aguardan en casa.

Como solía ocurrir, el tirón de orejas de mi nuera pilló desprevenido a Teodoro, que durante unos instantes no supo qué contestar, pues era bastante más diestro con la espada que con la lengua.

—Somos soldados, querida —gruñó al fin—. Y tenemos un deber que cumplir para con el Imperio.

—No me vengas con cuentos, esposo mío —replicó contundente mi nuera—. ¿Es que te crees que no sé a qué clase de *deberes* se dedica tu amigo el drongario¹⁰ en las largas noches de invierno, en la intimidad de los galeras ancladas en los puertos de Constantinopla? ¿Cuántas jovencitas van ya? ¿Cincuenta? ¿Cien?

Eudoxia tenía su parte de razón. El drongario Casandro ha cosechado con el tiempo una merecida fama de crápula y se rumorea que uno de sus pasatiempos

¹⁰ *Drongario*: en este caso, el jefe de la flota imperial (*Gran drongario de la flota*).

favoritos es desvirgar doncellas, cuanto más jóvenes y bonitas mejor. Pero en lo que se refiere al desempeño de sus deberes como jefe de la flota imperial no hay nada que objetarle y eso es lo único que le importa a nuestro soberano.

—Mujer, no todos somos así —protestó Teodoro.

—¡Faltaría más! —replicó ella— No tengo quejas sobre tu fidelidad, esposo mío, pero sí de la atención que tú y tus amigos prestáis a vuestras familias.

Al oír aquellas palabras en boca de su mujer, Teodoro se quedó cortado y sin saber cómo replicarla. Bajó la vista y pareció buscar argumentos en los reflejos que la luz de las velas dibujaba en el vino de su copa. Pero no debió hallarlos pues guardó silencio. Mejor así. Ni Eudoxia ni Sofía tienen pelos en la lengua, sobre todo cuando creen que la razón está de su parte. En esos casos, lo mejor que puede hacer uno es callarse.

—Bueno, ¿qué tal si hablamos de otra cosa? —propuso Sofía, paladeando su pequeño triunfo doméstico—. Dime hija mía, ¿sabes algo de tu joven primo Isaac? Tengo entendido que tus tíos le han preparado una buena boda con una... Koniacetes, ¿verdad?

Dado que la alianza entre nuera y suegra suele tener efectos devastadores, Teodoro y yo nos miramos y, sin decir una palabra, decidimos obedecer y olvidarnos de la guerra búlgara. Mejor sería centrar nuestra atención en el disfrute de las sabrosas viandas que teníamos frente a nosotros. La salsa de setas y las compotas estaban deliciosas, así que no era cuestión de dejar que se enfriasen por una discusión.

¡Por San Demetrio! Ya me gustaría ver aquí a alguno de esos clérigos moralistas que claman y proclaman sobre la necesidad de que las mujeres permanezcan recluidas en sus aposentos y obedezcan en todo a sus esposos. ¡Seguro! Mientras picoteaba en los distintos platos, me fijé en las sonrisas jocosas que adornaban los rostros de nuestros fieles criados y me di cuenta de que debía ser muy divertido ver cómo el anthypatos Manuel —en tiempos bravo conde de una bandera de caballería del regimiento Excubitores de los Tagmata, la élite del ejército romano— y su hijo, el protoespatario Teodoro —navarca de la flota imperial y hombre de confianza del Gran Drongario—, escondían el rabo entre las patas como perrillos ante las regañinas de una anciana de sesenta y tres años y de una joven de veintiocho. ¡Qué vueltas da la vida!

Una vez que nuestras mujeres habían dejado muy claro quién mandaba esa noche, la conversación giró por otros derroteros y la velada discurrió con placidez. Entre plato y plato, Sofía se puso al corriente de los últimos cotilleos de Constantinopla y Eudoxia hizo lo propio con los de Atalia. Realmente parece increíble que una ciudad en otros aspectos tan discreta como ésta pueda producir semejante cantidad de escándalos, aunque también sería interesante saber cuáles son ciertos y cuáles fruto del aburrimiento provinciano de sus habitantes. Hay que reconocer que despellejar a los vecinos, y más aún si se trata de personas notables, es un buen entretenimiento.

Parecía que las impudicias locales, y con ellas la velada, llegaban a su fin cuando Teodoro se palmeó la frente:

—¡Oh! ¡Casi lo olvido, padre! Tengo noticias de un viejo conocido tuyo. ¿Recuerdas a Esteban? ¿Esteban Dafnopates?

—¿Esteban Dafnopates? ¡Dios mío! Tú no eras más que un crío cuando él ya ejercía como juez de región¹¹ en Blaquernas. Más tarde su tío, el eparca¹² Teodoro, le nombró primer canciller¹³. Por desgracia, al trasladarnos aquí nuestra relación se hizo más esporádica y terminamos por perder el contacto. ¿Y dices que tienes noticias tuyas? ¿Cómo anda el viejo sabueso?

Me bastó con ver la fugaz mirada de reproche que Eudoxia dirigió a su esposo para comprender que las noticias sobre Esteban no eran las que yo habría deseado oír.

—Siento mucho tener que anunciarte tan tristes nuevas —dijo al fin Teodoro—, pero Esteban ha fallecido.

Durante unos instantes fui incapaz de reaccionar.

Esteban muerto... ¡No puede ser!, pensé, turbado y sin terminar de creérmelo del todo. ¡Oh Dios! Llegamos a viejos sólo para terminar viendo morir a los que amamos.

—¿Cuándo ocurrió? —pregunté, sin poder ocultar mi tristeza.

—Hace poco más de un mes, en un pequeño monasterio cerca de Selibria, en Tracia, al que se había retirado hace unos años, tras enviudar. Según me ha contado su sobrino Metrófanes, que estuvo con él en sus últimos días, Esteban llevaba algún tiempo arrastrando una grave enfermedad que le llevó finalmente a la tumba. También me dijo que la última voluntad de su tío fue que te hiciera llegar un mensaje.

—¿Un mensaje de Esteban? ¿De qué se trata?

—Es una carta sellada. Espera un momento.

Teodoro mandó llamar a uno de sus criados. Éste, tras recibir las órdenes oportunas, abandonó el comedor para regresar al poco con un rollo de pergamino en la mano que entregó a Teodoro.

—Aquí tienes —Mi hijo me tendió la carta.

Recogí el grueso rollo con mano temblorosa por la emoción; no todos los días se recibe la carta póstuma de un viejo amigo. Rompí el sello, desenrollé la carta, pasé por alto las saluciones formales y comencé a leer:

«Recibe los sinceros saludos de un viejo amigo, mi querido y muy añorado Manuel. Espero que, cuando leas esta carta, tu salud sea mejor que la mía en el

¹¹ *Juez de región*: jefe de policía de distrito.

¹² *Eparca*: gobernador de Constantinopla y máxima autoridad judicial del Imperio.

¹³ *Primer canciller*: director de la cancillería del eparca, encargada de expedir sus órdenes, sentencias, edictos y correspondencia.

momento de escribirla. Si he de ser sincero, casi preferiría que no la estuvieras leyendo, pues eso significará que la enfermedad que me acecha desde hace tantos años habrá ganado la partida y yo habré pasado ya a mejor vida. A propósito, ya que estoy a punto de reunirme con el Supremo Hacedor, te prometo mantenerte informado de lo que vea y oiga en la otra orilla, para que puedas saber a qué atenerte. Al fin y al cabo, amigo mío, no es lo mismo que el barquero nos conduzca al gozoso Reino de nuestro Señor que a los cálidos brazos de las virginales huríes del Paraíso de los mahometanos; ahora que lo pienso, casi me agrada más esta última perspectiva y empiezo a arrepentirme de no haber abrazado antes el credo musulmán. ¿Tú que opinas? No, no te asustes, mi querido Manuel, disculpa la broma: sigo siendo un cristiano fiel y ortodoxo. Pero, como diría nuestro buen abate Nicolás, “a Dios también le gusta un buen chiste de vez en cuando”».

Al leer aquellas primeras líneas escritas por la mano temblorosa de mi difunto amigo no pude evitar una sonrisa, mezclada con un sentimiento de congoja. Esteban siempre había sabido mantener el buen humor, incluso en las circunstancias más duras. Era evidente que no era la espiritualidad lo que le había llevado a ingresar en un monasterio.

De pronto sentí la necesidad de estar a solas con aquella carta y con mis recuerdos. Me disculpé ante mis familiares y abandoné la sala camino de nuestra humilde biblioteca. Una vez allí, encendí varias velas, cerré la puerta, me acomodé entre los cojines de mi sillón favorito y, con la única compañía de mis libros y mis escritos, me dispuse a continuar leyendo la larga carta del difunto Esteban.

«Te pido disculpas por no haberte escrito más a menudo en el pasado, pero los deberes públicos y las obligaciones privadas nos impiden muchas veces tratar como deberíamos a las viejas amistades. Y esto es más doloroso en tu caso, Manuel, pues fueron muchas las agradables veladas que, en compañía de otros buenos amigos, pasamos tú y yo cuando teníamos unos cuantos años menos. ¿Recuerdas los atracones de Nicodemo? Su apetito sólo era comparable con su rectitud, como demostró durante los largos años en que ejerció como legatarios¹⁴. ¿Y qué decir del efecto que un buen vino solía tener sobre la mordaz lengua de nuestro añorado Alejo? Espero que el Todopoderoso no haya sido demasiado estricto y le haya perdonado sus pequeños pecadillos; un erudito no puede evitar ser soberbio».

Alejo. Otro buen amigo perdido algunos años antes. Recordé lo mucho que nos afligió a todos la noticia de su repentina muerte. La Parca¹⁵ le sorprendió mientras trabajaba en una crónica de los reinados de Nicéforo Focas y de Juan Zimiscés. Supongo que alguno de sus discípulos se habrá encargado de terminarla.

«Estos últimos días he estado examinando mi conciencia y poniendo en orden mis recuerdos, Manuel, y creo poder afirmar que voy a entregar mi alma con el

¹⁴ *Legatarios*: magistrado encargado de la vigilancia y control de los gremios, así como de la inspección de las actividades de importación y exportación en Constantinopla.

¹⁵ *Parca*: la muerte, según la tradición clásica.

ánimo tranquilo, pues siempre he procurado ser justo y cumplir con mis deberes de cristiano y de súbdito. No todos pueden decir lo mismo, ¿verdad?»

Es cierto, pensé. No todos podían estar orgullosos de sus pasos por los senderos de este mundo. Yo mismo tenía muchas cosas que reprocharme y algunas acciones de las que arrepentirme.

«A propósito de evocaciones del pasado, en ocasiones me pregunto, amigo mío, cómo habrían sido nuestras vidas de habernos comportado de manera distinta a la que lo hicimos. Recuerda el caso del asesinato del copista Nicetas. ¿Y si tú no me hubieses acompañado aquella noche?»

¡El asesinato de Nicetas! ¡Dios Todopoderoso! ¡Había pasado tanto tiempo!

Durante años, el recuerdo de aquellos sucesos había permanecido voluntariamente dormido en el fondo de mi memoria. De todos los que habíamos participado de un modo u otro en aquella sangrienta aventura, sólo sobrevivíamos mi fiel Artemio y yo. Los demás habían sido ya arrastrados por el río de la vida. Otros que también se habían visto afectados nunca llegaron a conocer la auténtica naturaleza y la trascendencia de lo ocurrido. Ni siquiera Esteban conocía todos los detalles.

Aunque todavía sostenía entre mis manos la carta póstuma de mi amigo, no pude seguir leyendo. Los recuerdos se agolpaban nerviosos en mi mente, que retrocedía presurosa en el tiempo. Pronto me encontré de regreso en el lugar en el que todo había empezado, durante una hermosa noche de primavera, treinta años antes...

Primera parte

La reina de las ciudades

β

Lunes, 25 de abril, segunda indicción
Año 6467 de la Creación (959 d.C.)
Cuadragésimo sexto año del reinado de Constantino Porfirogénito
Constantinopla, Distrito de Blaquernas.
Ya entrada la noche

*«Musa, dime del hábil varón que en su largo extravío,
tras haber arrasado la fortaleza sagrada de Troya,
conoció las ciudades y el genio de innúmeras gentes.
Muchos males pasó por los mares, luchando
por sí mismo y por su vida, y por la vuelta al hogar de sus hombres,
pero a éstos no pudo salvarlos, con todo su empeño, porque
en las propias locuras hallaron la muerte. ¡Insensatos!
Devoraron las vacas de Hiperión e, irritada la deidad,
los privó de la luz del regreso...»*

POR FORTUNA, ALEJO NO LEYÓ MÁS que unos pocos pasajes del bello ejemplar de *La Odisea* que le había regalado a Esteban con ocasión de su reciente nombramiento como juez de la región XIV en Blaquernas, un elegante y aristocrático distrito situado al noroeste de Constantinopla. Y digo *por fortuna* porque a mí la poesía no me gusta y Homero me es especialmente insoportable. Ello no es de extrañar ya que, en mi mocedad, tuve que sufrir en carne propia los rigores pedagógicos de Teofilacto, el inefable gramático al que mis padres tuvieron la desdichada idea de encomendar mi educación. Sus clases eran tediosas, o al menos a mí me lo parecían. No contento con obligarme a leer, analizar y memorizar veinte o treinta versos de la *Iliada* cada día, Teofilacto se lanzaba, a la menor oportunidad, a profundas y soporíferas digresiones sobre la naturaleza del verbo mudo o sobre las peculiaridades semánticas de la lírica homérica, lo que me llevaba a ser despertado una y otra vez por los dolorosos y contundentes coscorriones que me propinaba el gramático. En fin, para cuando mi padre cayó en la cuenta de que los tratados de táctica y castramentación y las siempre edificantes Sagradas Escrituras, eran más adecuadas para un futuro soldado que las dramáticas desventuras de Héctor, Helena y Agamenón, yo ya había desarrollado una profunda antipatía por todo lo que oliese a literatura antigua y sobre todo a Homero.

Así que, mientras Alejo se recreaba en la lectura de las aventuras del indómito Odiseo –para deleite de Esteban y de Nicodemo que le escuchaban extasiados–, yo me centré en los placeres más mundanos que me ofrecía el magnífico vino de Lesbos que Esteban había elegido para regar la copiosa cena con la que nos había

agasajado. Tanto me aburrían las estrofas del viejo bardo que, de no haber estado muy mal visto, de buena gana me habría subido al piso superior para hacer compañía a las esposas de mis dos amigos, a las que se las podía oír chismorreando alegres en la terraza, mientras disfrutaban de la suave brisa marina que desde el Cuerno de Oro escalaba las pendientes del barrio del Petrión, aliviando con su frescor aquella cálida noche de abril.

Por entonces estaba terminando de recuperarme de la grave herida que unos meses atrás me había infligido en el muslo izquierdo una certera flecha sarracena durante nuestra última campaña en Cilicia. Como consecuencia, arrastraba una molesta cojera que se tornaba dolorosa con el ejercicio y el mal tiempo y que, según me dijo el médico militar que supervisaba mi recuperación, aún tardaría en desaparecer. Gajes del oficio.

Claro que aquella dolorosa experiencia sirvió también para recordarme que ser oficial del regimiento Excubidores de los Tagmata supone muchos riesgos y sacrificios, aunque estos son de sobra superados por los beneficios. No sólo estás muy bien pagado –mi sueldo como jefe de una bandera de caballería es de tres libras de oro anuales– y gozas de un gran prestigio, sino que puedes disfrutar en tus ratos de ocio de las innumerables maravillas que ofrece Constantinopla, que no en vano es la reina de las ciudades. Y también puedes conocer gente, hacer amigos y, en la medida de lo posible, ampliar tu parentela, pues, como suele decir mi hermano Pedro, *topoteretés*¹⁶ del regimiento Vigla, «*una mano amiga vale a veces más que cien espadas*». En esta ciudad hay muchos poderosos y nunca se sabe si alguna vez podrás necesitar su ayuda.

Fue en aplicación de ese sabio principio como conocí, entre otros, a Esteban Dafnopates, a Nicodemo Leukos y a Alejo de Éfeso. Además de ser buenos amigos, estaban bien relacionados, lo que siempre es útil, aunque parezca muy egoísta el decirlo en estos términos.

Esteban era un viejo amigo de mi hermano Pedro desde tiempo atrás y fue él quien me lo presentó durante una recepción oficial. Alto, de agradable aspecto y espesa barba negra, Esteban era por aquel tiempo la mano derecha del anciano juez Juan, el entonces jefe de policía del distrito de Blaquernas. La aguda inteligencia y las dotes de observación de Esteban le habían convertido en un excelente investigador, como había demostrado con la resolución de algunos importantes delitos cometidos en su distrito. Por ello, a ninguno de los que le conocíamos y nos considerábamos sus amigos nos extrañó su ascenso a la jefatura del distrito cuando su jefe falleció. Claro que bien pronto la caterva de cotillas, envidiosos y difamadores que tanto abundan en Constantinopla empezó a ver la larga mano de su tío Teodoro Dafnopates –un influyente cortesano– tras su ascenso. Sin embargo, esto no parecía importarle a nuestro amigo, y a su poderoso pariente aún menos.

¹⁶ *Topoteretés*: oficial de confianza del jefe del regimiento.

Fue a través de Esteban como conocí poco después a Nicodemo y a Alejo. El primero era secretario del espatario¹⁷ Aretas, uno de los asesores del eparca Teófilo, el entonces prefecto de Constantinopla y máxima autoridad judicial del Imperio, pero también una de sus mayores sanguijuelas. Por suerte siempre existen personas como Nicodemo y Esteban que con su buen hacer contribuyen a que se mantenga firme nuestro Imperio, con independencia de lo corruptos que sean sus superiores. Esto era cierto sobre todo en el caso de Teófilo, pues su falta de honradez y de escrúpulos para enriquecerse era un secreto a voces en la ciudad. No es que los demás fuésemos unos ángeles, pues uno siempre se aprovecha en mayor o menor medida de la posición que ocupa, pero una cosa son las pequeñas corruptelas y abusos que puedas cometer en el ejercicio de tus funciones y otra muy distinta ser un redomado ladrón, como era el caso de nuestro querido eparca, más atento a su propio beneficio que a los intereses de la ciudad. De estos tenían que ocuparse los muchos Aretas y Nicodemos que pueblan las filas de la administración. El nuestro era un hombrecillo enjuto, fiel marido y leal amigo, un apasionado de las carreras de caballos y de la buena comida. Pero también era un cartulario¹⁸ implacable, cuya ordenada cabeza era capaz de controlar al detalle los asuntos legales y administrativos de su jefe, para quien se había convertido en alguien imprescindible. No era extraño, pues, que Esteban y él hubiesen acabado congeniando; a ambos les gustaba su trabajo, eran minuciosos, perseverantes y compartían la misma profunda antipatía hacia su máximo jefe, el eparca Teófilo.

En cuanto a Alejo de Éfeso, hombre extraordinariamente instruido y conocedor de las lenguas latina y árabe, era entonces profesor de retórica y filosofía en la escuela de San Pablo, institución en la que los vástagos de ricas familias constantinopolitanas reciben la formación adecuada para, en el futuro, poder desarrollar una brillante carrera en la administración imperial. Sin embargo, Alejo se quejaba de que los conocimientos que se veía obligado a impartir a sus alumnos eran demasiado superficiales y prácticos, ausentes de auténtico contenido intelectual. Por eso tenía una escuela en su propia casa, cercana a la iglesia de los Santos Apóstoles, donde impartía clases de historia, filosofía, gramática, literatura, retórica, matemáticas y música a un selecto grupo de alumnos, la mayoría salidos de unas escuelas imperiales y patriarcales en las que su sed de conocimientos no se había visto saciada. Allí, con sus enciclopédicos saberes y el apoyo que le brindaba su estupenda biblioteca, Alejo deslumbraba a sus jóvenes pupilos haciendo revivir a través de sus palabras a Hesiodo, Sófocles, Aristófanes, Tucídides, Polibio, Plutarco, César, Demóstenes, Aristóteles, Tolomeo, Estrabón... y a Homero, por supuesto. Su fama en los círculos intelectuales le había valido el privilegio de participar en uno de los equipos que, bajo la dirección del mismísimo Emperador Constantino, habían trabajado en la elaboración de diversos compendios enciclopédicos.

¹⁷ *Espatario*: dignidad honorífica.

¹⁸ *Cartulario*: encargado de la gestión de asuntos y trámites oficiales.

Para todos los que le conocían era evidente que Alejo se sentía más cómodo entre las obras de la sabiduría profana que entre las de la sabiduría divina, aunque como buen cristiano que era también estaba versado en las grandes obras de la fe verdadera, no faltando en su biblioteca ejemplares de las Sagradas Escrituras, de las obras de Juan Damasceno, de Basilio de Cesarea o de Juan Crisóstomo e incluso había unas cuantas vidas de santos. Sin embargo sus preferencias terrenas le habían creado alguna que otra dificultad en forma de absurdas acusaciones de paganismo por parte de ciertos monjes fanáticos, que ven en cualquier expresión de la cultura antigua una manifestación diabólica. Por fortuna, la sabiduría de su Santidad el patriarca Polieucto y la prudencia de sus consejeros —entre los que se encuentra el refrendario¹⁹ Arsenio, hombre de confianza de Polieucto y tío segundo de Alejo— ponen coto a las iras de los fanáticos, siempre dispuestos a mandar a la hoguera cualquier obra de arte que se cruce en su camino.

A propósito de obras de arte, he de reconocer que, aunque la poesía no sea santo de mi devoción, ninguno de los otros presentes que habíamos hecho a Esteban podía competir con el libro de Alejo. Ni la elegante túnica de seda de Nicodemo, ni el precioso cofrecillo recubierto de placas de hueso y marfil que le habíamos regalado Pedro y yo, podían hacerle sombra a aquella maravilla salida de uno de los mejores talleres de copistas de Constantinopla. Las páginas de pergamino estaban ilustradas con preciosas miniaturas llenas de colorido y gracia que hacían de su lectura un auténtico deleite: aquí Odiseo aparecía atado al mástil de su barco para no caer bajo el embrujo de las voces de las sirenas; allí se le veía seducido por Circe; allá, otra hermosa miniatura mostraba a Penélope tejiendo y destejiendo...

—Este libro tiene una curiosa historia —explicó Alejo, mientras picoteaba en un racimo de uvas—. Veréis, suelo visitar con alguna frecuencia ese taller, que está dirigido por Cristóbal, un viejo amigo mío. Estaba ojeando algunos libros olvidados en un rincón del almacén cuando tropecé con esta pequeña joya. Sorprendido de que un libro de esta factura estuviese relegado a una estantería polvorienta, interrogué a Cristóbal al respecto; según me contó, el código había sido elaborado tiempo atrás por encargo de la Cancillería imperial, con la intención de que formase parte de los regalos con los que el emperador iba a agasajar a Olga de Kiev, la princesa rusa que hace un par de años visitó Constantinopla y se convirtió al cristianismo. Sin embargo, parece que algún consejero de la Corte convenció a la Cancillería de que una obra profana como la *Odisea* no era el regalo más adecuado para una princesa bárbara neófita y —todo hay que decirlo— sumamente inculta. Así que se olvidaron de la obra de Homero, la cambiaron por unos hermosos Evangelios y ni siquiera recogieron el libro, que ya estaba listo y pagado. En fin, Cristóbal me debía algunos favores, así que no me fue difícil hacerme con éste y otros libros que consideré de interés, entre ellos un magnífico ejemplar de la *Historia* de Polibio.

¹⁹ *Refrendario*: dignatario eclesiástico encargado de transmitir al emperador las comunicaciones del patriarca.

Esteban entregó los regalos a sus criados y se volvió hacia nosotros.

—Muchas gracias, amigos míos. Son unos regalos maravillosos —agradeció emocionado—. Espero poder corresponderos de manera adecuada. Si necesitáis algo en lo que yo pueda ayudaros, no dudéis en pedírmelo.

—Pues ahora que lo mencionas —dijo Nicodemo, guiñando un ojo—, tal vez vaya siendo hora de que alguien sugiera al noble Aretas que ya es tiempo de ir pensando en retirarse a disfrutar de su ancianidad a ese monasterio de Pera con el que muestra tanta liberalidad. ¿No podría tu tío hacer algo al respecto?

Esteban pareció reflexionar un momento.

—No sé, no sé... No consigo imaginarte vestido de espartario.

Nicodemo fingió sorpresa.

—¿Espartario? ¿Yo? ¡Oh vamos! —exclamó, llevándose una mano al pecho y poniendo cara de ofendido— ¿Acaso crees que ambiciono el puesto del viejo Aretas? ¿Para qué? ¿Para tener que bregar con las corporaciones de panaderos y carpinteros? ¿Para recordar a diario a los inspectores de los mercados que su deber es vigilar los precios y no los cuartos traseros de las meretrices de las tabernas? ¡Por favor! ¡Mis pretensiones no son tan elevadas!

—¿Entonces?

Nicodemo bebió un largo trago de vino y luego pareció pensar su respuesta con detenimiento.

—Soy hombre de aspiraciones modestas —insistió— ¿Qué tal ayudante de uno de los cancilleres del eparca?

—¿Y por qué no, canciller? —se mofó Alejo—. Ganarías mucho más y trabajarías mucho menos.

—¿Y por qué no eparca? —sugerí—. Ya puestos a vivir sin trabajar...

Los demás rompieron a reír.

—Y además —añadió Esteban—, disfrutarías de un estupendo palco en el Hipódromo para ti solo²⁰. Sí, creo que voy a hablar con mi tío al respecto ¡Compañeros, saludemos a Nicodemo, nuevo prefecto de Constantinopla!

Todos apuramos nuestras copas brindando a su salud. Esteban ordenó a un criado que le sirviera más vino.

—Cambiar el mundo a nuestro antojo puede ser un juego divertido, ¿verdad amigos? ¿Y tú Manuel? ¿Cuáles serían tus aspiraciones en esta pequeña fantasía? ¿Un buen matrimonio con la hija única de alguna poderosa familia que ponga fin a tu pertinaz viudedad? ¿O quizás algo relacionado con la milicia?

—¿Doméstico de las Scholas, tal vez? —sugirió Nicodemo.

—¿Yo al frente de los ejércitos imperiales? —negué con la cabeza—. No gracias. Demasiadas responsabilidades.

²⁰ El eparca era también director de los juegos en el Hipódromo.

—Y tentaciones —murmuró Alejo—. Porque, al fin y al cabo, ¿cuántos de nuestros santos Emperadores *no* han de agradecer la púrpura a la gracia de Dios derramada a través de las espadas de sus soldados?

Alejo adoraba los juegos de palabras; no en vano la ironía era una de sus armas más afiladas. El problema es que, a veces, las armas pueden volverse contra uno.

—Mi admirado amigo —intervino Esteban en un tono malicioso—, ¿qué sugieres? Bien sabes que la Santa Sabiduría puede dejar caer el manto imperial sobre cualquier cristiano. Aunque sea un simple mozo de cuadra.

Al escuchar aquello no pude evitar un ligero estremecimiento y miré de reojo a los siervos de Esteban, que esperaban en silencio junto a las columnas de madera policromada que rodeaban el triclinio. No era ningún secreto que algunos siervos de nobles casas de la capital eran en realidad soplones a sueldo del parakimomeno²¹ Basilio, el hombre de confianza del emperador. Pero por fortuna los criados de Esteban eran de una absoluta fidelidad y discreción; de otro modo, Esteban habría sido bastante más discreto en su mordaz comentario sobre el bisabuelo del Porfirogénito, el primer Basilio. Hombre de humildes orígenes, se convirtió en el favorito del entonces emperador, Miguel el Amoriano, que no dudó en nombrarle protostrator²². Pero Basilio aspiraba a más y, una vez logró que su protector le designase heredero, no dudó en hacerle asesinar y asumir el poder. Desde luego, la Gracia Divina sigue a veces extraños caminos.

—Sí —aceptó Alejo—, tienes razón amigo. Soldados, caballerizos, marineros... Nuestros santos emperadores tienen muy ilustres orígenes. Así que, ¿por qué preocuparse porque uno de los hijos de una de las familias más importantes del Imperio sea el actual jefe de la guardia palatina? El buen Constantino está rodeado de fieles colaboradores; al menos mientras la higuera siga dando frutos y todos se sientan lo bastante satisfechos como para seguir cuidando al amo.

Esta vez no supe qué admirar más, si la brillantez con la que Alejo había rematado su comentario parafraseando una de las máximas del Libro de los Proverbios, o su osadía. De nuevo quedaba claro que nuestro hermoso y rubio retor tenía una lengua en exceso afilada; al fin y al cabo, yo era un oficial del ejército y mi jefe máximo —excepción hecha del comandante de los Excubitores y del emperador— era Nicéforo Focas, Doméstico del regimiento Scolas²³ de los Tagmata desde que cinco años antes sucediera a su padre Bardas en la jefatura de esa unidad. Sugerir que el Nicéforo pudiera ambicionar la púrpura imperial era casi un acto de traición, una apostasía. El que su abuelo, que también tuvo el mismo cargo, hubiese disputado el poder al emperador Romano Lecapeno era un detalle que no venía a cuento.

²¹ *Parakimomeno*: el jefe de los eunucos de los aposentos imperiales. Era un personaje muy poderoso.

²² *Protostrator*: jefe de las caballerizas palaciegas.

²³ *Doméstico de las Scolas*: hasta el siglo X, la comandancia de esta unidad conllevaba el mando supremo del ejército bizantino. A finales de esta centuria, el mando se dividió en dos jefaturas, una para oriente y otra para occidente (véase nota núm. 8).

Pero aunque la fidelidad hacia mis amigos era más importante que mis lealtades castrenses, consideré oportuno ir dando fin a aquellos peligrosos juegos de palabras, por muy inspirados en las Escrituras que estuvieran.

—Sea como sea —dije, alzando mi copa—, bebamos a la salud de nuestros emperadores y de la Romania.

Alejo levantó su copa con desgana.

—Larga vida para el buen y sabio emperador Constantino —brindó—, protector de las artes y las letras. Larga vida también para su esposa, la emperatriz Helena, y para su hijo, el augusto Romano, luz de la dinastía. Y no olvidemos a la consorte Teófano, bella entre las bellas, ejemplo de pureza y castidad para todas las doncellas de la Romania.

Aunque el vino de Lesbos estaba teniendo efectos demasiado estimulantes en la docta cabeza de nuestro culto amigo, no pudimos evitar la carcajada ante la hiriente referencia a la nuera de Constantino. Todo el mundo sabía que el verdadero nombre de Teófano era Anastasia y que era hija de un tal Cráteros, un oscuro posadero de Constantinopla. Se rumoreaba que el joven y cándido Romano no había sido el primero en conocer la calidez de sus brazos; pero también se comentaba, en voz muy baja, que durante las recepciones oficiales los ojos de Teófano vagaban con discreción por el salón del trono hasta encontrarse con los del guapo sobrino de Nicéforo Focas, Juan Zimiscés, prestigioso militar y reconocido rompecorazones. Y, en voz más baja todavía, circulaban otros rumores aún más escandalosos sobre el hijo de Teófano y Romano, el pequeño Basilio. Claro que esa era otra historia que no convenía remover si uno apreciaba en algo su pellejo.

Brindamos de nuevo y cambiamos de tema. La preparación de los próximos festejos en el Hipódromo, con motivo de la celebración de la consagración de Constantinopla nos mantuvo ocupados un buen rato, pero al final también los carros, los caballos y los aurigas cayeron exhaustos bajo nuestras copas. Entonces Esteban propuso subir al piso superior para reunirnos en la terraza con las mujeres y disfrutar del frescor de la brisa marina y de la luna llena. Sin duda su compañía y conversación despejarían algo nuestras ya abotargadas entendederas.

Nos estábamos levantando cuando apareció un joven criado para anunciar a Esteban que su ayudante Zenón deseaba verle.

—Hazle pasar —le ordenó Esteban.

El muchacho salió de la sala para reaparecer al poco acompañado por un enorme y fornido individuo cubierto por una larga y gastada capa de lana.

—Perdona la interrupción, juez —se disculpó Zenón—, pero ha ocurrido un grave suceso que requiere tu presencia y atención.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Esteban.

—La guardia nocturna me ha informado de que un grupo de criminales ha asaltado una casa cercana a la iglesia de Santa María y ha asesinado a varias personas.

Al oír aquello los espesos vapores del vino se disiparon al instante de nuestras cabezas.

—¿Se sabe de quién es la casa? —inquirió Esteban.

—Sí, juez. Es la de Ayroulos.

—¿Ayroulos? —repitió Esteban— ¿Te refieres a Nicetas Ayroulos?

—El mismo.

—¿Le conocías? —pregunté.

—Por supuesto —respondió Esteban—. Es mi obligación conocer a toda la gente más o menos importante que vive en el distrito. Nicetas Ayroulos es el ayudante del maestro de copistas del Palacio Imperial.

¡El Palacio Imperial! Aquello parecía un asunto importante.

Esteban ordenó a uno de sus siervos que le trajera su manto y se volvió hacia nosotros.

—Lo siento, amigos, pero el deber me llama. Nicodemo, creo que deberías acompañarme; el asunto parece serio y el espartario Aretas debería estar informado.

—Por supuesto. Y no sería mala idea que nos acompañara Manuel, en calidad de testigo. El testimonio de un alto oficial siempre se valora en los tribunales.

—¡Pues claro! Podéis contar conmigo —respondí encantado. Un crimen en la noche, una investigación, un misterio que resolver. ¡Aquello sí que era un broche de oro para una cena entre amigos!

Esteban dio órdenes para que fuesen preparados nuestros caballos. Luego se volvió hacia Alejo; no es de buena educación dejar sólo a un invitado.

—Mi querido amigo, lamento que esta agradable velada termine de forma tan abrupta, pero ya sabes cómo son estas cosas. Si lo deseas, puedes acompañarnos.

Pero Alejo declinó cordialmente la invitación. Como a todos los espíritus cultivados, le horrorizaba la violencia y la sangre.

—Gracias Esteban, pero no sería más que un estorbo. Creo que ya es hora de retirarme a descansar, pues mañana me espera una dura jornada de trabajo. Si me lo permites, me despediré de tu esposa y regresaré a mi casa.

—Haré que te acompañen un par de hombres para tu protección.

—Te quedo muy agradecido. Espero que todo vaya bien y puedas coger a esos malhechores. Suerte, amigo.

γ

Distrito de Blaquernas. Madrugada

Aunque Constantinopla sea una ciudad muy hermosa, pletórica de riquezas y obras de arte, salpicada de bellas iglesias, grandes palacios, largas avenidas porticadas, amplios foros, activos puertos, frondosos parques, grandes cisternas y ricos monasterios, no por eso deja de tener un lado oscuro: el de los barrios populares de malolientes y oscuras callejuelas sin pavimentar, repletas de cochambrosas casas de madera siempre amenazadas por el derrumbe y el fuego y con los desagües cegados la mayor parte del tiempo, siempre y cuando disfruten de tal lujo. Es una Constantinopla superpoblada por una peligrosa chusma ignorante y supersticiosa, procedente de todos los rincones del Imperio, para la que su vida y la de los demás sólo vale las pocas monedas de bronce que cuesta un mal vino aguado en la tabernucha más cercana. Bien es verdad el viejo dicho de que en Constantinopla hay casi tantos ladrones como pobres: criminales de toda calaña, prostitutas, desertores... Toda una peligrosa fauna se apretuja en los laberínticos vericuetos que rodean las zonas elegantes de la capital.

Y si peligroso es visitar estos barrios durante el día, ¿qué decir de la noche! Hay barrios de Constantinopla en los que ni siquiera la guardia imperial se atreve a entrar, pues sería como meterse en un nido de serpientes con los ojos vendados. Las noches capitalinas son negras como la boca de un lobo y sólo la luz de la luna llena te permite ver, más o menos, dónde pones los pies. Tuvimos suerte, pues aquella era una de esas noches y podíamos cabalgar con relativa seguridad bajo la pálida claridad lunar.

Nada más llegar al lugar de los hechos, y antes de entrar siquiera en la casa, Esteban pidió al jefe de la patrulla de la guardia nocturna que había dado el aviso, el pentarca²⁴ Patras, que le hiciese una pormenorizada descripción de lo sucedido. Según nos contó, todo había ocurrido durante la habitual patrulla que la guardia nocturna efectuaba por el distrito, tras establecer un puesto de guardia cerca de la puerta de Kynegion, junto al Cuerno de Oro. Esto no era nada excepcional, pues desde siempre los cuerpos de vigilancia de la ciudad han establecido puestos de control para tratar de prevenir incidentes nocturnos, aunque también es verdad que estas medidas suelen servir de bien poco, pues los guardias, mal pagados y poco motivados, prefieren arriesgarse lo menos posible, cosa que preocupa sobremanera a los responsables del orden público capitalino. Alejo me había contado en una ocasión que el emperador León, el abuelo del Porfirogénito, tenía la sana costumbre de salir disfrazado de Palacio para comprobar por sí mismo si los

²⁴ *Pentarca*: suboficial al mando de una sección de cinco hombres.

soldados de los puestos de guardia cumplían o no con su deber. Y más de una vez sorprendió a alguno durmiendo la borrachera o retozando con alguna prostituta.

El caso es que la ronda de la guardia estaba transcurriendo sin mayores sobresaltos cuando, al pasar junto a una solitaria vivienda situada a un par de estadios al sur de la iglesia de Santa María, pudieron ver cómo varios hombres salían corriendo de la casa, montaban a caballo y emprendían una enloquecida galopada para perderse en la oscuridad, hacia el interior de la ciudad. Patras les dio el alto, orden que, por supuesto, los fugitivos ignoraron. Como hombre experimentado y precavido que era, Patras optó por no perseguirles ya que, al disponer tan sólo de cuatro hombres, sería una empresa arriesgada y, con seguridad, inútil. Mejor sería tratar de averiguar qué había ocurrido.

Sin perder un instante la patrulla se dirigió a la casa. Que la puerta principal estuviera abierta de par en par no parecía augurar nada bueno. Los peores temores del oficial se vieron confirmados nada más traspasar el umbral de la vivienda.

—Están todos muertos, juez. No es un espectáculo agradable —advirtió Patras—. He ordenado a mis hombres que rodeen la casa para alejar a noctámbulos curiosos. Estamos a vuestra disposición.

Esteban asintió.

—Muy bien, pentarca. Buen trabajo. Y ahora, entremos.

Estábamos a punto de hacerlo cuando Esteban alzó la antorcha hacia el dintel de la puerta y llamó nuestra atención sobre una inscripción grabada en grandes letras mayúsculas en la madera que rezaba «*Dios proteja a Nicetas Ayroulos, dueño de esta casa, y a todos los que viven en ella*».

—Bueno, parece que esta noche Dios estaba mirando hacia otro lado —ironizó.

La puerta principal daba acceso a un pequeño patio, alrededor del cual se distribuían las distintas estancias de la vivienda. En el centro se levantaba un pozo de agua, en torno al cual una sabia mano femenina había dispuesto algunos maceteros repletos de flores que se adivinaban multicolores. En otras circunstancias, aquella casa debía de ser un agradable lugar en el que vivir pero en aquel momento, con la luna llena derramando su pálida luz sobre el cuerpo de un viejo siervo del copista degollado cerca de la puerta, el lugar se tornaba especialmente tétrico.

Desde luego, Patras no había exagerado al advertirnos sobre la carnicería que allí había tenido lugar. Junto a la puerta abierta que daba acceso a los alojamientos del servicio, otro cadáver —el de una mujer mayor con la cabeza destrozada a golpes— hablaba a las claras del grado de ensañamiento y salvajismo de los asaltantes. No habían querido dejar testigos de sus andanzas y parecía que disfrutaban matando.

Al otro lado del patio estaban los alojamientos privados de Nicetas, divididos en dos plantas. Una estrecha escalera de madera conducía a la superior, donde una galería abierta daba acceso a un par de pequeños cuartos apenas amueblados y al dormitorio del copista. Sobre la cama, el cuerpo semidesnudo de una bella joven de

cabellos cobrizos tenía clavados sus muertos ojos en el artesonado de madera del techo. Una rápida inspección del cadáver bastó para comprobar que había sido vejada de forma brutal y al final estrangulada.

En la planta inferior, un corto pasillo conducía a un pequeño comedor de altas paredes cuyo suelo soportaba tres cómodos sillones y una amplia mesa de madera labrada sobre la que aún había algunos platos con los restos de la cena. Al fondo de la sala un tapiz de tosca factura servía de contrapunto al cuerpo sin vida de otro de los criados, que yacía a sus pies, apuñalado en el vientre.

Por fin, al fondo del pasillo estaba la biblioteca.

Alejo había hecho bien en no acompañarnos, pues la escena que allí contemplamos no era recomendable para espíritus pusilánimes como el suyo. El cuerpo desnudo de un hombre joven yacía boca abajo sobre un gran charco de sangre en medio de la estancia, apenas iluminada por unas cuantas lámparas de aceite que los guardias habían logrado rescatar del caos reinante, pues la pequeña habitación —en realidad más un taller de trabajo que una biblioteca propiamente dicha— había sido arrasada: armarios destrozados, cubiletes de tinta, plumas y pinceles tirados por el suelo, libros rotos y desperdigados por aquí y por allá... Algunos de ellos estaban manchados con la sangre que había manado a borbotones de la garganta sajada de Nicetas.

—Desde luego parece que se trata de un robo o intento de robo que ha acabado de mala manera —comentó Nicodemo—. Esta parte de la ciudad es muy golosa para los bandidos sin escrúpulos que pululan por toda Constantinopla, ¿verdad, Esteban?

Es cierto que en Blaquernas, como en Petrión y en general en toda la zona próxima a las murallas de Teodosio, hay muchas villas y palacios pertenecientes a la aristocracia y a prósperos mercaderes. También hay iglesias y monasterios, muchos de los cuales han sido construidos y enriquecidos por las más poderosas y piadosas familias, incluida la imperial. Frente a la agobiante aglomeración urbana del resto de Constantinopla, en estos poco urbanizados distritos es posible disfrutar de una existencia sosegada, casi campestre, ya que entre las majestuosas residencias, las cisternas y los monasterios, existen amplios parques y hermosos jardines que proporcionan un cierto aislamiento del mundanal ruido. Sin embargo, esta misma circunstancia también favorece la acción de las bandas de delincuentes salidas de los barrios del interior, como los que se amontonan a lo largo de las murallas y los puertos de la Propóntide.

—Tal vez tengas razón —respondió Esteban, encogiéndose de hombros—. Pero prefiero no aventurar nada hasta haber registrado esto más a fondo. Y para eso va a ser necesario esperar a que amanezca. Necesitamos luz para poder investigar.

—Bien, ¿cuál es el siguiente paso entonces? —pregunté.

El juez reflexionó unos instantes.

—Hay que dar aviso a los demás distritos, por si sus patrullas nocturnas han visto u oído algo fuera de lo común. Si, como parece, los asaltantes se dirigieron al

interior de la ciudad, tal vez se hayan tropezado con los guardias de Petrión o de Platea, aunque lo dudo. Es lamentable decirlo, pero esta gentuza sabe muy bien cómo escabullirse. También hay que informar al maestro de los copistas del Palacio Imperial y a la oficina del eparca. Pero ya nos ocuparemos de todo eso mañana. De momento, lo único que podemos hacer es acomodarnos lo mejor posible y esperar a que amanezca.

* * * *

Comenzamos a ponernos en movimiento con las primeras luces del alba. Uno de los hombres de Patras preparó en la cocina un ligero tentempié a base de vino, carne cocida fría y un poco de pan y queso. Nosotros tres sólo tomamos algo de vino, pues aún teníamos la cena en el estómago, pero los soldados estaban hambrientos después de una noche en vela y dieron buena cuenta del desayuno.

Esteban ordenó a los guardias que registraran las diversas estancias de la casa y que le informaran de cualquier cosa anómala que encontrasen, excepción hecha de la biblioteca, cuya inspección se reservó. Luego nos dirigimos al patio para iniciar las pesquisas.

La puerta principal no parecía haber sido forzada, como tampoco lo había sido el portón exterior de las cuadras, que seguía cerrada desde el interior, así que podía suponerse que los asaltantes —empleando cualquier excusa—, se las arreglaron para que el criado de Nicetas abriera la puerta, momento en el que saltaron sobre él y, antes de que pudiera dar la alarma, le cortaron la garganta. El cadáver, tendido a medio camino entre la puerta y el pozo, presentaba un corte limpio en el cuello y no parecía mostrar otros signos de violencia que un pequeño desgarró en la manga derecha de la túnica, a la altura del hombro, supusimos que resultado de un inútil forcejeo.

—¿Crees que sabían quién era el dueño de la casa? —preguntó Nicodemo a Esteban.

—¡Oh, seguro! Nadie asalta una casa por las buenas; se informa primero. Hasta estoy convencido de que engañaron al viejo diciéndole que traían un mensaje para su amo, o algo así.

Esteban se inclinó junto al cadáver del portero y durante unos instantes lo observó sin decir nada. Luego se volvió hacia mí.

—Una cuchillada peculiar, ¿verdad, Manuel?

Intrigado por el comentario de Esteban, me agaché junto al cuerpo sin vida del viejo criado, un anciano calvo, enjuto, con el rostro cruzado por mil arrugas y desencajado por una expresión de terror. Palpé su cuerpo a través de la gastada túnica y los no menos marchitos calzones: un hombre de complexión delgada, huesos finos, piel suave y manos sin rastro de callosidades. Aquel hombre había sido un siervo doméstico toda su vida.

La cabeza estaba echada hacia atrás, con lo que la herida de la garganta quedaba claramente a la vista.

—¿Qué pasa? —inquirió Nicodemo— ¿Algo interesante?

—Sí —respondí—. La herida del cuello.

—¿Qué tiene de particular? Al pobre tipo lo degollaron.

—Por supuesto —confirmé—. Pero ha sido un corte limpio y muy preciso. Al verdugo no le tembló el pulso y sabía muy bien lo que hacía.

—A saber a cuántos ha matado ya —dijo Nicodemo encogiéndose de hombros.

—¿Has notado algo más? —preguntó Esteban.

—Sí —respondí con seguridad—. Por la posición del cadáver y por la forma de la herida, deduzco que el asesino le sujetó por detrás, tapándole la boca con una mano, mientras con la otra le rebanaba el pescuezo. También es evidente que es zurdo.

—¿Y eso cómo puedes saberlo? —preguntó, sorprendido, Nicodemo.

—Fácil. Por la dirección del corte y la inclinación de la cabeza. Empieza bajo la parte derecha de la mandíbula y termina en la izquierda. Yo, o cualquier otro diestro, lo habría hecho al revés.

Esteban se frotó las manos.

—¡Bien, ya sabemos más que al principio! Veamos ahora el resto de los cuerpos.

No había duda, por las manchas de grasa y harina de su humilde vestido, de que el cadáver de la mujer mayor era el de la cocinera. Parecía que la habían atacado por la espalda, cuando se disponía a entrar en la cocina. El golpe que le habían propinado en la cabeza había sido tremendo y parte del cráneo estaba hundido. Esteban y yo estuvimos de acuerdo en que, por la forma de la herida, el arma tuvo que ser algún tipo de maza.

En cuanto al criado que yacía muerto bajo el tapiz del comedor, un hombre de recio aspecto de unos cuarenta años, presentaba en el vientre una herida de espada.

—Parece profunda —comenté—, pero no murió en el acto. Fijaos en sus manos ensangrentadas sobre la herida; este pobre desgraciado tuvo una dolorosa agonía.

—Hay un rastro de sangre que parece iniciarse junto a la mesa —nos hizo notar Esteban—. Debió de ser ahí donde le atacaron. El hombre, herido de muerte, aún tuvo tiempo de arrastrarse un trecho hasta caer moribundo aquí, junto a la pared.

En ese momento, Patras apareció por la puerta de la sala con una vieja arqueta de madera de considerable tamaño entre las manos. El hombre parecía algo agitado.

—Juez, hemos encontrado esto junto a otras cosas de valor dentro de un cofre, en el fondo de un armario del dormitorio del piso de arriba. Parece dinero.

El pentarca agitó la pesada arqueta no sin dificultad. No había duda: era el tintineo característico de las monedas. Esteban le ordenó que la pusiera sobre la mesa.

—Veamos qué hay aquí dentro.

Esteban cogió una pequeña y aguzada daga que colgaba del cinturón que ceñía su túnica y comenzó a hurgar en la cerradura de la arqueta. Al cabo de unos instantes se oyó un chasquido metálico. Nuestro amigo levantó la tapa y volcó el contenido.

Un gran montón de monedas se desparramó sobre la mesa. Patras no pudo evitar una fugaz mirada de avaricia al ver semejante cantidad de dinero; debía de ser más del que había visto junto en toda su vida. La mayoría de las monedas eran nomismas de oro y millaresias de plata, pero también había muchos follis de bronce²⁵.

—¿Cuánto habrá? —pregunté.

—Desde luego es una cantidad notable. Dejadme ver... —Nicodemo empezó a contar las monedas y a hacer pequeños montones a una velocidad pasmosa, dando buena muestra de lo provechosas que le habían sido las lecciones de contabilidad que le había dado su padre, en tiempos interventor militar del thema de Capadocia. En menos tiempo del que se tarda en contarlos, había terminado.

—Aquí hay doscientas sesenta y cuatro millaresias, ciento veintiséis nomismas y unos doscientos follis. En otras palabras, el equivalente a algo más de dos libras de oro.

Patras dejó escapar un silbido: era una cantidad equivalente a su paga de varios años.

—¡Vaya, no está nada mal! —comenté—. ¿Cuál será la paga de un copista de Palacio?

—Parece que nuestro buen Nicetas era un hombre sin problemas de dinero, pero confiado en exceso —comentó Nicodemo—. ¿A quién se le ocurre dejar semejante cantidad dentro de un baúl, al alcance de cualquiera?

—Se ve que se fiaba de su servidumbre.

—¿Qué más habéis encontrado? —preguntó Esteban a Patras.

—Pues más objetos de valor —informó el pentarca—. Entre otras cosas, un icono revestido de oro y plata, una arqueta de marfil, varios brazaletes y collares de oro. También hay otras piezas menores, aunque muy valiosas, o al menos eso parecen, como anillos de plata, fíbulas y alfileres.

Nos miramos sorprendidos.

—Subamos —ordenó Esteban.

²⁵ El sistema monetario romano-oriental estaba basado desde los tiempos de Constantino I en el *aureus* o *nomisma* de oro. La *millaresia* de plata valía 1/12 de *nomisma* y el *follis* de bronce valía 1/24 de *millaresia*.

δ

Martes, 26 de abril

Estancia pequeña pero agradable, el dormitorio de Nicetas veía acentuada la brillante policromía de sus paredes con la luz que penetraba por la ventana. Un grueso cortinaje, recogido en ese momento, dividía en dos partes la habitación, separando la cama del resto del cuarto. En el lecho seguía tendido el cuerpo de la chica estrangulada, cuya desnudez había cubierto con su capa un guardia pudoroso. Junto a la cama había un par de baúles, que guardaban diversas piezas de ajuar y la ropa del copista. Sobre la pared del fondo, un viejo armario contenía un poco de todo, desde lamparillas de aceite a material de escritura, pasando por libros de cuentas y contratos mercantiles, documentación que Esteban ordenó incautar para un posterior estudio en profundidad.

Había sido en la parte inferior del armario, bajo unas viejas mantas, donde los guardias encontraron el cofre con el dinero y las joyas. No era un escondite demasiado bueno, pero el caso es que los asaltantes no parecían haber dado con él. Los objetos hallados eran muy valiosos y de bella factura. Además de los brazaletes y anillos de oro y plata, de la arqueta recubierta de placas de marfil y de las tres túnicas de seda, destacaba un hermoso crucifijo de oro recubierto de esmaltes, perlas y esmeraldas; era un objeto más propio del ajuar de un rey que del de un simple amanuense. Tenía que ser carísimo y casi con seguridad salido de los talleres de orfebrería del Palacio Imperial. La pregunta era, ¿qué hacía semejante joya en la casa de un copista?

Esteban contemplaba desconcertado aquel valioso tesoro que los guardias habían dispuesto sobre el suelo de la habitación.

—Tienes razón, Manuel. El sueldo de un copista imperial no da para tanto.

—Tal vez sea una herencia familiar.

—O quizás apostaba en el Hipódromo —sugirió Nicodemo.

—¡Bah! En estos momentos el origen de estas riquezas es lo de menos —aseguró Esteban—. Ya nos enteraremos más adelante. Lo más importante ahora es saber qué era lo que estaban buscando en realidad los asaltantes y por qué actuaron con tanta violencia. Es evidente que el dinero y las joyas no les interesaban demasiado; en caso contrario habrían registrado todos los rincones de la casa hasta dar con todo ésto. Pero los mayores destrozos se limitan a la biblioteca. Parece ser que lo que buscaban estaba allí; o, al menos, eso creían.

—¿Y la chica? —pregunté, señalando el cuerpo tendido sobre la cama—
¿Crees que ella y Nicetas mantenían relaciones íntimas?

—¡Oh, sí! ¡Por supuesto! No me cabe ninguna duda al respecto —Esteban se dirigió hacia la cama y destapó el cadáver—. Supongo que sería una sirvienta, quizás una esclava. Mirad. No va maquillada, sus manos están poco cuidadas y ahí están esos pies algo maltratados. Desde luego no era ninguna cortesana, pero sí una criada joven y bonita que calentaba el lecho de su señor por las noches. Tal y como yo me lo imagino, amigos, los asesinos llamaron a la puerta de la casa y mataron al portero de inmediato, como ya os he contado, para evitar que alertase a los demás. Luego eliminaron a la cocinera y al otro criado, que debían estar recogiendo los restos de la cena. Una vez se aseguraron que en el piso inferior no quedaba nadie vivo, subieron con sigilo al piso superior y sorprendieron a Nicetas y a la chica en la cama. Cogieron al copista y le arrastraron hasta la biblioteca, donde le torturaron de forma brutal y luego le mataron, mientras uno o varios de esos canallas se divertían un rato con la muchacha, a la que terminaron asesinando también. Antes, durante o después de estos hechos, pusieron patas arriba la biblioteca y sólo Dios sabe si encontraron lo que buscaban.

—¿Qué piensas que podía ser?

—No lo sé —confesó Esteban, mientras volvía a cubrir el cuerpo de la joven. Quizás encontremos algún indicio en la biblioteca. Mejor será que bajemos y echemos otro vistazo.

* * * *

—Exactamente, ¿qué estamos buscando? —Preguntó, desconcertado, Nicodemo.

—Cualquier cosa que nos llame la atención —respondió Esteban mientras se inclinaba sobre el cadáver de Nicetas—. Puede ser el fragmento de un rollo de pergamino, un texto a medio copiar, un pedazo de madera o de metal..., no lo sé.

Nicodemo y yo nos encogimos de hombros y comenzamos a poner algo de orden en la biblioteca. Se trataba de una estancia no muy grande, pero sí bien aprovechada, en la que librerías atestadas de hojas y rollos de pergamino cubrían las paredes. Había allí algunos libros interesantes, como un evangelario escrito en minúsculas muy claras y decorado con sumo gusto, o un voluminoso códice que resultó ser un excelente ejemplar de *La guerra de los Godos* de Procopio. Pero la mayoría de los pergaminos eran cuadernos de trabajo del copista que contenían ejercicios de caligrafía, composición y dibujo, así como fragmentos de las obras de decenas de autores antiguos y modernos. Supusimos que nuestro hombre conseguía algunos ingresos suplementarios copiando libros por encargo en su tiempo libre, como suele ser habitual en su gremio. Pero ahora su atril de trabajo yacía destrozado en el suelo; los asaltantes se habían comportado como unas auténticas bestias y la biblioteca presentaba un aspecto lamentable.

Claro que era aún peor el estado del cuerpo de Nicetas. El copista había sido torturado sin miramientos. Al pobre hombre le habían roto las manos y algunos dedos, además de deshacerle la cara a golpes. Después, cuando consiguieron hacerle hablar, o cuando se cansaron de jugar con él, le degollaron. Por cierto, la

herida de la garganta era muy similar a la que presentaba el cuerpo del viejo del patio: pequeña, limpia y precisa. Esteban opinaba que ambas muertes eran obra de la misma persona. Desde luego, aquel individuo, fuera quien fuera, era todo un profesional.

Fue al recoger uno de los libros desperdigados por el suelo cuando reparé en un pequeño objeto que había ido a parar bajo las patas de un escabel.

—¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí? —exclamé.

—¿Has encontrado algo? —Preguntó Esteban.

—Parece que sí. Mira.

Suspendido por una delgada cinta de cuero, de mi mano colgaba un medallón de bronce algo más grande que una moneda de oro. En uno de sus lados mostraba una tosca imagen de Cristo flanqueado por las letras alfa y omega, mientras que en el otro una mano habilidosa había grabado unos extraños caracteres que parecían conformar una inscripción en espiral, desde el borde exterior del medallón hasta el agujero central por el que pasaba la cinta.

—Tiene todo el aspecto de ser un amuleto —sugirió Esteban mientras examinaba el medallón—. Es similar al que puede comprarse en cualquier mercado, a excepción de la inscripción. Parecen caracteres armenios, ¿verdad?

Asentí. Son muchos los armenios que sirven bajo los estandartes romanos, aunque son también bastantes los que guerrearán del lado de los musulmanes. Algunos de ellos han llegado a ocupar importantes puestos en el Imperio y formado poderosos linajes.

—¿De quién será? —se preguntó Nicodemo— ¿Del copista, o de alguno de los asesinos?

—Tal vez la respuesta esté en la inscripción —señaló Esteban—. ¿Dónde está Zenón?

—Creo que registrando el triclinio —respondí.

—Pues vamos allá.

Zenón, como armenio culto que era, sabía leer y escribir tanto en griego como en su lengua materna. Esteban le explicó que necesitaban su ayuda para traducir la inscripción del medallón. Su ayudante lo cogió y lo miró de cerca.

—Es un amuleto, desde luego. He visto muchos como éste entre mis paisanos enrolados en el ejército —explicó, mientras examinaba la inscripción, haciendo girar el medallón—. Parece que aquí pone... Sí... «*Cristo Salvador, protege a tu fiel soldado Bagrat*».

Esteban se giró hacia nosotros. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Lo veis amigos míos? La paciencia y la perseverancia al final siempre se ven recompensadas. Me apuesto unas cuantas jarras de buen vino a que el tal Bagrat perdió el medallón mientras forcejeaba con Nicetas, o se le cayó accidentalmente. El caso es que no se percató de ello, o bien sí lo hizo, pero no

pudo encontrarlo. Pero, fuese como fuese, lo importante es que ya tenemos identificado a uno de los asaltantes. Ahora tan sólo resta encontrarle, detenerle y hacerle hablar.

A veces me sorprendía el optimismo de Esteban. Encontrarle, detenerle y hacerle hablar. Ahí es nada.

Ε

Martes, 26 de abril

Pude por fin regresar a mi casa, en el Estrategion, cerca la hora novena²⁶. Había pasado toda la noche y la mayor parte de la mañana colaborando con Esteban en sus pesquisas, pero la excitación de los primeros momentos se había tornado en un creciente cansancio y aturdimiento, muestra evidente de que mi recuperación aún distaba de ser plena. Prueba de ello era que mi pierna derecha empezaba a dolerme otra vez. Era un dolor punzante, que la recorría de arriba abajo y que se acentuaba al apoyarla en el suelo, como si la herida hubiese estado en la planta del pie y no en el muslo.

Dolor, cansancio, sudor. Sí, hacía mucho calor, demasiado para aquella época del año. Para colmo, el día se estaba empezando a tornar húmedo y agobiante, conforme las oscuras nubes que empezaban a levantarse sobre la ciudad crecían más y más. Yo sudaba, los viandantes sudaban, mi caballo sudaba; hasta las viejas estatuas que se alinean bajo los pórticos de los foros sudaban. Constantinopla era ese día una inmensa sauna, así que en cuanto llegué a casa me fui directo a los baños, me quité las botas y arrojé el manto, la túnica y los calzones al suelo y me metí en la pila del agua fría. Me sentí renacer. Al cabo de poco la pierna dejó de dolerme, mi cabeza se despejó y los crecientes ruidos de mi estómago me recordaron que no había ingerido nada desde la pasada noche.

Poder darte un baño en tu propia casa es un gozoso privilegio del que no todo el mundo puede disfrutar en Constantinopla. Sólo las casas más o menos pudientes pueden permitirse el lujo de disponer de unos baños decentes, pues una buena instalación que cuente con todo lo necesario no es lo que se dice barata. Así que la mayoría de la población tiene que arreglárselas con unos pocos baños públicos, cuyas condiciones higiénicas suelen dejar bastante que desear. Claro que eso es sólo importante en el caso de que la gente se decida a darse un chapuzón, pues, a pesar de que los médicos consideren aconsejables uno o dos baños por semana, el hedor que desprenden la mayoría de los constantinopolitanos prueba que son pocos los que siguen esta sana recomendación. En realidad, para la mayoría, el único aliciente de los baños está en los servicios que, a cambio de unas pocas monedas,

²⁶ En primavera-verano, en torno a las tres de la tarde.

pueden ofrecerles las numerosas prostitutas que trabajan en ellos o en sus alrededores.

Como es de suponer, esta escandalosa situación de la salubridad pública no deja de merecer los reproches eclesiásticos, aunque de momento con escaso éxito. Así que no es de extrañar que haya algunos monjes y sacerdotes exaltados que proclamen a grito pelado que los baños son las moradas del Diablo y que deberían ser clausurados. Esos fanáticos debieron sentirse felices cuando las antiguas termas de Zeuxipo fueron transformadas en unos grandes talleres de seda, y sin duda aplauden que donde antaño había estatuas de mármol y bañistas, hoy haya telares y gusanos. Claro que otras han acabado peor, convertidas en curtidurías o, simplemente, demolidas.

Tal vez fuera el deseo de evitarle a su esposo tentaciones inútiles lo que movió a Teodora, mi piadosa abuela, a insistir tanto en que su nueva casa estuviera dotada de unos baños sencillos pero completos. Hijo de un próspero mercader de pieles de la capital, mi abuelo Miguel había logrado labrarse una brillante carrera administrativa en la corte del emperador León, que culminó con su nombramiento como secretario personal del Logoteta del Tesoro²⁷. Hombre honrado pero algo vanidoso, Miguel decidió celebrar su buena fortuna haciendo construirse una residencia acorde con su nueva posición, empeño en el que empleó una parte considerable de su fortuna. El resultado fue una hermosa casa de dos plantas, con sólidas paredes de ladrillo, argamasa y piedra policromada, cuyos balcones voladizos dan sobre una calle porticada, a no mucha distancia del Foro de Constantino.

Especial atención prestó mi abuelo al triclinio, la estancia principal de cualquier casa romana en torno a la que se disponen las demás. Deseoso de impresionar a todos, decoró el suelo del salón con bellas losas de mármol jaspeado que dibujaban curiosos caprichos multicolores. Sobre este pavimento, una gran mesa circular de madera de roble –incluida en la dote de matrimonio de mi abuela– y varios divanes y sillones completaban un precioso conjunto que suscitaba la envidia de amigos y parientes.

El amplio jardín de la parte trasera de la casa también fue cosa de mi abuela Teodora y años más tarde objeto de los atentos cuidados de mi madre y de mi hermana. Pero mis abuelos siempre se mostraron orgullosos de sus baños. Supongo que en ellos pasarían unos más que agradables momentos de intimidad, tal y como yo los pasé en mi juventud con alguna que otra joven y agraciada sirvienta.

Mientras disfrutaba del frescor del agua, aproveché para recordar los acontecimientos vividos durante las últimas horas y también para poner algo de orden en mi cabeza con respecto al asunto del asesinato de Nicetas. Aún había muchos puntos que aclarar, aunque eso era ya misión de Esteban. Después de descubrir el medallón y de completar el registro de la casa, nuestro amigo el juez había redactado un informe en el que daba cuenta de las pesquisas efectuadas hasta

²⁷ *Logoteta del Tesoro*: ministro encargado de las finanzas imperiales.

ese momento, e incorporaba las declaraciones juradas de Patras, Zenón, Nicodemo y la mía propia. Dicho documento serviría de base al proceso judicial sumarísimo que se abriría en caso de lograr detener a los culpables. Luego hizo llamar a un sacerdote de la cercana iglesia de Santa María para que, tras ponerle en antecedentes de lo ocurrido, se encargara de los cuerpos y las almas de los fallecidos. También ordenó a los guardias que trasladaran a su oficina el cofre con el dinero y las joyas, así como la diversa documentación hallada durante el registro, donde permanecerían bajo custodia hasta que la investigación concluyese. Después todo sería entregado a la familia de Nicetas o bien, en ausencia de ésta, a los oficiales del eparca, quien decidiría en última instancia sobre su destino. Por último, los guardias clavaron en la puerta principal de la casa de Nicetas un pergamino oficial, con los sellos de Esteban y del prefecto, que informaba del precinto de la casa hasta nueva orden y advertía de los severos castigos a los que se exponía quien osase violarlo.

Todos los esfuerzos de Esteban iban a centrarse, como era lógico, en la localización del dueño del medallón, el armenio Bagrat. Ya se había dado aviso a los jefes de policía de los demás distritos para que sus hombres estuviesen ojo avizor al respecto. Esteban también procuraría saber más sobre las actividades de Nicetas, para lo que esa misma tarde trataría de entrevistarse con Hierófilo, el jefe del taller de copistas del Palacio Imperial. Tras hacerle prometer que me mantendría al tanto de los avances en su investigación, me despedí de él y de Nicodemo y regresé a casa.

Al cabo de un rato de estar en remojo los rugidos de mi estómago se convirtieron en aullidos, así que salí de la bañera, me sequé, me puse una fresca túnica de lino y, tras unas rápidas oraciones, ordené que me sirvieran la comida. Un barbo frito envuelto en harina de mostaza, unas patas de cerdo asadas bañadas en una deliciosa salsa de vino y miel, un par de manzanas cocidas, algo de pan y una buena jarra de vino pusieron calma en mi barriga.

Un largo y profundo bostezo me indicó qué debía hacer a continuación, así que me dejé caer sobre uno de los divanes del triclinio con la sana intención de echar una cabezadita. A punto estaba de entregarme a un sueño reparador cuando Tarasio, el criado más antiguo de la casa y en quien tenía depositada toda mi confianza, entró en la sala para anunciarme una visita.

—Disculpa, mi señor, pero tu hermano Pedro ha venido a verte.

Tarasio se apartó para dejar paso a mi hermano mayor que, como siempre, se había presentado sin avisar. De mala gana me levanté del diván y le saludé.

—Sé bienvenido hermano. ¡Vaya! ¿Dónde vas tan elegante?

Contra lo que solía ser su costumbre, Pedro no vestía el uniforme galoneado en oro ni la capa roja que lo identificaban como alto oficial de los Tagmata. En su lugar, llevaba una hermosa túnica de seda esmeralda bellamente decorada, que le llegaba justo hasta por debajo de las rodillas, y, bajo ésta, unos calzones a juego.

Un grueso manto azulado con rebordes festoneados completaba el elegante conjunto.

—¡Bah! —Pedro hizo un mohín— A una de esas aburridas fiestas nocturnas de la nobleza, acompañando a mi muy respetado Miguel, espartario imperial y Drongario de los Vigla²⁸. ¡Servidumbres de la milicia! Créeme si te digo que muchas veces añoro los tiempos en los que era un simple conde de un destacamento provincial de los Tagmata. ¡Sí, no me mires con esa cara! Bien es cierto que te pagan mucho menos, pero a cambio tienes toda la acción que puedas desear y te libras de tener que asistir a tanta fiesta y tanta ceremonia imperial. En fin, ya que Dios me pide este nuevo sacrificio, he considerado oportuno venir antes a disfrutar de uno de tus magníficos vinos. Bien, ¿y tú, hermanito? ¿Cómo estás? ¿Qué tal va esa pierna?

Desde siempre, Pedro tenía la costumbre de llamarme *hermanito*, lo que no dejaba de ser una molesta manía suya. En realidad sólo tenía cinco años más que yo, pero su mayor estatura y complexión y su temprana calvicie —que no estaba reñida con una espesa barba en la que ya empezaban a asomar las primeras manchas blancas— le hacían parecer bastante más viejo.

—Bastante mejor, gracias —contesté—. Todavía cojeo y la herida me molesta un poco de vez en cuando, pero es sólo cuestión de tiempo. La semana próxima vuelvo al servicio, aunque seguro que los médicos del regimiento no me dejarán hacer aún todo lo que yo quisiera.

—Me alegro Manuel. Fue una herida muy seria.

—¡Qué me vas a decir! Dejemos tranquila mi pierna. Siéntate. ¿Cómo están tu esposa y mis sobrinos?

Pedro estaba casado desde hacía muchos años con Epifania, la hija menor de Cosmas Caystros, un viejo compañero de armas de nuestro padre, Simeón Kolastés. Aquel matrimonio había sido, como casi todos, acordado entre las dos familias cuando los dos interesados eran aún unos críos y llevado a efecto en su adolescencia. Por fortuna, los dos jóvenes congeniaron enseguida y se convirtieron en un matrimonio feliz y dichoso.

—Todos están bien y te envían sus saludos. Por cierto, Epifania quiere que vengas a casa a cenar uno de estos días. Creo que quiere hablarte de cierta jovencita de buena familia que está deseando ser rescatada de su virginidad por un apuesto y heroico soldado como tú.

Me reí de buena gana. Hacía ya trece años que mi querida esposa María había muerto al tratar de traer al mundo al que debía ser nuestro primer hijo, que tampoco sobrevivió. El golpe fue tan grande y el sufrimiento tan intenso que decidí no volver a casarme y centrarme en mi carrera militar, buscando en la guerra un consuelo que se me negaba. Pero, con el paso del tiempo, el dolor se fue mitigando hasta quedar convertido en un triste y melancólico recuerdo. El amor, aunque de

²⁸ *Drongario de los Vigla*: el comandante en jefe del regimiento en cuestión.

forma esporádica, volvió a mi vida y la idea de un nuevo matrimonio empezó a no parecerme tan inconcebible. Además, parecía que existía una confabulación entre las mujeres de mi familia y las esposas de mis amigos para no dejar pasar la más mínima oportunidad de presentarme una candidata. Y estaba convencido de que mi madre, a pesar de haberse recluido voluntariamente en un convento de Bitinia tras la muerte de mi padre, participaba de la conspiración. Al menos eso es lo que daban a entender sus cartas.

En aquel momento Tarasio entró en el triclinio portando una bandeja en la que traía una jarra de vino y un par de copas que puso sobre una mesilla. Mientras servía el vino, Pedro le miró y sonrió.

—¡Ah, mi querido Tarasio! ¡Tú eres la columna que sostiene la casa de nuestros padres! Dime, ¿cómo te trata mi hermano?

Las arrugadas mejillas del criado enrojecieron un poco, pero, como siempre, Tarasio supo dar con la contestación más adecuada y discreta.

—Mi señor, no podría desear mejor amo que tu hermano... a excepción de ti, claro está.

Pedro aplaudió la respuesta del criado, que se retiró tan sigiloso como había llegado.

—Veo que la cabeza del viejo lombardo sigue tan despierta como siempre. ¡Tarasio hubiera sido un excelente cortesano!

En aquel momento, un tremendo trueno retumbó sobre nuestras cabezas. Aún no se había apagado su eco cuando empezó a llover.

—Parece que vamos a tener una tarde pasada por agua —observó Pedro con fastidio.

Dejé la copa sobre la mesilla y me acerqué a una de las ventanas que daban al jardín; la abrí y comprobé que no llovía, sino que diluviaba. El cielo estaba cubierto por negras y amenazantes nubes que habían oscurecido la tarde, convirtiéndola casi en noche. Un enorme relámpago saltó de una nube a otra y los cielos tronaron. El aguacero arreció y un fuerte viento, que enseguida se tornó vendaval, lanzó el agua contra mi cara, obligándome a cerrar la ventana.

—Tienes razón hermano; está cayendo mucha agua —comenté—. No creo que eso sea bueno para tu elegante y caballeresca vestimenta. Y menos aún para esos delicados zapatitos que llevas puestos.

Pedro estiró las piernas y contempló durante unos instantes los puntiagudos borceguíes que calzaba.

—Deberías tener más respeto hacia un superior —refunfuñó, tras apurar su copa—. ¿Cómo osa un simple conde criticar la forma de vestir de todo un topoteretés? ¿Dónde vamos a llegar?

—No critico tu vestimenta sino tu calzado —repliqué—. Tendré que dejarte unas botas.

—Gracias hermanito; no me vendrán mal, aunque espero que no vaya a estar lloviendo hasta la noche. Las botas de los militares no son demasiado bien vistas en ese tipo de reuniones. Por cierto, ¿qué hora es?

Sin esperar respuesta, Pedro se levantó y se acercó hasta el reloj de agua que contemplaba el lento transcurrir del tiempo desde un rincón de la sala. Además de un instrumento práctico, aquella clepsidra era una bella obra de arte salida de las manos de algún hábil artesano de la capital. Muy notable era la base, donde un conjunto de pequeñas figurillas de bronce mostraban algunos de los trabajos de Hércules, aunque las sencillas filigranas del depósito de agua tampoco iban en demérito del conjunto. Se la había regalado el general Juan Curcuas a nuestro padre cuando éste se retiró del servicio de armas, después de servir muchos años a sus órdenes como jefe de su escolta personal. Eso fue antes de que los hijos del coemperador Romano Lecapeno hicieran caer en desgracia a Curcuas, por entonces el militar más prestigioso de la Romania, a su regreso de una triunfal campaña en Armenia y Mesopotamia, coronada con la capitulación de Edesa y la recuperación del *Mandilion*, la sagrada reliquia con la imagen de Cristo. Ni que decir tiene que la noticia de la caída de su antiguo jefe le supuso a nuestro padre un tremendo disgusto.

—La hora décima llega a su fin —anunció, tras echar un vistazo al reloj—. Bien, no hay prisa. Aún podemos apurar otra jarra de vino, ¿verdad hermanito?

Asentí y llamé a Tarasio para que trajese más vino y algo de comer. El queso de Valaquia aderezado con miel estaba delicioso y sirvió para amortiguar los posibles efectos negativos del vino en nuestros estómagos. Dimos buena cuenta de él mientras conversábamos sobre temas diversos, desde la marcha de las campañas en la frontera del Éufrates a los últimos rumores sobre la preparación de una nueva expedición contra Creta, ese infecto nido de piratas musulmanes que asolaban nuestros mares y nuestras costas desde hace más de una centuria. Hacía diez años del último intento de tomarla, pero la inexperiencia e incompetencia del jefe de la expedición, Constantino Gongyles, hicieron naufragar aquel gran esfuerzo militar en un mar de acero ismaelita.

—No puedo confirmarte nada —confesó Pedro, bajando la voz—, pero parece que, esta vez, iremos a por todas y no se repetirán los errores de otras ocasiones. En el alto mando se rumorea que la fuerza será mandada por el propio Nicéforo Focas, aunque tal vez la perspectiva de un éxito suyo en Creta no agrade demasiado a Bringas. Y ya sabes el peso que tiene ese jodido eunuco en Palacio.

Pedro tenía razón. José Bringas era un individuo brillante pero perverso, el perro guardián de la dinastía, dispuesto a hacer lo que fuese necesario con tal de mantener e incrementar su poder e influencia en los asuntos del Imperio. Antes había sido Logoteta del Tesoro y ahora, como Drongario de la Flota, vigilaba de cerca a los grandes generales que, como Nicéforo o su sobrino Zimiscés, podían volverse demasiado populares como consecuencia de sus triunfos. Por ello, y por su gran ascendiente sobre sus augustas majestades, era un personaje especialmente odiado por los militares.

Por otro lado, la reconquista de Creta era un objetivo ansiado por los romanos y cualquier emperador o general estaría dispuesto a cortarse un brazo con tal de tomar esa isla. Buena parte de la estrategia romana frente a los árabes pasaba por alcanzar ese logro. Si se reconquistaba Creta, nuestra flota de guerra podría volver a enseñorearse del Mediterráneo como en tiempos pasados.

—Pues la única alternativa que tiene Bringas —comenté, tras tomar un sorbo de vino—, es encabezar él mismo la expedición. Pero su experiencia militar es nula y se arriesga a acabar como Gongyles, lo que no creo le haga demasiada ilusión. Bien, espero que la Divina Providencia se apiade de nosotros esta vez y nos conceda la victoria. Y también espero que tú y yo estemos allí para participar de la gloria.

—Eso no tienes ni que dudarlo. Brindemos por ello.

Nuestra conversación derivó hacia otros terrenos hasta que Pedro me comentó que, al venir, se había tropezado con Nicodemo en la calle, cerca de la iglesia de los Santos Apóstoles.

—Como siempre, Nicodemo parecía llevar mucha prisa, ya sabes como es, siempre tan ocupado. No me atreví a entretenerle demasiado, pero sí tuvo tiempo para contarme que vuestra cena de anoche tuvo un final bastante movido. Según parece, uno de los copistas del Palacio Imperial fue asesinado en Blaquernas y vosotros anduvisteis por allí, echándole una mano a Esteban, ¿no? Así que ahora dime, ¿qué es lo que ha pasado, Manuel? Ya sabes que me encantan estas cosas.

Puse a mi hermano en antecedentes de lo ocurrido durante la noche anterior y la mañana de aquel día. Pedro se mostró muy interesado por mi relato, que siguió con una extremada atención.

—¡Vaya, quién lo hubiera dicho! —exclamó cuando terminé de relatarle los hechos— ¡Y yo que pensaba que sólo en el ejército podían vivirse aventuras dignas de tal nombre! ¡Cuánto me hubiera gustado estar con vosotros! Espero que Esteban cumpla su palabra y te mantenga informado; ardo en deseos de saber cómo acaba esta historia. Y si puedo ayudar en algo, no dudéis en contar conmigo. ¿Otra copa, hermanito?

Casi habíamos apurado la segunda jarra de vino cuando la tromba de agua dio muestras de empezar a flaquear. Pronto la ventisca se convirtió en suave brisa y la fuerte lluvia en ligera mollizna. Para cuando Pedro se despidió de mí, camino de su fiesta, ya no llovía.

Una vez que me quedé solo, salí al jardín. Las nubes se deshacían poco a poco mientras el sol en su ocaso bañaba el cielo de poniente con destellos carmesíes. La tormenta había refrescado el ambiente y la sensación de agobio se había evaporado junto con el intenso calor de la jornada. Un agradable olor de la tierra mojada lo inundaba todo; inspiré profundamente para llenarme de aquel fresco aroma y permanecí un buen rato allí, de pie, contemplando la caída de la noche sobre el jardín.

Al cabo de un rato volví a entrar en la casa dispuesto a cenar algo caliente y acostarme temprano.



Miércoles, 27 de abril

Constantinopla es, como todas las ciudades dignas de ser llamadas así, un lugar bastante ruidoso, sobre todo por las mañanas. Como si no hubiera bastante con aguantar el vocerío del bullicioso enjambre de mercachifles que inundan sus calles, la capital de los romanos ha de soportar, con cristiana resignación, la desquiciante cacofonía salida de los talleres de sus industriosos artesanos: caldereros, herreros, carreteros, carpinteros, marmolistas, zapateros, joyeros, alfareros, tintoreros, bataneros, aguadores, albañiles, orfebres... Todos ponen su granito de arena para hacer más gratos, si cabe, los despertares de Constantinopla. Y si un buen día uno logra la hazaña de prolongar el sueño algo más allá del amanecer, enseguida las campanas de las iglesias y de los monasterios se encargarán de recordarle que el día ha despuntado y que es hora de ponerse en movimiento.

Así que, como se supone que un soldado no puede permitirse el lujo de ser perezoso, me levanté nada más asomó el sol. Tras refrescarme un poco, vestirme y dar cumplida cuenta de mis deberes con Dios, desayuné y salí de casa. El día se anunciaba espléndido, con un cielo en el que las nubes brillaban por su ausencia. La gente comenzaba a llenar calles y plazas mientras que tenderos y mercaderes abrían sus puestos y una legión de ladronzuelos se disponía a iniciar otra provechosa jornada desvalijando a unos y a otros.

Tenía pensado dedicar el día a dejar resueltos algunos asuntos y también quería comprar algunas cosas, así que, como Tarasio ya era demasiado viejo para andar cargado, me llevé conmigo a otro de mis siervos, Artemio. Era éste un mocetón alto, rubio y bien parecido, que antes de ser bautizado en la fe de Cristo atendía por el nombre de Urgut. Dieciocho años atrás, en tiempos de Romano Lecapeno, Igor, príncipe de Kiev, había lanzado su flota sobre Constantinopla sólo para ver cómo era destruida en aguas del Bósforo por la gran arma secreta de nuestra escuadra, el *fuego marino*²⁹. Los restos dispersos de la flota rusa recalaron en Bitinia, donde los guerreros de Igor se dedicaron a devastar la región comprendida entre Heraclea y Nicomedia, hasta que las tropas de Juan Curcuas y Bardas Focas pusieron fin a sus tropelías. Muy pocos rusos pudieron regresar a su país: unos, los más, cayeron en el campo de batalla; otros, los menos, fueron hechos prisioneros. Entre estos últimos había un pequeño grupo de mujeres y niños, a los que no esperaba más

²⁹ *Fuego marino*: denominación bizantina para el *fuego griego*, líquido inflamable empleado por la flota imperial.

futuro que servir de solaz a la soldadesca y la esclavitud en los campos o en las minas.

Pero a veces Dios decide variar el curso natural de las cosas y así fue como hizo que, un buen día, mi padre –encargado de la vigilancia de los prisioneros– reparase en un pequeño andrajoso de unos cinco o seis años de edad, que lloraba desconsolado junto al cuerpo sin vida de una mujer joven, a la que alguien había degollado. Mi padre no tardó mucho en averiguar que el niño, Urgut, era el hijo de uno de los jefes de la expedición, muerto en combate y que el cuerpo de la mujer pertenecía a su madre, a la que unos soldados borrachos habían violado y asesinado la noche anterior. Por supuesto los asesinos nunca fueron identificados, pero mi padre, conmovido por el dolor del pequeño y sintiéndose responsable por lo ocurrido, solicitó a Curcuas que le permitiera hacerse cargo del niño en calidad de siervo doméstico.

Así fue como Urgut-Artemio entró en nuestras vidas. Y no tardó mucho en demostrarnos que bajo aquella capa de mugre bárbara se escondía una inteligencia despierta y sagaz. En menos de un año Artemio hablaba griego con absoluta fluidez, mientras que a la vuelta de otro ya leía y escribía con soltura. Igual destreza mostraba con los números lo que, unido a su condición de bilingüe y a la lealtad que mostraba hacia nosotros, le convertía en un siervo inestimable. Toda la familia se acabó encariñando con el joven ruso, quien, al cabo de pocos años, se había convertido en el fornido muchacho que me acompañaba aquella soleada mañana.

Nuestra primera parada sería la casa del difunto Libos Metanoite, hijo único de Prisco Metanoite, otro viejo amigo de mi padre. Fallecido hacía poco a causa de un desgraciado accidente de caza, dejaba esposa, un hijo pequeño –Teodoro– y montones de deudas. Para hacer frente a estas últimas, Sofía, su joven viuda, se estaba viendo obligada a deshacerse de buena parte del patrimonio familiar, mientras esperaba que un golpe de la fortuna, en forma de marido solvente, la sacase de sus apuros económicos. Pero hasta ese momento debía asegurar el sostén de su familia y de su casa.

Una de las debilidades de Libos, además del juego y de los negocios poco rentables, eran los caballos. Tanto le gustaban que, en tiempos más prósperos, había logrado hacerse con una cuadra de media docena de estupendos ejemplares. Sofía, sin embargo, no sentía tanto entusiasmo por estos nobles brutos, aunque sí por el dinero que podía reportar su venta. Era por eso por lo que Artemio y yo nos dirigíamos a su casa, una hermosa residencia cercana a la gran cisterna en la que desemboca el acueducto de Valente; aunque me dolía reconocerlo, a *Castor*, mi viejo y fiel caballo, no le quedaban ya demasiadas millas que galopar, así que no me vendría mal un potro joven y sano.

No tardamos mucho en llegar al Foro de Constantino que estaba, como siempre, lleno de gente. Situada a escasa distancia del Hipódromo y del Augusteón, esta vasta plaza oval es, sin duda, uno de los lugares favoritos de los constantinopolitanos. Es un lugar impresionante. Bajo la doble columnata que la

circunda encuentran cobijo montones de estatuas antiguas que causan el asombro de los forasteros, aunque más les impresiona aún la elegante columna de pórvido de cien pies de altura que se levanta en el centro del foro y que soporta la estatua del primer Constantino. Grandes y hermosos edificios se abren sobre esta plaza, que es también uno de los principales ejes de la actividad mercantil de la ciudad.

Efectivamente, en el tramo de la Mesé que se extiende entre el Foro y el Gran Palacio se concentran los puestos de los joyeros y los cambistas, todos ellos sometidos a la atenta vigilancia de los inspectores municipales. Por su parte, bajo los soportales del Augusteón –la gran plaza porticada en la que desemboca la Mesé y que da acceso a Santa Sofía, al Palacio Imperial y a la Casa del Senado–, sientan plaza los perfumistas. Se dice que, en los primeros días de la ciudad, fueron establecidos allí para que sus fragancias subiesen hasta la gran imagen de Cristo que preside el acceso al Palacio Imperial, aunque creo que no me equivoco al pensar que estos comerciantes están más interesados en que el aroma de sus perfumes llegue a las delicadas narices de los cortesanos que a Dios Todopoderoso.

Más lejos, en la vía conocida como Pórtico Largo, asienta sus reales el gremio textil. Es esta zona, junto con las destinadas al comercio de joyas y perfumes, una de las favoritas de las mujeres. Son muchas las que –aprovechando las ocasiones en las que sus esposos están ausentes de la ciudad–, se escabullen de sus gineceos y, dejando a un lado su habitual recato, se lanzan decididas a revolver trapos en los puestos de los comerciantes, ya sean de seda, en el caso de ricas, ya de lino o lana en el caso de las menos pudientes. Así que si uno está interesado en conocer más *a fondo* a alguna joven y hermosa dama romana, cuyo rico pero decrepito marido tan sólo puede ofrecerle aburrimento en las largas noches de invierno, éste es uno de los lugares a los que se debe acudir. Basta con ganarse la confianza de una criada, de un eunuco o de alguno de los mercaderes que frecuente la señora en cuestión para, con un poco de suerte, acabar saboreando la dulzura de sus labios y la calidez de sus pechos entre las sábanas de seda de su lecho. Si te pillan, mala suerte y adiós a la nariz, pero en esta vida todo tiene sus riesgos.

Claro que si lo que se quiere es satisfacer otros apetitos menos pecaminosos pero igual de placenteros, más allá del Pórtico Largo es posible encontrar cerdos, carneros, cabras, gallinas, patos, pichones y cualquier otro animal comestible imaginable. Aquí, en los días de fuerte calor, el hedor desprendido por las bestias –en especial por los marranos– puede llegar a ser realmente insoportable. Por ello siempre es más agradable darse una vuelta por el mercado de Amastrion, donde uno puede comprar a buen precio un ágil caballo capadocio, un recio mulo armenio o un terco burro frigio.

En resumen, Constantinopla es un gigantesco bazar en el que puede encontrarse de todo, de joyas a pescado, de libros a manteca, de lámparas a lentejas, de pucheros a miel, de calzones a vino. Y, en correspondencia con ese gran mercado, en sus calles pueden verse gentes procedentes de las cuatro esquinas del mundo: romanos, árabes, armenios, sirios, búlgaros, rusos, italianos, francos... Y todos, cristianos, musulmanes, judíos o paganos rinden pleitesía a una única deidad: el

dinero. Al igual que los israelitas se apartaron de la ley de Dios para adorar al becerro de oro, los mercaderes, con independencia del dios al que recen, estarían dispuestos a pactar con el mismísimo diablo con tal de hacer un buen negocio.

Aunque el gentío del mercado siempre me ha agobiado, a Artemio, por el contrario, parecía encantarle; le fascinaba el espectáculo que ofrecía la siempre variada fauna humana de la capital y prestaba atención a todo lo que veía y oía. Por eso enseguida reparó en un grupo de gente que, apelotonada junto a la columna de Constantino, escuchaba con atención dispar a un vociferante individuo de miserable aspecto, que malduciría su sucio y enjuto cuerpo con lo que parecían ser los jirones de un hábito monacal.

—¡Escuchad, hermanos míos! —bramaba, al tiempo que levantaba las manos sobre su cabeza como si invocase al Cielo y sus ojos chispeaban con el brillo de la locura— ¡Esta ciudad, vuestra ciudad, es un nido de iniquidad, lascivia, falsedad y envidia! ¡En las calles, en los baños, en las casas, hasta en las iglesias y monasterios el pecado se ha aposentado con vuestro consentimiento! ¡Yo mismo, hace años, pequé una y otra vez apartándome de mis sagrados votos y, dejándome arrastrar por el demonio, fornicaba, bebía, apostaba y robaba para pagar mis vicios! ¡Por ello Dios me castigó! Nubló mi razón, cegó mis ojos y secó mi lengua hasta que comprendí el mal que había hecho y me arrepentí. Entonces el Todopoderoso tuvo clemencia, me sanó y luego guió mi mano de forma que nunca más pudiera caer en la tentación de la fornicación ¡Mirad!

Una exclamación de asombro y horror salió de las gargantas del improvisado auditorio cuando, con una expresión de triunfo en su cara, aquel pobre loco se levantó el faldón de su hábito para mostrar la horrenda cicatriz y el amasijo de piel y carne que ocupaba el lugar en el que, en otro tiempo, debieron estar sus testículos y su miembro viril.

Al ver aquel espectáculo, Artemio palideció.

—¡Dios mío! —exclamó— ¿Cómo nadie puede...?

—No trates de buscar una explicación, Artemio. Cuando una persona enloquece es capaz de cualquier cosa; puede volverse peligroso para los demás o, como en este caso, para sí mismo. Unos caen en la pasividad más absoluta, mientras que otros son presa de un imparable frenesí. Sin duda, ese pobre desgraciado era, como él dice, un monje pecador. Tal vez el peso de sus culpas le hizo enloquecer y, en su extravío, se mutiló.

—Tuvo que ser algo terrible, señor.

—Sí. Y no sé cómo pudo sobrevivir a tal mutilación. Incluso las castraciones que efectúan cirujanos expertos conllevan un enorme riesgo. ¿Sabías que, de cada diez niños castrados, siete no viven para contarlos?

Artemio volvió a palidecer.

—¿Siete de cada diez? ¿Tantos? Pero eso es espantoso, amo.

—Sí, lo es —asentí, mientras reanudábamos la marcha—. Pero así funciona nuestro mundo, mi querido Artemio. Cientos, tal vez miles de niños y adultos son castrados cada año. Unos son esclavos; otros, criminales; algunos son llevados ante la cuchilla por sus propios padres, que desean asegurarles así una próspera carrera en la administración imperial, aunque se supone que eso es ilegal. En fin, de los pocos que sobreviven a la castración, unos son destinados a servir como criados en los palacios de los poderosos y otros son vendidos a los musulmanes para convertirlos en guardianes de sus harenes.

Artemio guardó silencio. Debía estar agradeciendo al Cielo que a mi padre no le gustasen los eunucos, a los que consideraba como seres despreciables. Y ahora que era joven y vigoroso y se sabía atractivo para las mujeres, valoraba más que nunca la integridad y buena salud de sus atributos.

Salimos del Foro de Constantino y nos adentramos en la Mesé. Los comerciantes ya habían ocupado sus posiciones bajo los pórticos y desplegado sus mercancías sobre las mesas. No tardamos mucho en llegar al Foro de Teodosio, plaza que teníamos que atravesar para llegar, tras andar otro buen trecho, a la casa de Sofía. Mientras cruzábamos el foro, Artemio no pudo evitar reírse al ver a un grupo de peregrinos que, boquiabiertos, seguían como corderillos a un monje, tan provinciano y asombrado como ellos. El grupo debía dirigirse a alguna de las muchas iglesias de la ciudad para rezar ante los huesos del santo mártir de turno. Y es que Constantinopla anda sobrada tanto de mártires como de iglesias.

—¡Mira que cara ponen, mi señor! —se mofó Artemio—. Van con la boca abierta mirando de un lado a otro sin dar crédito a lo que ven.

—Sí, están pasmados, pero no deberías reírte de ellos, Artemio. Recuerda que Constantinopla es, junto con Bagdad, la mayor y más rica ciudad del mundo. Está llena de estatuas, monumentos, iglesias y palacios. Cada dos por tres se organizan procesiones y desfiles deslumbrantes. Puedes estar seguro de que esos peregrinos nunca han estado antes en una gran urbe y el impacto que la magnitud de Constantinopla les causa es tal que, si ahora fueses y les dijese que unos sapos de piedra se comen por la noche las inmundicias de la ciudad, o que un ángel vela por los romanos desde lo alto de Santa Sofía se lo creerían sin discusión. Para ellos es un lugar mágico en el que todo es posible.

—Entiendo, señor.

—Me alegro. Bueno, vamos; no quiero llegar tarde.

* * * *

Pagar dieciséis nomismas por una yegua y su potrillo puede parecer excesivo, pero tanto los animales como Sofía los merecían. Nunca había tenido mucho trato con ella, pues Libos la obligaba a recluirse en el gineceo en cuanto un varón cualquiera, incluso un familiar, ponía los pies en su casa. Y tampoco podía salir a la calle, ya fuese para acudir a misa o para visitar a sus padres, sin ir acompañada por un numeroso grupo de criados. Por supuesto, él se escudaba en las recomendaciones morales de los clérigos para justificar su actitud, pero todos

sabíamos que Libos era un hombre bastante celoso, siempre angustiado por la posibilidad de que su mujer, veinte años más joven que él, se la pegase con otro. No tuvo que ser fácil convivir con alguien así.

Sin embargo, he de reconocer que los temores del finado eran comprensibles, pues Sofía era una mujer muy hermosa y más de un hombre habría estado dispuesto a arriesgarse a recibir una buena tunda de latigazos con tal de poder gozarla. Ahora, libre de la asfixiante vigilancia de su esposo, Sofía podía mostrarse al mundo tal cual era y convertir su belleza en una poderosa arma con la que negociar desde una posición de ventaja. Si su brillante cabellera rubia, sus penetrantes ojos azules y su magnífico vino tenían en los demás el mismo efecto que habían tenido en mí, no me cabía ninguna duda de que sus manos se llenarían de oro.

Una vez cerramos el trato, Sofía ordenó a una vieja criada que sirviese un par de copas más de vino para celebrar el acuerdo. Ocurrió que, al escanciar el líquido en mi copa, su tembloroso pulso la traicionó y, sin que yo pudiera evitarlo, derramó unas cuantas gotas sobre mi túnica.

Sofía lanzó una mirada furiosa sobre su criada.

—¡Filopa! ¡Ten más cuidado!

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento, mi señora! —exclamó turbada la anciana—
¡Perdóname!

—No te preocupes —la tranquilicé—; no tiene importancia. Apenas me he manchado.

—Retírate —le ordenó Sofía.

Avergonzada, la pobre mujer abandonó la estancia musitando una retahíla de disculpas.

—Lamento lo ocurrido, conde —se excusó Sofía una vez quedamos de nuevo a solas—. Filopa lleva en esta casa toda la vida, pero ya es muy mayor y sus fuerzas han decaído mucho. Creo que es hora de ir pensando en buscar una criada más joven que le ayude y que tome el relevo en las tareas domésticas.

—No tienes que disculparte, mi señora. En mi casa también hay un viejo criado cuya torpeza crece día a día. Y, si Dios no lo remedia, nosotros acabaremos, más tarde o más temprano, como ellos.

Sofía celebró mis palabras con una sonrisa turbadora y mojó sus labios en la copa de vino. Sin poder dejar de mirarla, la imité. A continuación, me invitó a salir al jardín, donde seguimos conversando un buen rato. Según me contó, tenía pensado deshacerse de casi todas las posesiones familiares, excepto de la casa de Constantinopla y de una finca que poseía cerca de Nicea.

—Es una hermosa villa rodeada por un amplio jardín, varios huertos y fértiles tierras de cultivo que producen abundantes cosechas de trigo y cebada —me describió—. En ella crecí y allí descansan para siempre mis padres. Fue la dote que

aporté a mi matrimonio y, desde luego, ni por todo el oro del mundo me desprendería de ella.

La voz suave y melodiosa de Sofía sonaba en mis oídos como música celestial. El fino vestido de seda que cubría un cuerpo sin duda hermoso, no hacía sino resaltar la gran belleza de aquella mujer. Embelesado, no pude menos que agradecer a Dios que hubiese tenido a bien llamar a su seno al pobre Libos para poder disfrutar así de aquella visión, que se me antojaba divina.

—Si algún día pasas por allí y decides visitarme, serás bienvenido, conde Kolastés —añadió.

Sólo Dios sabía si aquellas palabras eran una invitación formal o una muestra de buena educación sin más. Con una mujer nunca se sabe; su espíritu transita por los siempre sinuosos senderos de la ambigüedad. Como Eva, pueden conducirnos al pecado; pero, como María, pueden traernos la salvación.

* * * *

No regresamos a casa hasta eso de la hora octava, pues aprovechamos la vuelta para hacer algunas compras en los mercados. Después de la comida fui a las caballerizas para ver cómo le iba a Artemio con los nuevos animales, a los que estaba acomodando y alimentando. Eran dos hermosos ejemplares tracios, negros como el carbón, fuertes y sanos. *Castor* contemplaba con curiosidad a sus nuevos compañeros de cuadra y tal vez se sintiera tan atraído por la joven yegua como yo por su bella dueña. En cuanto al potrillo, parecía haber hecho muy buenas migas con Artemio, que le estaba dando de comer en la mano. Iba a decirle algo cuando la familiar voz de Esteban Dafnopates sonó a mis espaldas.

—¡Vaya Manuel! Ya era hora de que te decidieras a sustituir a ese viejo penco.

Ofendido por el comentario, *Castor* relinchó.

—Esteban, amigo, sé bienvenido —saludé, algo sorprendido—. Pero, ¿dónde vas con esa pinta?

Esteban vestía una sencilla túnica y un manto corto bastante ajado y lleno de remiendos, indumentaria más propia de un romano pobre cualquiera que de un jefe de policía habitualmente tan elegante como él. A su lado, Tarasio tampoco daba crédito a sus ojos.

—A un lugar donde no es muy seguro vestir de otra guisa —me explicó—. Venía a ver si podía convencerte para que te disfraces como yo y me acompañes.

—¿A dónde? —pregunté, intrigado.

—A detener a Bagrat.

η

Miércoles, 27 de abril. Por la tarde

Pese a que en Constantinopla pueden verse cosas en extremo curiosas, que un distinguido oficial de caballería se vista con las simples ropas de uno de sus siervos no suele ser muy común. Bastaba con mirar la cara de Artemio para comprender que sólo el respeto que sentía hacia mi persona le impedía estallar en carcajadas al verme lucir con aplomo una de sus más gastadas túnicas, por él mismo destinada a acabar en el saco del traperero. Pero el caso es que, una vez vestido, me reuní con Esteban y nos pusimos en camino.

—Bien, ¿y a dónde vamos? —pregunté.

Por toda respuesta, Esteban me tendió un pedazo de pergamino que extrajo del pequeño zurrón que colgaba de su costado. Cogí el pergamino y lo desenrollé. Escrito en minúsculas de trazo firme, una breve nota rezaba lo siguiente:

«Al noble Esteban Dafnopates, juez de la Región XIV.

De Lucas Metopoustés, juez de la Región VIII.

Que Dios Todopoderoso te proteja de cualquier mal y que te guíe en el camino de la rectitud y la justicia.

Mi estimado colega, en respuesta a tu requerimiento, tengo que informarte que un armenio llamado Bagrat es dueño de una taberna en la zona occidental del puerto de Sofía. Por lo que sabemos, se trata de un antiguo soldado que se instaló aquí hace unos años. No sabemos mucho más, excepto que se rumorea en los bajos fondos que Bagrat no es trigo limpio. Sin embargo, nunca hemos podido acusarle de nada en concreto. Espero que esta información pueda serte de utilidad. Quedo a tu disposición para lo que desees».

Perplejo, le devolví el pergamino a Esteban.

—¿Bagrat un simple tabernero? ¿Cómo es posible?

—Eso mismo me pregunté yo cuando leí el mensaje.

—¿Has confirmado la información?

—¡Por supuesto! Nada más leer la misiva de Lucas, mandé a Zenón al puerto de Sofía para que investigara con discreción. Tal y como dice la carta, en la parte occidental del puerto hay un localucho miserable atendido por un chico y por un par de furcias. Zenón, con muy buen juicio, no quiso levantar sospechas y estuvo dentro el tiempo justo para echar un vistazo mientras apuraba un cubilete de vino.

—¿Llegó a ver a Bagrat?

—No, pero ya sabes, en los muelles siempre hay borrachos ociosos dispuestos a contar todo lo que saben a cambio de unas pocas monedas, así que a Zenón no le costó mucho averiguar que el tal Bagrat es un tipo alto, fornido y tuerto del ojo izquierdo. Y con una reputación más que dudosa.

—Bien, ¿y cuál es el plan?

—Aún no lo tengo del todo trazado. Dependerá de lo que veamos allí. De momento, Zenón y un par de guardias vigilan el lugar.

—¿Y el juez Metopoustés? Nos echará una mano, ¿no?

Esteban se rió con ganas.

—¿Lucas Metopoustés? ¡Ni hablar! El pobre es un inútil y un cobarde. No sería capaz de detener a un maleante ni aunque se lo arrojaran maniatado a sus pies. Ni siquiera sé de dónde ha sacado las energías para escribir esta carta. No podemos esperar más de él. ¡Si no fuera porque su padre es íntimo amigo de Basilio *el Pájaro*, hace tiempo que le habrían mandado de vuelta a Capadocia!

A pesar de la hora que era y de que el calor empezaba a apretar otra vez, aún había mucha gente en las calles. El Foro de Constantino seguía repleto de comerciantes, compradores, curiosos, monjes y vagabundos. En todo el tramo de la Mesé hasta el Foro del Tauro el espectáculo era parecido; demasiada gente. Como no era cuestión de perder tiempo, decidimos atajar y meternos por las calles que serpentean a través de los barrios humildes amontonados entre la Mesé y el Mar de Mármara.

Mientras avanzábamos a paso ligero por aquellas sucias y peligrosas callejuelas, Esteban me puso al corriente de la entrevista que había mantenido el día anterior con Hierófilo, el jefe del taller imperial de copistas.

—El viejo se mostró muy afligido al conocer la muerte de su joven ayudante. Esperaba que, más pronto que tarde, sería su sucesor. Según me contó, Nicetas era un gran copista, un amanuense excepcional, dotado de una exquisita sensibilidad artística y una amplia cultura.

—Ya veo, una gran pérdida —comenté—. Supongo que estaría bien pagado.

—Por supuesto —confirmó Esteban—. Buena parte de sus ingresos procedían de las rentas que le reportaba el arrendamiento de las fincas que había heredado de sus padres, unos campesinos acomodados de Abidos³⁰. Al menos eso es lo que parece desprenderse de los documentos que encontramos en su casa, ¿recuerdas? Entre otros, había un testamento y un libro de cuentas. Estuve estudiándolos ayer, antes de ir a ver a Hierófilo. Y he descubierto que no está todo claro.

—¿No? ¿Por qué? —inquirí.

—Nicetas era un tipo minucioso —respondió Esteban—. En el libro de cuentas llevaba un exhaustivo registro de ingresos y gastos. Lo apuntaba todo: salario, comida, casa, limosnas, ropa, útiles de escritura, compra de libros, ingresos de sus

³⁰ *Abidos*: ciudad situada en la costa occidental de Asia Menor, en el estrecho de los Dardanelos.

tierras en Abidos... todo. Repasando el libro, me llamaron la atención ciertas entradas, anotadas siempre bajo el mismo epígrafe: «*ingresos varios*». Al principio creí que se trataba de ganancias derivadas de algún trabajo extra, ya sabes; muchos de estos amanuenses copian libros en su tiempo libre para venderlos luego en el mercado, o por encargo de algún ricachón que quiere cubrir un hueco en sus estanterías. Pero la regularidad de las anotaciones —una cada cuatro meses en los últimos tres años— siempre en las mismas fechas, y la cuantía de lo recibido, casi cincuenta nomismas cada vez, me hicieron descartar esa posibilidad.

—¿Entonces?

—Interrogué a Hierófilo al respecto, pero no sabía nada del asunto, así que deberé seguir investigando. Tal vez no saque nada en claro, pero nunca se sabe.

—Así pues, tu entrevista con Hierófilo no fue muy productiva.

—No creas. El viejo pudo contarme algunas cosas bastante interesantes sobre la familia de Nicetas. Verás, sus padres, deseando que recibiera una educación de calidad, le mandaron de niño a Constantinopla, a casa de un tío materno, León Coerina, por entonces un protonotario³¹ a las órdenes del Logoteta del Dromo³². Por cierto, ¿te suena ese nombre?

Durante unos instantes permanecí pensativo.

—Sí, me es familiar... ¡Claro! ¿No será pariente de Juan Coerina?

—Según Hierófilo, primos.

—¡Vaya! ¡Qué pequeño es el mundo!

Aquel había sido uno de los escándalos cortesanos más sonados de los últimos años. Confidente y guía espiritual de Romano, el hijo del emperador, el monje Juan Coerina había llegado a disfrutar de una privilegiada e influyente posición en la Corte. No es la primera vez que ocurre algo así y desde luego no será la última. Pero en esta ocasión el problema era que Juan parecía sentirse más atraído por el oro, la intriga y la lujuria que por sus piadosos deberes. Al final, sus excesos y su desvergüenza acabaron con la paciencia del mismísimo Constantino, que terminó por ordenar su expulsión de Palacio. Y la cosa podía haber acabado aún peor para el monje de no haber mediado la intervención de Romano, quien sentía una morbosa fascinación por aquel individuo, lo que no era de extrañar, pues ambos parecían compartir los mismos gustos depravados y perversos. En algunos de los más oscuros burdeles de Constantinopla se contaban truculentas historias sobre las salvajes orgías palaciegas en las que aquel santo varón y su augusta majestad daban rienda suelta a sus envilecidos espíritus. En ambientes algo más refinados se rumoreaba que todo aquel asunto no había sido más que una nueva batalla en la larga guerra que libraban el parakimomeno Basilio *el Pájaro* y el Drongario de la Flota, José Bringas, por el control de la Corte. Al final, el jefe de los eunucos

³¹ *Protonotario del dromo*: alto funcionario a las órdenes del Logoteta del dromo. Tenía rango de espatario.

³² *Logoteta del dromo*: el jefe del servicio imperial de correos.

imperiales habría logrado convencer a Constantino para que se desembarazase de Coerina, que gozaba de la protección del Drongario, a su vez íntimo confidente del coemperador Romano. Y todos esperaban para ver cuál podría ser la respuesta de Bringas.

—Por suerte para León —prosiguió Esteban—, Dios le llamó a su seno antes de que el escándalo de su primo pudiera afectarle. Pero su hijo Alejandro no tuvo tanta suerte.

—¿No te referirás a Alejandro Coerina, el antiguo topoteretés de los Hetairía?

—Sí, a ese mismo.

Aquella era otra buena historia. Las malas lenguas decían que Alejandro debía el cargo de lugarteniente del regimiento Hetairía más a la estrecha relación que su tío segundo mantenía con Romano y con Bringas que a sus propios méritos castrenses. Yo sólo le conocía de vista y lo más que sabía sobre él era de oídas. Alto y delgado, Alejandro tendría por entonces unos cuarenta y cinco años, aunque con su rostro alargado y huesudo, sus ojos hundidos y su barba rala aparentaba más edad. Religioso y disciplinado, los que habían tenido ocasión de servir a su lado decían de él que, aunque era un buen soldado, estaba falto de las cualidades que deben distinguir al lugarteniente de una unidad tan importante, pues no en vano es la encargada de la seguridad personal de los emperadores. Pero la situación había cambiado de golpe y ahora Alejandro purgaba los pecados familiares en una de las unidades de infantería encargadas de la defensa de Constantinopla, el regimiento Numeri. Y ni por sueldo ni por prestigio puede compararse el servicio de infantería con el de caballería. Según se comentaba, Alejandro estaba muy resentido con el Gran Hetairarca Nectario, su superior inmediato, y sobre todo con Nicéforo Focas, responsable último de su degradación; por expresa voluntad del Doméstico, toda su carrera se había ido al cuerno en un abrir y cerrar de ojos.

—Nicetas Ayroulos, emparentado con Juan Coerina —dejé escapar un silbido—. Amigo, insisto: el mundo es un pañuelo. ¿Mantén Nicetas una buena relación con su primo Alejandro?

Esteban negó con la cabeza.

—Por lo que Hierófilo sabía, Nicetas mantenía una relación distante con esa rama de su familia. De hecho, eran muy pocos los que estaban al tanto de ese parentesco.

—Hombre precavido, pues.

—Sí, eso parece. Pero lo curioso es que la relación parecía haber mejorado en los últimos tiempos. ¿Recuerdas la chica muerta en el dormitorio del copista? Era una esclava búlgara llamada Janina. Según Hierófilo, Alejandro se la había ofrecido recientemente a su primo por un precio irrisorio y el pobre Nicetas no había podido resistir la tentación. A lo que parece, la muchacha era muy cariñosa.

Aquel era un dato, cuando menos, curioso.

—¿Crees que existe alguna relación entre estos hechos?

—No lo sé —reconoció Esteban, encogiéndose de hombros—. De momento, me conformo con poder dar caza a Bagrat y ver qué nos cuenta.

* * * *

De todos los puertos comerciales que se abren sobre el mar de Mármara, el de Sofía es con diferencia el más importante. Integrado —como todos los demás— en el sistema defensivo de Constantinopla, sus murallas circunscriben una amplia rada de casi media milla de largo por un cuarto de ancho, a la que se accede a través de una estrecha embocadura, estando protegidas ambas por altas y sólidas torres defensivas. A pesar del constante peligro que suponen los piratas árabes, en los muelles y dársenas del puerto de Sofía atracan navíos procedentes de casi todos los rincones del mundo y por sus grandes almacenes pasa cualquier mercancía concebible: trigo de Anatolia, sedas del Peloponeso, vinos de Italia, tapices de Córdoba, especias y perfumes de la India, bordados y vajillas de Siria, pieles y esclavos de Escitia, piedras preciosas, marfiles, bronces, esmaltes... El tesoro del emperador se alimenta, en no poca medida, del río de oro que fluye por las aduanas de los puertos de Constantinopla. Intentar canalizar ese flujo en la dirección correcta es la tarea de los inspectores portuarios, siempre dispuestos a realizar registros en almacenes y barcos a horas intempestivas para tratar de evitar que los derechos de la hacienda imperial se deslicen hacia los tortuosos meandros del mercado negro. Por eso los inspectores, y en general cualquier representante de la autoridad, no gozan de una gran estima entre la gente de los puertos.

Sin embargo, ninguno de los muchos marinos, estibadores, carpinteros o carreteros con los que nos cruzamos nos prestó la menor atención, pues nuestra apariencia no difería en gran medida de la de ellos. Tampoco nadie pareció reparar en los tres individuos que, a escasa distancia de la taberna, contemplaban ociosos las maniobras de atraque de un mercante de Tesalónica que acababa de arribar. Si alguien hubiera podido mirar bajo sus mantos, se habría sorprendido, y quizás asustado, al ver las espadas y porras que portaban. Pero por suerte ni Zenón ni sus dos acompañantes levantaron la más mínima sospecha entre los habituales del puerto.

En cuanto nos vio, Zenón se acercó a nosotros y nos informó de las últimas novedades.

—Hemos tenido suerte, juez; Bagrat está dentro. Le hemos visto entrar hace un rato. Ahora mismo, en la taberna sólo están las dos muchachas, el chaval, un par de borrachos y él mismo.

—¿Qué hacemos? —pregunté— ¿Vamos a por él?

Esteban reflexionó unos instantes mientras se acariciaba la barba.

—No creo que entrar y detenerle delante de todo el mundo sea lo más adecuado. Eso pondría sobre aviso a sus compinches, que desaparecerían antes de poder ser arrestados. Además, somos pocos y tal vez tendríamos problemas para sacarle del puerto. Por cierto, Zenón, ¿has dejado los caballos donde convinimos?

—Sí juez. Detrás de la iglesia de Cristo Salvador.

—Bien. Entonces creo que lo que debemos hacer es lo siguiente...

* * * *

Si Bagrat hubiese sido una persona inteligente tal vez habría sospechado algo, pero el tipo no parecía distinguirse por su gran perspicacia. De hecho, fue todo tan fácil que aún me asombro al recordarlo. De acuerdo con el plan trazado por Esteban, entré en la taberna y pedí al chico del mostrador que me sirviera un vaso de vino. No había rastro de las dos jóvenes prostitutas, a buen seguro ocupadas con algún cliente, y los dos borrachos dormitaban tranquilos en un rincón junto a la puerta. El chaval me sirvió el vino —que, como sospechaba, era de ínfima calidad— y, al pagarle, dejé caer entre las monedas el amuleto que encontramos en casa de Nicetas y que Esteban me había dado momentos antes. Al verlo, el chico me miró extrañado.

—Este colgante pertenece a Bagrat, tu patrón —le expliqué—. Sé que anda por ahí detrás, así que ve y dile que quiero hablar con él. Dale esto también.

Puse en las manos del muchacho un par de piezas de oro.

Suele decirse que la avaricia es enemiga de la prudencia y así ocurrió, pues no pasó más que un instante desde que el chico desapareciera detrás de un cortinaje cuando me encontré cara a cara con Bagrat. El enorme armenio era aún más feo y desagradable de lo que la descripción de Zenón me había hecho imaginar y en su cara podía leerse la historia de una vida marcada por la dureza y las privaciones.

—¿Quién eres tú? ¿De dónde has sacado ésto? —me espetó amenazador, sosteniendo el medallón entre los dedos— ¿Qué quieres?

No me inmuté en absoluto ante sus gruñidos y procuré mostrarme convincente.

—Quién soy no importa ahora —repliqué—. Lo único que has de saber es que mi señor, que es persona poderosa, sabe que eres hombre de palabra, buen cristiano y valeroso. Por eso quiere encomendarte una tarea muy delicada pero provechosa para ti, si la llevas a cabo según sus deseos.

Acto seguido saqué de entre mis ropas un pequeño saquito de cuero, lo puse sobre el mostrador y lo abrí. El único ojo de Bagrat brilló al ver las monedas de oro.

—Habrás más si aceptas el trabajo —continué—. En cuanto al medallón, considéralo una muestra de amistad por parte de mi señor, pues, dado el lugar en el que apareció, podría causarte problemas en caso de caer en las manos equivocadas.

Al oír mis palabras Bagrat pasó de la fiereza a la mansedumbre como sólo puede hacerlo un perro al reconocer a su amo.

—¿De qué se trata? —preguntó con gran interés.

Eché un vistazo alrededor, como temiendo que alguien pudiera escucharnos.

—Este no es el lugar adecuado para hablar de ello —dije—. Salgamos y demos un paseo. Así podremos hablar sin preocuparnos por oídos curiosos.

Para mi sorpresa, Bagrat aceptó. Cogió el saquito de las monedas y me siguió como un corderillo por el muelle hasta que llegamos al viejo almacén abandonado, situado en un callejón algo apartado. Un viejo mulo, uncido a un destartado carromato, esperaba aburrido junto a la puerta del almacén a que alguien reclamase sus servicios. Pero no había nadie por los alrededores, ni signo alguno de actividad en el edificio y si el ojo sano de Bagrat no hubiese estado tan deslumbrado por el refulgir del oro, tal vez habría preguntado qué demonios pintaba allí aquel carro. Pero, por fortuna para mí, no lo hizo. Así que abrí la puerta del almacén y penetré en el interior. Él me siguió sin vacilar.

En ese momento la puerta se cerró tras nosotros. Bagrat se volvió y, al ver avanzar hacia él a los hombres de Esteban con las armas en la mano, comprendió alarmado que había caído en una trampa.

El armenio blasfemó; antes de que nadie pudiera impedirlo, blandió un pequeño puñal de hoja curva que llevaba oculto dentro de su túnica y se abalanzó sobre mí, dispuesto a morir matando. Sorprendido, retrocedí tratando de esquivarle, pero tropecé y perdí el equilibrio. Bagrat alzó su puñal para herirme, pero antes de que pudiera hacerlo, Zenón le atizó un contundente garrotazo que le hizo caer inconsciente a mi lado.

* * * *

No tuvimos ningún problema al trasladar a Bagrat desde el puerto de Sofía hasta el cuartel de la policía de Blaquernas. El nuestro era uno más de los cientos de carromatos que van y vienen a diario por las calles de Constantinopla, cargados con todo tipo de mercancías, por lo que a nadie se le habría podido ocurrir que, dentro de aquel gran barril, había un criminal atado y amordazado.

El armenio debió asustarse mucho cuando se despertó y se dio cuenta de que sus secuestradores le habían metido dentro de una húmeda y oscura mazmorra. Desesperado, sin tener la más mínima idea de dónde estaba, ni de cuál iba a ser su suerte, gritó pidiendo ayuda, pero sólo el más absoluto de los silencios respondió a sus súplicas.

Esteban ordenó a sus hombres que no se diera agua ni alimento alguno al detenido, ni que nadie se acercase a su celda en respuesta a sus lamentos. Esperaba que así el espíritu de Bagrat se resentiría por el miedo a la incertidumbre, a la tortura, al hambre y a la sed. De este modo, al día siguiente, sería más fácil hacerle hablar.

Y, desde luego, Bagrat habló. Vaya si lo hizo.

Θ

Jueves, 28 de abril. Mediodía

Solía decir mi difunto padre que una buena comida y un buen vino son imprescindibles para enfrentarse a cualquier tipo de problema con el cuerpo dispuesto y la mente despierta. Siguiendo esta sabia recomendación, Esteban y yo determinamos que, antes de decidir cuál iba a ser el nuevo rumbo de acción a tomar tras las sorprendentes revelaciones que nos había proporcionado el interrogatorio de Bagrat, lo mejor era hacer los honores a un par de magníficos pollos asados bañados en un sabroso caldo de verduras y especias, una pequeña obra maestra de la ciencia culinaria salida de las manos de Zenón, quien resultó ser, para mi sorpresa, un magnífico cocinero. Luego de comer, empezamos a poner en orden nuestras ideas.

Según su propio testimonio, Bagrat era el mayor de los cuatro hijos de una pobre familia campesina, sometida a la servidumbre de uno de esos poderosos señores armenios que guerrean contra los árabes en los distritos fronterizos del este de Anatolia. Bagrat combatió muchos años junto a su señor y llegó a convertirse en un hábil matarife, adquiriendo gran destreza en el arte del degüello, habilidad que un buen día puso en práctica sobre el gaznate del hijo de su amo al enterarse de que era el responsable de la violación de una de sus hermanas.

Ni que decir tiene que Bagrat tuvo que poner tierra por medio para salvarse de la furia justiciera de su antiguo señor y después de dar muchos tumbos terminó recalando en la capital, donde acabaría poniendo su destreza con el cuchillo al servicio del Imperio. Durante algunos años Bagrat sirvió como infante de marina, hasta que una herida recibida en combate durante la última y desafortunada expedición contra Creta le dejó tuerto del ojo izquierdo y puso fin a su aventura militar. Con la indemnización recibida pudo abrir la taberna del puerto de Sofía, pero el negocio no terminaba de ir bien y, asfixiado por las deudas, acabó cayendo fuera de la ley. Convertido en delincuente, no tardó mucho en encabezar una pequeña banda de maleantes especializada en el robo de mercaderías de lujo en los almacenes de los puertos del mar de Mármara. Trabajaban tanto por encargo como por iniciativa propia y la taberna se convirtió en una magnífica atalaya desde la que vigilar los buques que, cargados con todo tipo de mercancías, arribaban a Constantinopla.

Pero Bagrat y sus compinches no se limitaban sólo a desvalijar almacenes, sino que estaban dispuestos a realizar cualquier trabajo sucio que les reportara unas cuantas monedas de oro: robos en casas e iglesias, palizas, extorsiones o asesinatos, lo que fuera. Que el juez Lucas hubiera permanecido impasible ante todas aquellas tropelías se me antojó escandaloso y decía muy poco a su favor. La lista de

crímenes de los que eran responsables el armenio y sus socios era larga y prolija y deberían pagar por ellos en el cadalso.

El asalto de la casa de Nicetas había sido un trabajo de encargo. Según la confesión de Bagrat, fue un antiguo camarada de armas, un tal Tomás Kypros, quien le entregó una bolsa llena de monedas a cambio de entrar en la casa del copista, hacerse con ciertos documentos que Nicetas guardaba en un pequeño cofre y eliminarle sin miramientos. Dicho y hecho, Bagrat y sus muchachos entraron en la casa, se deshicieron de los criados y torturaron a Nicetas hasta que les entregó la arqueta en cuestión. Luego lo mataron, trataron de simular un robo lo mejor que supieron y abandonaron la casa, momento en el que fueron descubiertos por la patrulla de Patras. Escaparon a la carrera y fue entonces cuando Bagrat se dio cuenta de que había perdido el amuleto, pero ya era tarde.

Al día siguiente se reunió con Tomás y le entregó el cofre con los rollos de pergamino. Bagrat no tenía ni idea de cuál podía ser el contenido de estos, pues ni él ni sus compinches sabían leer, aunque sí le llamaron la atención los sellos con los que habían sido lacrados; eran sellos imperiales. Pero eso no era desde luego de su incumbencia, así que se limitó a cobrar el resto del dinero y se desentendió del asunto.

—Ahora que sabemos quién asesinó a Nicetas y por qué lo hizo, se nos plantean nuevas preguntas —resumió Esteban—: ¿por qué guardaba en su casa documentos oficiales? ¿Qué pensaba hacer con ellos? ¿Cuál es su contenido? Por otro lado, ¿para quién trabaja Tomás Kypros? Porque es evidente que hay alguien más tras él.

—No debería ser difícil localizar a ese Tomás —comenté—. Tenemos su descripción física y, además, Bagrat dice que le conoció durante la campaña de Creta, cuando era un simple ordenanza del regimiento Hetairía. Los archivos militares deberían contener alguna información sobre ese individuo.

—Por desgracia a tus jefes no les gusta que las autoridades civiles metamos las narices en sus cosas —se quejó Esteban—; y menos si se trata de una investigación criminal que afecta a un soldado.

Esteban tenía razón. La milicia es un coto vedado para la jurisdicción civil: el ejército dispone de su propio fuero judicial y no tolera intromisiones. Los trapos sucios se lavan en casa.

—Creo que yo podría ayudarte en eso. El cartulario de los Tagmata es un buen amigo mío y me debe algunos favores. Iré a visitarle esta tarde.

—Gracias Manuel. Sabía que podía contar contigo.

—Ni lo dudes. Haré lo que sea con tal de ayudarte a resolver este asunto. Por cierto, ¿qué vas a hacer con los compinches de Bagrat?

—¡Bah! No me preocupan demasiado —Esteban hizo un gesto de desprecio—. Son piezas menores. Ahora que sabemos dónde se oculta cada uno de ellos, apresarlos no será ningún problema. Ya he dado aviso a mis colegas de los distritos

afectados. Incluso a Lucas Metopoustés; ese inútil tendrá que moverse, mal que le pese.

—Por cierto, ¿has tenido noticias de Alejandro Coerina, el primo de Nicetas?

—No. Tenía pensado hablar con él sobre la muerte de su pariente, pero, entre unas cosas y otras, aún no he tenido tiempo. Supongo que, a estas alturas, ya estará más que enterado de lo ocurrido, aunque no parece muy interesado por el asunto. Nicetas fue enterrado ayer, en el cementerio de la iglesia de Santa María, y, a excepción de los sacerdotes y de un par de guardias, allí no había nadie más.

* * * *

Una de las muchas virtudes de Mauricio Caystros, el cuñado de mi hermano Juan, era la sinceridad. Él mismo era el primero en reconocer que era cualquier cosa excepto valeroso. Al igual que a Alejo, la violencia le aterraba y era incapaz de sostener siquiera una espada en su mano. Esta debilidad de su carácter era algo que contrariaba en grado sumo a su padre, Cosmas, en tiempos aguerrido oficial de las huestes imperiales. Tal vez por eso Mauricio trató de hacerse perdonar comprando un puesto en los servicios administrativos del ejército. Para sorpresa de todos y especialmente para su padre, sería allí, entre historiales militares, expedientes de tesorería, certificados de licencia y peticiones de ingreso, donde Mauricio encontraría su auténtica vocación y contribuiría, a su manera, a la tradición familiar.

Dotado de una memoria prodigiosa y disfrutando de los beneficios de una esmerada educación, el joven Caystros no tardó en convertirse en una pieza esencial del funcionamiento de la maquinaria militar. Ahora, como cartulario de los regimientos Tagmata, y a la cabeza de un pequeño ejército de ecónomos y protonotarios, era el encargado de llevar al día los estados de la administración militar, bajo las órdenes del Logoteta del Ejército, el tesorero general de las tropas. Se daba así la paradoja de que la buena salud de los ejércitos romanos dependía, en última instancia, de alguien a quien la sola visión de la sangre le producía arcadas.

Mauricio tenía sus oficinas en un viejo edificio anexo al gran arsenal de Manganas, al pie de la antigua Acrópolis, justo al lado de la biblioteca militar y a no mucha distancia de los depósitos en los que se guardan las máquinas de guerra. Los amplios ventanales de su espartano despacho, en la última planta, proporcionaban una hermosa perspectiva del Bósforo y del Cuerno de Oro, en cuyos muelles la poderosa flota imperial esperaba ansiosa el momento de entrar en acción.

—Supongo, amigo mío, que toda esa actividad que reina en los astilleros de Neorion no tiene nada que ver con cierta islita llena de molestos piratas musulmanes, ¿verdad? —comenté, irónico, al apartarme de la ventana.

Sentado tras su escritorio, Mauricio se llevó un dedo a los labios.

—No he oído tu comentario, Manuel. Deberías saber que la prudencia exige que no se hable en voz alta de ciertos asuntos.

—Hay secretos que son de dominio público, Mauricio —repliqué—. Y este es uno de ellos. Hasta los cornetas saben que se está preparando una nueva campaña contra Creta.

—¡Bah! Rumores, sólo rumores —dijo, con una sonrisa cómplice—. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

Hacía muchos años que conocía a Mauricio, desde que Juan se había casado con su hermana Epifania, cuando aún no éramos más que dos críos juguetones. Desde entonces manteníamos una sólida amistad y a un buen amigo nunca se le niega un favor.

—Necesito información sobre un soldado del regimiento Hetairía, un tal Tomás Kypros. Estuvo en la expedición de Gongyles contra Creta y parece ser que entonces era ordenanza. No sé más. Ni siquiera si continúa en servicio activo.

Mientras yo hablaba, Mauricio asentía.

—Tomás... Ordenanza de los Hetairía... Creta... —repitió para sí, mientras se acariciaba la barba—. Ajá. Bien, vamos a ver qué tenemos.

Mauricio salió un momento de la estancia e intercambió unas palabras con uno de sus ayudantes, un mozo barbilampiño de rubios cabellos y frágil aspecto, sentado delante de una mesa atestada de pergaminos. El joven escuchó con atención a Mauricio y luego salió raudo hacia los archivos.

—Enseguida sabremos algo —anunció al volver—. Y ahora dime, mi viejo amigo ¿por qué te interesa tanto un simple ordenanza?

¿Debía contarle todo lo que sabía sobre Tomás? Tal vez no fuese prudente; si el asunto de Nicetas tenía las implicaciones que sospechaba, cuanto menos supiese Mauricio, mejor para él.

—Digamos que ha frecuentado compañías poco recomendables y anda metido en ciertos líos con la justicia. Discúlpame si, de momento, no soy más explícito.

—Ya veo. Un asunto delicado, ¿verdad? Bueno, será mejor que nos sentemos.

Al cabo de poco rato el ayudante de Mauricio regresó portando una caja que contenía varios rollos de pergamino, envuelto cada uno de ellos en una funda de cuero. Del extremo de cada funda colgaba una pequeña lámina de madera en la que había algo escrito. El joven depositó la caja sobre una mesa y salió del despacho. Mauricio se acercó a la mesa, echó un vistazo a la etiqueta de uno de los rollos y asintió satisfecho.

—Un joven espabilado y eficiente el buen Lisias —musitó mi amigo cuando su ayudante hubo cerrado la puerta—. Tiene un gran futuro entre estos legajos. Hubiera sido un buen partido para mi sobrina, pero Dios quiso que entrase en la cofradía de los castrados. Bien, veamos.

Mauricio desató la cubierta de cuero y ojeó el contenido del pergamino, enrollando y desenrollando a medida que avanzaba. No tardó mucho en dar con lo que buscaba.

—Sí, aquí está —exclamó sonriendo. Luego se volvió hacia mí—. Mira Manuel, ésta es la nómina oficial de los pagos a los hombres de la Hetairía que participaron en la campaña de Creta hace diez años y que sobrevivieron al desastre. Por cierto, ¿sabías que en aquella desgraciada expedición participaron cuatrocientos cincuenta y seis de ellos?

—Muy interesante. ¿Hay algo de nuestro hombre?

—Por supuesto —respondió—. Acércate y lee tú mismo. Aquí.

«Tomás Kypros. Ordenanza de la segunda bandera de caballería a las órdenes del conde Alejandro. Dieciocho nomismas».

—¿El conde Alejandro? ¿No será Alejandro Coerina?

—Espera un momento.

Mauricio desenrolló un segundo pergamino y volvió a buscar.

—En efecto, es él —confirmó al cabo de unos instantes—. Figura aquí, en la relación de las unidades Tagmata que participaron en aquella operación. Sí, la segunda bandera de los Hetairía estuvo en Creta y Alejandro Coerina estaba al mando. ¿Por qué lo preguntas? ¡Oh! ¡Entiendo! ¡Qué casualidad!

Sí, pensé, demasiada casualidad.

—¿Sabemos qué fue de Tomás después de lo de Creta? —pregunté.

Mauricio se encogió de hombros.

—Según esto —respondió, blandiendo en el aire el rollo que había consultado en primer lugar—, inmediatamente después de esa expedición Kypros seguía prestando servicio en los Hetairía. Si aún lo hace, lo averiguaremos enseguida: bastará con revisar el último listado de miembros del regimiento. Pero si ya no está en activo... ¡Uf! Habrá que revolver en un montón de documentos. Y eso llevará tiempo.

—Comprendo —asentí—. ¿Tienes ahí el listado en cuestión?

—Por supuesto. Mira.

Mauricio tomó otro de los gruesos pergaminos que había sobre la mesa y lo desenrolló. Allí, escritos en una letra diminuta y ordenados alfabéticamente por niveles jerárquicos, estaban los nombres de todos y cada uno de los cuatro mil hombres que componían el regimiento Hetairía, así como de sus ayudantes y servidores. Por un momento pensé en el gran esfuerzo que debía suponer mantener al día toda aquella información, que, a su vez, no era sino una pequeña parte de las ingentes responsabilidades a las que debían hacer frente Mauricio y sus hombres. Una tarea que se me antojaba hercúlea. Y, sin embargo, mi amigo parecía un hombre feliz, satisfecho y orgulloso de la misión que cumplía y del lugar que ocupaba dentro del orden del mundo romano.

Cuando Mauricio levantó la vista del pergamino, me bastó con ver la expresión de su cara para comprender que no había habido suerte.

—Lo siento Manuel. No hay ningún Tomás Kypros registrado como miembro de los Hetairía en el último censo del regimiento. Ordenaré que se haga una investigación a fondo pero, como ya te he dicho, a no ser que la baja del servicio sea reciente, tardaremos un poco.

—¡Qué le vamos a hacer! —lamenté con frustración—. Habrá que esperar. Gracias por todo, Mauricio. Me has proporcionado una información muy valiosa que no... ¡Por San Demetrio! ¿Seré tonto?

Mauricio me miró extrañado.

—¿Qué ocurre, amigo?

Tardé unos instantes en responder, el tiempo justo para poner en orden mis ideas. Así como la luz de los relámpagos rompe la oscuridad en una noche de tormenta, una idea clarividente, una certeza casi absoluta, se había abierto paso en mi cabeza.

—Mi querido Mauricio —le dije—, abusando de nuestra amistad voy a pedirte que me hagas un nuevo favor.

—Tú dirás.

—Necesito que compruebes el censo de los integrantes del regimiento Numeri. En concreto, la lista del personal al servicio de los altos oficiales.

—¿Piensas que tu amigo, el ordenanza Kypros, sigue a las órdenes de Alejandro Coerina en los Numeri? Sería un raro ejemplo de fidelidad hacia un oficial degradado.

Al cartulario Mauricio no se le escapaba nada.

El diligente Lisias tardó aún menos tiempo que la vez anterior en dar el debido cumplimiento a las órdenes recibidas. No pude ocultar mi satisfacción cuando nos informó que Tomás Kypros, un veterano soldado nacido cuarenta años atrás en la aldea de Klitos, en el thema de Seleucia, figuraba en los listados del regimiento Numeri como ordenanza personal del moirarca³³ Alejandro Coerina, a la sazón al mando de varias banderas de infantería en el sector occidental de las murallas de Constantinopla.

—¿Satisfecho? —preguntó Mauricio.

—¡Por supuesto! —respondí, sin poder ocultar mi satisfacción—. Muchísimas gracias, Mauricio. Y gracias a ti también, Lisias. No exagero si os digo que vuestra ayuda me ha sido inapreciable. En su momento, amigo mío, te pondré al corriente de todos los entresijos de este maldito embrollo. Pero por ahora, en nombre de nuestra amistad, te pido que guardes la más absoluta reserva sobre esta entrevista. Si me disculpas, he de irme.

³³ *Moirarca*: oficial al mando de una *moira*, unidad que agrupa varias *banderas* de caballería o infantería (compuestas por entre 50 y 300 hombres). Las *moiras* se agrupaban en *turmas* (al mando del *turmarca*) y estas en un *thema* al mando del *estratega*.

—Descuida, Manuel; puedes irte tranquilo. Por cierto, si los ves, saluda a Juan y a Epifania en mi nombre. Que Dios te acompañe.

Salí de las oficinas de Mauricio con la convicción de haber dado un gran paso en la resolución del crimen del copista. Tomás Kypros, fiel servidor de Alejandro Coerina, había encargado a Bagrat el desagradable trabajo de asesinar al primo de su señor y hacerse con los documentos oficiales que Nicetas tenía escondidos en su casa. Era evidente que semejante acción había sido ordenada por el propio Alejandro; fuera cual fuese el contenido de los pergaminos, debía ser muy importante para él, pues de lo contrario no habría llegado tan lejos. Averiguar el por qué de esa importancia se revelaba fundamental. Pero también había otras cuestiones que tendríamos que dilucidar: ¿Por qué tenía Nicetas los documentos? ¿Cómo los había conseguido? ¿Y de dónde procedían sus ingresos extra?

Eran todavía muchas las preguntas a las que Esteban y yo deberíamos tratar de dar respuesta. Pero ahora lo más urgente era poder interrogar al moirarca Alejandro antes de que se enterase de que andábamos tras él. El tiempo apremiaba, pues en Constantinopla es difícil guardar mucho tiempo un secreto, así que apreté el paso y me encaminé hacia las cercanas caballerizas en las que había dejado a mi buen *Castor*.

Un establo militar es un lugar maloliente en el que sueles encontrar dos clases de animales: caballos y mozos de cuadra. Es lo normal. Lo que ya no es tan habitual es tropezarte allí con una patrulla de la guardia imperial luciendo el estandarte de los Vigla. Uno enseguida se pregunta qué demonios hacen allí y qué puede estar ocurriendo, pero las preguntas pronto dejan paso a la inquietud cuando ves al jefe del pelotón acercarse a ti a paso ligero, seguido por sus hombres. Es entonces cuando empiezas a pensar si acaso no habrás llegado demasiado lejos en tus pesquisas.

Antes de que pudiera hacer nada por evitarlo, me vi rodeado por media docena de fornidos soldados armados hasta los dientes. Como si tratara de disipar mis temores, el jefe de la patrulla, un joven oficial de rostro aniñado, me saludó con cortesía.

—Recibe mis respetos, conde Kolastés. Soy el decarca Miguel Comneno, de los Vigla, y tengo el honor de servir al Emperador y a Cristo bajo el mando de tu ilustre hermano, el topoteretés Pedro, quien me ha ordenado que te escolte.

—¿Escoltarme? ¿Adónde?

—Al Gran Palacio Sagrado, mi señor.

¡El Palacio Imperial!, pensé, Manuel, amigo, esta vez sí que la has hecho buena. ¿Qué tiene que ver Pedro en todo esto?

De repente recordé la visita de mi hermano el día anterior. Yo le había contado todo lo que sabía sobre el asunto de Nicetas. No me costó mucho imaginarme el resto. Desde luego, no puede fiarse uno ni de la familia.

—¿A Palacio? ¿Y puede saberse por qué se me concede tal honor? —inquirí, procurando que el tono de mi voz no delatara mi inquietud.

—Lo ignoro, mi señor. Me limito a cumplir las órdenes del topoteretés.

—¿Te dio la orden él en persona?

—Sí, conde —respondió Miguel, que empezaba a impacientarse—. Sus instrucciones son las de llevarte hasta el cuartel de la guardia de los Scolas..., de grado o por la fuerza. A propósito, mi señor, sería conveniente que antes me entregases el puñal que cuelga de tu cinto.

El cuartel de los Scolas. Tragué saliva. Se supone que las unidades de ese regimiento asignadas al Palacio realizan un servicio áulico, de guardia de honor, pero para nadie es un secreto que bajo los brillantes mármoles de los Scolas se oculta un infierno de mazmorras, torturas, ceguera y muerte. De los desgraciados que allí van a parar nunca más se vuelve a saber. Sí, era evidente que había llegado lejos. Pero ya era demasiado tarde para arrepentirme. Miré a los soldados, le entregué el puñal al oficial, me encomendé a Dios Todopoderoso y acepté mi destino, fuera cual fuese.

1

Gran Palacio Imperial. Al atardecer.

Desde siempre, los cuarteles de la guardia palaciega del regimiento Scolas han estado ubicados a ambos lados de la Calké, el viejo acceso monumental al Palacio Sagrado desde la gran plaza del Augusteón. Según me contó Alejo en una ocasión, las crónicas cuentan que en tiempos del primer Justiniano hubo en Constantinopla una gran sublevación popular³⁴ que arrasó la ciudad y que casi le costó el trono al emperador. Una vez sofocado el motín Justiniano invirtió cantidades fabulosas en la reconstrucción de la ciudad, siendo la actual gran iglesia de la Divina Sabiduría, Santa Sofía, el logro más destacable de aquel esfuerzo. Pero también fue preciso reconstruir otros edificios, como la Calké, cuyo interior hizo decorar con obras de arte paganas, estatuas de emperadores y mosaicos que lo conmemoraban a él, a la emperatriz Teodora y al gran general Belisario.

Como es natural, con el paso del tiempo se fueron haciendo arreglos y añadidos, como la pequeña capilla que adorna en nuestros días la parte superior de la puerta de bronce de la Calké, pero la estructura básica se ha mantenido inalterada desde entonces. Visto desde el otro extremo del Augusteón, el conjunto más parece la entrada de una iglesia que la de un palacio.

Claro que las peculiaridades estéticas y arquitectónicas de la Calké me eran, en aquel momento, indiferentes. Más preocupado estaba por el destino que me esperaba tras ella. ¿Acabaría en los calabozos subterráneos de los Scolas? ¿O quizás en las prisiones oficiales del Palacio Sagrado? Si ocurría lo primero, lo más

³⁴ La conocida rebelión *Niká* del año 532.

probable era que mi cuerpo se acabase pudriendo en alguno de los profundos pozos que, dicen, sirven para hacer desaparecer a aquellos que se ganan la antipatía de los emperadores o de sus más próximos cortesanos. Si, por el contrario, acababa en una celda de las prisiones de la Calké, aún cabría alguna esperanza, pues sería un penado *oficial* y podría terminar beneficiándome de la generosidad de nuestros señores. Al fin y al cabo, no hacía tanto tiempo que Romano Lecapeno repartía, cada miércoles y viernes, quince follis entre los reclusos de las prisiones imperiales.

Sacudí la cabeza tratando de apartar de mi mente tan oscuras ideas, ya que no tiene sentido preocuparse por lo inevitable.

No hubo muchos testigos de nuestro paso, pues a aquella hora la gran plaza estaba casi desierta, a excepción de unos pocos vagabundos que se disponían a pasar la noche al cobijo de los soportales del Augusteón. Cruzamos raudos ante la columna de Justiniano, cuya alargada sombra se proyectaba amenazante sobre el ágora, y nos detuvimos ante un pequeño portón de servicio situado en un extremo de la Calké. Los guardias que la vigilaban debían estar esperando nuestra llegada, pues nos franquearon la entrada sin pedirnos el santo y seña, lo que no dejaba de ser algo excepcional.

Desde luego, no era aquella la primera vez que recorría el complejo laberinto de pabellones, patios y salas que forman el Gran Palacio. Como oficial de los Excubitores había tenido el honor y el deber de participar en alguna que otra de esas deslumbrantes ceremonias palaciegas con las que el emperador trata de impresionar a los reyezuelos bárbaros o a los embajadores árabes que visitan Constantinopla. También había asistido –tal y como me obligaba mi rango–, a varias de las muchas procesiones imperiales que se celebran en fechas señaladas, como la Navidad, la Pascua o los desposorios de la familia imperial. La próxima sería la que se celebraría en mayo para conmemorar la fundación de Constantinopla. Mientras entrábamos en el cuartel de los Scolas me pregunté si estaría vivo para entonces.

Nos paramos ante una gran puerta cerrada situada en el extremo de un largo corredor. A una orden de Miguel, los soldados se situaron a ambos lados de la entrada, dispuestos a no dejar entrar –ni salir– a nadie que no debiese hacerlo.

El decarca abrió la puerta y se apartó para dejarme pasar.

—Pasa, mi señor. Te están esperando.

Decidí intentarlo por última vez.

—¿Me están esperando? ¿Quiénes?

Miguel Comneno se encogió de hombros.

—Lo ignoro, conde. Yo me limito a...

—Sí, sí. Ya lo sé —le interrumpí—. A cumplir órdenes.

Sin terminar de fiarme, pero sin poder hacer otra cosa, entré.

La puerta se cerró a mis espaldas y, para mi sorpresa, me encontré dentro de una espaciosa estancia que no se parecía en nada a la oscura mazmorra en la que había temido acabar. Todo lo contrario, se trataba de una gran sala rectangular cuyos suelos y paredes, hasta una altura de unos diez pies, estaban cubiertas de placas de mármol veteadas sobre las que se reflejaba la rojiza luz del ocaso que penetraba en la sala a través de grandes y altos ventanales. Hermosas columnas de esquistos verdes sustentaban el refinado artesonado policromado del techo, del que colgaba una magnífica lámpara de bronce. Al fondo de la sala, sobre una gran puerta de roble, un delicado mosaico mostraba al emperador Constantino recibiendo los presentes de las ciudades conquistadas por sus generales.

Antes de que pudiera recuperarme de la impresión, la puerta se abrió de par en par y entró en la sala mi hermano Pedro, luciendo orgulloso las insignias de lugarteniente de los Vigla. Su presencia allí no me extrañó ya que, al fin y al cabo, Miguel Comneno había actuado siguiendo sus órdenes; pero a quien no me esperaba en absoluto era a su acompañante, un individuo de pequeña estatura y largos cabellos entrecanos, feo, panzudo y cuellacorto, que vestía una gastada túnica militar. El hombre se dirigió hacia una pequeña hornacina que alojaba un bello icono de Jesucristo tallado en marfil y se santiguó ante él.

Pasmado, crucé una rápida mirada con Pedro que, con un discreto gesto, me indicó que guardara silencio. Entonces, el individuo que había entrado con él clavó sus pequeños y brillantes ojos en los míos y me saludó.

—Sé bienvenido al cuartel de los Scolas, conde Kolastés.

Allí, delante de mí, vestido con las sencillas ropas del más humilde de los soldados, estaba el Doméstico del regimiento Scolas de los Tagmata, jefe de la guardia palatina y generalísimo de los ejércitos de la Romania.

El patricio Nicéforo Focas.

* * * *

Según un viejo chiste bastante popular en el ejército, Nicéforo Focas era el arma secreta de los ejércitos romanos, pues era tan feo que le bastaba con hacerse ver en el campo de batalla para que el enemigo huyese despavorido. Pero, bromas aparte, aquel hombre rechoncho de barba descuidada y tez cetrina era admirado y respetado por los soldados, que le llamaban *Kallinicos*, el artífice de las grandes victorias. Ya fuera bajo su dirección personal, ya bajo la de su hermano León o la de su sobrino Juan Zimiscés, los ejércitos romanos triunfaban en oriente frente a las huestes del emir de Alepo, Seyf ad-Dawlah, el gran enemigo de los romanos. Recientemente habían caído Hadán y Samosata, en la frontera del Éufrates y para todos estaba claro que Cilicia, Creta y Siria serían los siguientes objetivos. Algunos incluso sospechaban que el fin último de Nicéforo era la reconquista de Palestina, la Tierra Santa. Esa idea podría parecer una locura pero, conociéndole, no sería de extrañar. Además de un brillante militar, Nicéforo era un piadoso cristiano, un fervoroso monje-soldado en perpetua guerra santa contra los herejes musulmanes, para el que los soldados romanos caídos en combate eran auténticos mártires

dignos de ser elevados a la santidad. Todos sabíamos de la devoción de Nicéforo, de su espíritu ascético, que le llevaba a ponerse una y otra vez a prueba a través de todo tipo de mortificaciones, ayunos y rezos, las típicas armas con las que los fanáticos tratan de ganarse un asiento preferente en las tribunas celestiales.

Claro que no todos estaban de acuerdo con esa visión mística del destino de nuestro glorioso general y había quien decía que las aspiraciones de Nicéforo pasaban más por Constantinopla que por Jerusalén. Excelente soldado, prudente administrador y piadoso cristiano, Nicéforo reunía a sus cuarenta y siete años todas las virtudes que se pudieran exigir a un buen príncipe.

Pero nada de eso era de mi incumbencia ahora. Consciente de mi deber, me incliné respetuoso ante Nicéforo.

—Mi señor, estoy a tus órdenes y a las de nuestros santos emperadores.

—Me alegra oír eso, conde, aunque no esperaba menos de uno de los hijos del kentarca³⁵ Simeón, que Dios tenga en su Gloria. Sé que, como tu hermano aquí presente, eres un cristiano devoto, un leal súbdito y un valeroso soldado.

—Gracias, mi señor —respondí, tratando de ocultar mi azoramiento ante semejante halago—. Procuero cumplir lo mejor posible con mi deber.

—Sí, lo haces de sobra, conde Kolastés. Y eso nos lleva al asunto por el que te he hecho venir. Por cierto, disculpa el modo en el que te has visto obligado a acudir a mi presencia, pero como bien sabes, cuando el tiempo apremia y hay que actuar con presteza, las formas suelen ser más un estorbo que una ayuda. Se trata de algo muy grave que afecta a la seguridad del Imperio; me refiero, claro, al asesinato de Nicetas.

—Suponía que de eso se trataba, mi señor.

—Por supuesto. Ahora, mi buen conde, siéntate y cuéntame todo lo que sepas sobre este asunto. Y haz el favor de no omitir nada. Ya sé que esta tarde te has entrevistado con Mauricio, el cartulario de los regimientos Tagmata. Su joven ayudante, Lisias, es un fiel servidor nuestro y gusta de mantener bien informados a sus superiores.

Condenada Constantinopla; no puedes fiarte de nadie, pensé, reprochándome mi ingenuidad, *ni de eunucos, ni de esclavos, ni de hermanos...*

Pero al menos ya estaba convencido de que mi futuro no era tan negro como había llegado a creer, así que me senté en un taburete frente al sillón en el que acababa de hacerlo Nicéforo y le ofrecí un relato pormenorizado del caso.

—En resumen —concluí, al finalizar mi relato—, creo que Nicetas Ayroulos fue asesinado por orden de su pariente, Alejandro Coerina, actual moirarca de los Numeri. La clave de toda esta tragedia está en los documentos oficiales que el copista, por razones para mí desconocidas, guardaba en su casa. No sé cuál podría ser el contenido de esos pergaminos y la razón por la que Alejandro quería hacerse con ellos, aunque...

³⁵ *Kentarca*: aquí, el jefe de la escolta de un estratega.

Fue en ese instante cuando me di cuenta de que el curso de mi razonamiento me estaba llevando a pisar un terreno desconocido y por ello peligroso. Y yo era el primer sorprendido.

Ante mi repentino silencio, Nicéforo frunció el ceño.

—¿Por qué te callas, Manuel? ¿Qué ibas a decir?

—Pues..., ¡oh, discúlpame, mi señor! ¡Estoy dando palos de ciego! Como ya te he dicho, desconozco el contenido del pergamino de Nicetas y tan sólo puedo hacer suposiciones.

—Adelante pues, conde —me animó Nicéforo—. Muéstrame tus conjeturas.

—Como ordenes, mi señor. Bien, supongo que todo, de alguna manera, tiene su origen en la caída en desgracia del famoso pariente de Alejandro, el monje Juan Coerina, con quien mantenía una estrecha relación. De la noche a la mañana su carrera militar se vino abajo y pasó de ser lugarteniente de los Hetairía a moirarca de un regimiento de infantería. Tal degradación suponía ver cerrada cualquier posibilidad de promoción a puestos de auténtica importancia. Alejandro debió sentirse terriblemente herido en su orgullo y es de suponer que muy resentido.

—¿Y entonces? —inquirió Nicéforo.

—Señor, tal vez Alejandro haya tramado todo esto con el fin de vengarse por la humillación sufrida. Creo que los documentos que escondía Nicetas contenían algún tipo de información secreta o muy comprometedor para las autoridades. El tipo de cosas por el que los enemigos del Imperio estarían dispuestos a pagar mucho oro.

—Mi querido amigo, ¿acaso sugieres que Alejandro Coerina es un traidor?

Noté cierta malévol ironía en la voz de Nicéforo y de nuevo volví a preguntarme si no estaría yendo demasiado lejos. Pero tenía que terminar lo que había empezado.

—Es sólo una posibilidad, mi señor.

Para mi alivio, Nicéforo sonrió y se frotó las manos.

—No ha estado nada mal, conde, nada mal —dijo. Y, volviéndose hacia mi hermano, añadió—: Tengo que darte la razón, Pedro: tanto el juez Esteban como tu hermano Manuel son dos diamantes en bruto. No les basta con ser leales y valerosos, sino que además son sagaces. Una combinación así no es frecuente en estos tiempos. Recuérdame que uno de estos días vaya a visitar al viejo Teodoro Dafnopates; tenemos que hablar largo y tendido sobre el futuro de su sobrino. Y en cuanto al conde, creo que deberíamos aprovechar mejor sus muchos talentos poniéndole a trabajar a nuestro servicio, ¿no te parece?

Mi hermano, que no había abierto la boca hasta ese momento, asintió.

—Será todo un privilegio, mi señor —agradeció.

Entonces, Nicéforo se volvió hacia mí.

—Creo que va siendo hora de que conozcas algunas cosas, conde. Como bien sabes, las unidades del regimiento Vigla destacadas aquí, en Constantinopla, son las encargadas de la vigilancia del Palacio y de la custodia de la tienda imperial cuando el emperador está en campaña. Esa labor exige tener los ojos y los oídos bien abiertos; nunca debe bajarse la guardia, pues el traidor puede estar agazapado tanto bajo las sedas como bajo las cotas de malla. Por eso es imprescindible disponer de una amplia y eficaz red de informadores en la capital y en las provincias, tanto en los palacios como en los mercados. Sí, Manuel, te sorprendería saber cuán importante es para la seguridad de nuestro Imperio la oscura labor de esas personas. Pero todos los espías del mundo no valdrían nada si no estuvieran dirigidos con prudencia y sabiduría por hombres piadosos como tu hermano el topoteretés y su comandante, el Drongario Miguel.

Pedro respondió con una inclinación a las alabanzas de Nicéforo. No sé qué me dejó más estupefacto, si descubrir que mi hermano dirigía los espías imperiales o escuchar a Nicéforo diciendo que era un hombre piadoso. Lo primero era sorprendente; lo segundo, increíble.

—Por supuesto —siguió hablando Nicéforo—, todo lo que vas a escuchar ahora es estrictamente confidencial. Además de nosotros, tan sólo están informados el emperador Constantino, el parakimomeno Basilio, el Doméstico de los Excubidores y el Drongario de los Vigla. En cuanto al juez Esteban, en su momento será informado de aquellos aspectos del asunto que le conciernan. Así pues, conde Kolastés, te conmino a mantener la máxima discreción. Ya sabes cuál es el castigo por revelar secretos de Estado.

Por supuesto, el patricio no necesitaba ser más explícito. Juré por mi honor, por Jesucristo y por todos los santos, que nada de lo que allí se dijera saldría de mi boca. Una vez satisfecho, Nicéforo ordenó a mi hermano que me pusiese al corriente.

—Verás, Manuel; el difunto Nicetas Ayroulos era algo más que un habilidoso amanuense —comenzó a explicar Pedro—. Además de ser el brazo derecho de Hierófilo en la dirección del taller imperial de copistas, Nicetas era un estrecho colaborador nuestro en la oficina de intérpretes, pues dominaba el idioma árabe a la perfección. Por sus manos pasaba de todo, desde correspondencia de la cancillería imperial dirigida a los emires de oriente, hasta mensajes cifrados capturados a correos enemigos, pues era también un estupendo criptógrafo, muy diestro con las escítala³⁶.

Ni que decir tiene que aquella revelación me dejó boquiabierto.

—¿Estaba Hierófilo al tanto? —quise saber.

³⁶ *Escítala*: bastón de madera de un diámetro y longitud predeterminados, sobre el que se enrolla una tira de pergamino para leer o escribir un mensaje. Al desenrollar la cinta, o al emplear un bastón de dimensiones diferentes, el texto se vuelve ininteligible. Es un viejo sistema de cifrado ya empleado en la antigua Grecia.

—El pobre Hierófilo bastante tiene con aguantar sus achaques —respondió jocosamente mi hermano—. Jamás se le pasaría por la imaginación que su eficiente ayudante era en realidad uno de nuestros hombres, que empleaba su puesto en el taller como tapadera y que, entre códice y códice, se dedicaba a otros menesteres.

—Supongo que esas actividades secretas de Nicetas le serían recompensadas con generosidad —aventuré, recordando el dinero y las joyas que habíamos encontrado en la casa del copista.

—Desde luego —confirmó Pedro—. La labor y la lealtad de los traductores y criptógrafos es demasiado importante como para que el Imperio se muestre cicatero. Nicetas era un hombre moderado a la par que inteligente; vivía bien, cierto, pero procurando no llamar la atención.

—¿Y Alejandro Coerina? ¿Sabía de las andanzas de su primo?

—El entonces topoteretés del regimiento Hetairía nunca gozó de nuestra confianza —intervino con sequedad Nicéforo.

Desde luego el patricio no tuvo necesidad de ser más explícito. El Doméstico de las Scolas, en su calidad de comandante en jefe, debía dar su aprobación a todos los nombramientos que se efectuasen entre los oficiales superiores de los regimientos Tagmata. Que Alejandro Coerina hubiese llegado a lugarteniente de los Hetairía, a pesar de no contar con el visto bueno de Nicéforo, sólo podía significar una cosa: su nombramiento le había sido impuesto. ¿Por quién? Bueno, no era difícil de deducir: al fin y al cabo, el tío segundo de Alejandro, el defenestrado Juan Coerina, había gozado hasta hacía poco de la confianza y protección del coemperador Romano y del Drongario Bringas, aquel ambicioso eunuco siempre dispuesto a intrigar contra todo aquel al que considerase un obstáculo en su carrera hacia la cima, como el parakimomeno Basilio o como el mismo Nicéforo Focas.

—Desde que Alejandro fue degradado estaba sometido a una discreta vigilancia —siguió detallándome Pedro—. Una elemental medida de seguridad, tras lo que había ocurrido con él y con su tío. Uno de sus criados era en realidad un informador nuestro y fue así como nos enteramos de que Alejandro había recibido en las últimas semanas varias visitas de un viejo conocido nuestro, Benjamín de Tesalónica. Se trata de un rico mercader judío que ha prestado notables servicios al Imperio en el pasado gracias a sus muchos contactos en las comunidades hebreas de Siria y Palestina. El caso es que nuestro informador no pudo averiguar nada sobre el contenido de tales entrevistas, aunque sí descubrió que Alejandro había metido a alguien de su confianza en casa de Nicetas.

—Ya, la chica búlgara; Janina.

Pedro asintió.

—Nicetas era un hombre joven, soltero y solitario. Y Janina una muchacha hermosa y complaciente.

—¡Recuerda la Biblia, conde! —exclamó entonces Nicéforo—: «Como de las ropas nace la polilla, así de los alagos de la mujer surge la perdición del hombre».

No me sorprendió lo más mínimo que el patricio aprovechara la ocasión para hacer gala de su profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras. Lo raro era que no lo hubiera hecho antes, ya que era una vieja costumbre suya salpicar sus intervenciones con citas bíblicas con las que ilustrar —y de paso, deslumbrar— a su audiencia, ya estuviera ésta compuesta por soldados, por sacerdotes o por cortesanos. Si lo hacía por convicción o por presunción, sólo Dios lo sabía, pero en aquella ocasión estaba en lo cierto: «*El hombre que daña es preferible a la mujer que acaricia*», decía el viejo refrán. Cumpliendo las órdenes de su señor, la joven empleó sus encantos para engatusar al copista y tenerle bien vigilado.

—Tenéis razón, mi señor —admití—. Supongo que sería a través de ella como Alejandro confirmó que su primo estaba en posesión de documentos de gran importancia. Quizás incluso le informó de cuál podía ser la noche más propicia para asaltar la casa.

—Eso creémos.

—Pero los matones de Bagrat también la liquidaron, para no dejar testigos molestos, supongo. Sus órdenes eran las de acabar con todos los habitantes de la casa.

—Sin duda debió de ser así.

—En cuanto a ese Benjamín, el mercader, ¿cuál es su papel en esta historia?

Pedro se encogió de hombros.

—Es lógico suponer que fue él quien le dijo a Alejandro que su primo trabajaba para nosotros y tal vez le informó que Nicetas podía estar en posesión de cierta documentación.

—Sí, pero, ¿de dónde sacó el mercader esa información? No creo que hubiera muchas personas enteradas de lo que hacía en realidad Nicetas.

De pronto, un espeso silencio cayó sobre la sala. Pedro y Nicéforo intercambiaron una rápida mirada. Parecía que mi pregunta había tocado un punto sensible.

—Eso es algo que aún debemos esclarecer, conde.

Creí percibir un deje de falsedad en la respuesta de Nicéforo. En realidad, desde el principio sospechaba que tanto Pedro como Nicéforo sabían mucho más sobre todo aquel asunto de lo que parecía. Y siempre me ha fastidiado mucho que traten de tomarme el pelo.

—Para ello bastará con interrogar a Benjamín y a Alejandro —sugerí.

—Nada nos gustaría más —dijo Pedro mientras se rascaba su calva cabezota—. Pero tanto uno como el otro han desaparecido. En realidad, hasta que Nicetas fue asesinado, lo único que teníamos contra Alejandro eran sospechas, indicios, nada firme. Pero su muerte hizo que todo se precipitase. La entrevista que mantuve contigo al día siguiente y la lectura del informe que Esteban remitió a la cancillería del eparca dando cuenta de lo sucedido me convencieron de que nuestras sospechas eran ciertas, así que decidimos detener a Alejandro para interrogarle. Pero ya era

tarde; en el regimiento Numeri no saben nada de él desde anteayer y en su casa del barrio de Deuteron tan sólo quedan unos pocos criados asustados. Del interrogatorio de estos no hemos sacado nada en limpio, excepto que su señor y su fiel Tomás abandonaron la casa el martes por la noche, con un par de alforjas como único equipaje. He movilizado a la totalidad de mis hombres, pero no hay ni rastro de Alejandro en toda la ciudad.

—¿Y vuestro confidente?

—Desaparecido también. Mucho nos tememos que fue descubierto y eliminado.

—Y supongo que tampoco habrá rastro de Benjamín.

—Ni el más mínimo. Creemos muy posible que los tres hayan huido juntos.

—Pero tendréis alguna sospecha de a dónde se dirigen.

—Bueno, tal vez se dirijan a Tarso o a Alepo.

—¿Y no será más probable que traten de llegar a Creta?

Mi pregunta dejó a Pedro un tanto turbado. Detrás de él, la amplia sonrisa que se dibujó en el rostro de Nicéforo me convenció de que había dado en el clavo. Pero tenía que estar seguro del todo.

—Corrígeme si me equivoco, Pedro —continuó—, pero supongo que los documentos robados están relacionados con nuestros planes contra Creta.

La turbación de Pedro aumentó. No parecía saber qué contestar.

—¿Estoy en lo cierto o no?

—Por supuesto que estás en lo cierto, Manuel —intervino Nicéforo—. Tal y como supones, los pergaminos robados contienen una copia de una parte muy importante de nuestros planes para acabar de una vez por todas con los emires de Jandax. Ya te puedes imaginar de qué tipo de información se trata: número y composición de tropas, puertos de concentración de la flota, escalas, rutas a seguir, posibles fechas... No están todos los detalles, desde luego, pero sí los suficientes para que esos infieles se preparen y todos nuestros planes se vayan por la borda.

—Entiendo, mi señor. Y supongo que, si Nicetas guardaba semejante documento en su casa, era por indicación tuya.

—Supones bien.

—Pero, señor, hay una cosa que no entiendo: ¿por qué le cargaste con semejante responsabilidad?

El semblante de Nicéforo se tensó.

—Eso no es de tu incumbencia, conde. Sólo puedo decirte que Nicetas era un súbdito fiel y obediente y que todo lo que hizo fue por orden mía. Pero Alejandro fue más listo que todos nosotros y ahora el Imperio está en un grave compromiso. Los documentos originales están a buen recaudo y bien vigilados, desde luego, pero no podemos permitir que esa copia llegue a manos enemigas: nos jugamos

demasiado. Por eso estas aquí, Manuel, y por eso te hemos hecho partícipe de toda esta información. Tienes un trabajo que hacer.

Por supuesto. No era muy difícil deducir cuál era mi papel en aquel asunto.

—Quieres que encuentre a Alejandro y a sus compinches, los elimine y recupere los documentos antes de que puedan llegar a Creta.

—Tu sagacidad se hace más aguda por momentos, conde —comentó, satisfecho, Nicéforo.

—Gracias, mi señor.

El patricio avanzó hacia mí, puso sus manos sobre mis hombros y clavó sus ojos en los míos.

—No será un trabajo fácil, amigo mío —dijo—. Pero, con tu valor y la ayuda de Dios, confío en que saldrás victorioso. No debemos dejarles escapar. Recuerda que, cuando los amalecitas asaltaron la ciudad de Siceleg, David le preguntó al Señor: «¿Perseguiré a estos salteadores y los alcanzaré?», y respondió el Señor: «*Persíguelos, porque sin duda los alcanzarás, y les quitarás su botín*».

Una cita muy oportuna, pensé. Pero, con pasaje bíblico o sin él, no podía dejar de preguntarme sobre las auténticas intenciones del jefe de la guardia palatina. Estaba convencido de que el Doméstico había urdido un plan. Su propósito último se me escapaba, pero tenía claro que yo formaba parte de él.

Segunda parte

El honor y la gloria

K

Lunes, 9 de mayo de 959
Thema de Tracesios, Asia Menor

SEGÚN UNA VIEJA CREENCIA MUY POPULAR entre los marineros de Constantinopla, Creta cayó en manos musulmanas por culpa de los muchos pecados de los romanos y de la apostasía del entonces emperador, Miguel el Amoriano, un reconocido iconoclasta. Al final, la paciencia y la misericordia de nuestro Señor se agotaron y, ante la ingratitud de sus hijos, decidió escarmentarles entregando aquella hermosa isla a los piratas sarracenos para que, cual azote de Dios, castigaran su impiedad asolando campos y ciudades. Y la prueba de que los romanos aún no se habían hecho merecedores de la Divina Compasión era que todas y cada una de las expediciones lanzadas contra Creta habían fracasado.

Esta historia es muy edificante, pero lo que sucedió en realidad tuvo más que ver con la negligencia humana que con la cólera divina. De hecho, los musulmanes no tuvieron ninguna necesidad de que el Todopoderoso les ayudara. Ocurrió que, durante los primeros años de su reinado, el emperador Miguel tuvo que enfrentarse con una gran rebelión dirigida por un oscuro individuo llamado Tomás el Esclavo. A la cabeza de un enorme ejército, Tomás se adueñó de casi toda Anatolia y puso sitio a Constantinopla, para lo que contó con la ayuda de las flotas provinciales. Pero los trescientos barcos rebeldes no pudieron hacer frente a los dromones de la escuadra imperial y a sus sifones cargados de fuego marino. La armada de Tomás fue destruida y su ejército resultó diezmado por las feroces huestes del rey búlgaro Omurtag, aliado del basileo. El mismo Tomás fue apresado y ejecutado.

La paz volvió así a la Romania, pero por desgracia la feroz guerra civil había debilitado sobremanera al Imperio. Con la destrucción de las flotas provinciales las costas y las islas quedaron desprotegidas ante los ataques enemigos, como tuvieron sobrada ocasión de comprobar los cretenses cuando un aciago día vieron como quince mil guerreros musulmanes, a bordo de apenas cuarenta barcos, desembarcaban sin problemas en su isla para incorporarla a los dominios de Mahoma³⁷.

Fue Alejo quien me contó en una ocasión que los nuevos dueños de Creta eran en realidad rebeldes cordobeses a quienes el emir Al-Hakam había vencido y expulsado de sus dominios. Tras piratear por todo el Mediterráneo los rebeldes se refugiaron en Egipto y acabaron por apoderarse de Alejandría, de donde al cabo de diez largos años fueron arrojados por el califa Al-Mamún. Pero esa nueva derrota no les desanimó. De nuevo en el mar, pusieron proa hacia Creta. Fue así como se inició la pesadilla que desde hace ciento treinta años atormenta a los romanos y les

³⁷ Acontecimiento que ocurrió en el año 827 d.C.

impide navegar y comerciar con tranquilidad por un mar que antaño fuera suyo, desde las Columnas de Hércules hasta el Ponto.

Creta era la soga que estrangulaba el cuello del Imperio. Para cortarla serían necesarios muchos esfuerzos, sufrimientos y sangre, pero el destino de los romanos pasaba por reconquistar la isla. Sólo la traición de unos pocos podía echar por tierra ese propósito.

* * * *

Pedro estaba convencido de que la pista del mercader judío era la más adecuada para localizar a los fugitivos, así que nos dispusimos a seguir su rastro. Según los registros del legatario³⁸, Benjamín de Tesalónica había llegado a Constantinopla un mes y medio antes, formando parte de una nutrida delegación de mercaderes textiles tesalonicenses que venían a tratar de negocios con sus colegas capitalinos y, de paso, a sacudirse un poco el polvo provinciano que cargaban sobre sus espíritus. A tal efecto, el legatario les autorizó a permanecer en la ciudad por un período máximo de dos meses.

En el expediente constaba que Benjamín se alojaba en la vivienda de un pariente que vivía cerca del Cuerno de Oro, pero cuando los hombres de Pedro irrumpieron en la dirección indicada, no encontraron a nadie; de hecho, la casa estaba abandonada desde tiempo atrás.

Los resultados no fueron mejores en la oficina del paratalasités³⁹. No era de extrañar, pues existen muchas formas de salir discretamente de Constantinopla si uno está dispuesto a pagar por ello. Al fin y al cabo, es muy difícil controlar la gran cantidad de gabarras, esquifes y barcas de pesca que van y vienen a diario por el Bósforo.

Otra hipótesis que se consideró fue la posibilidad de que Alejandro, Tomás y Benjamín hubiesen huido por tierra, contando con la complicidad de alguno de los hombres de los Numeri. Sin embargo, las investigaciones realizadas entre los soldados y oficiales que habían prestado servicio en las murallas durante las últimas noches tampoco dieron frutos.

Esa era la situación cuando, el sábado por la mañana, ocurrió algo inesperado que dio un drástico giro a los acontecimientos. Quizás fue una simple casualidad, aunque bien es sabido que la Divina Sabiduría se manifiesta a veces de forma un tanto peculiar. Creo que la voluntad de Dios tuvo algo que ver en que fuese el joven Metrófanes –un clérigo recién ordenado de la iglesia del Santo Apóstol Pablo, en el distrito de Deuterón–, el encargado de administrar los últimos sacramentos a un moribundo al que habían encontrado unos críos mientras jugaban entre las ruinas de un viejo caserón cercano a la iglesia.

³⁸ *Legatario*: el delegado del eparca que controla la actividad de extranjeros y provinciales en la capital.

³⁹ *Paratalasités*: funcionario encargado de registrar la entrada y salida de buques en los puertos de Constantinopla.

Poco pudo hacer Metrófanes por aquel pobre desgraciado, pues las heridas eran demasiado graves. Como debieron creerle muerto, sus atacantes le habían abandonado allí tras golpearle y apuñalarle y era sorprendente que aún conservase un hálito de vida. Pero más lo fue que, antes de expirar, el hombre lograrse reunir las fuerzas necesarias para musitarle algo al oído al joven sacerdote: unas pocas palabras apenas inteligibles, sin sentido para él.

Aquella noche Metrófanes acudió a cenar a casa de su padrino, el juez Esteban Dafnopates, con quien Pedro y yo habíamos mantenido una interesante conversación en la que pudo conocer algunos reveladores detalles relativos al caso Nicetas. Según me enteré más tarde, cuando su ahijado le contó lo que había ocurrido por la mañana y le repitió las palabras del moribundo, Esteban se levantó de un salto de la mesa y salió corriendo de la sala, ordenando a gritos a sus criados que preparasen su caballo. Ante semejante comportamiento, Metrófanes debió pensar que su pobre padrino se había vuelto loco.

Claro que el joven sacerdote no podía saber que el moribundo al que había dado la extremaunción en un miserable rincón de Constantinopla no era otro que Nicón, el informador que Pedro había introducido en la casa de Alejandro Coerina.

Un nombre y un lugar. Eso fue todo lo que pudo decir Nicón antes de morir. Pero fue suficiente.

* * * *

Nicéforo consintió que mi criado Artemio y Zenón formasen parte de la expedición, cosa que no dejó de sorprenderme. Supuse que era una pequeña compensación por tener que cargar con el joven Miguel Comneno, el pedante decarca de los Vigla. Mejor opinión me merecían Bolgar e Ingvar, dos enormes rusos que pertenecían a la guardia personal del patricio; ni que decir tiene que, como todos sus paisanos, se trataba de formidables soldados, valerosos y feroces.

—Recordad, las órdenes del conde Kolastés son mis órdenes —les había dicho Nicéforo—. Obedecedle en todo momento como me obedecéis a mí.

Los dos rusos me miraron de reojo y asintieron. Debían estar preguntándose si yo daría la talla como jefe. Desde luego, mandar sobre estos gigantes rubios supone todo un ejercicio de voluntad, pues no es fácil manejar a gentes siempre dispuestas a resolver las disputas a golpes de hacha. Uno de los trucos es procurar que nunca haya demasiados juntos en el mismo sitio y no mostrarse débil ni dubitativo ante ellos en ningún momento.

Nicéforo también me entregó varias cartas y salvoconductos que podrían sernos de utilidad en caso de tener problemas con alguna autoridad local o con los alguaciles de caminos; pero casi me pareció más útil la bolsa de dinero que acompañó a los documentos.

—El oro aligera conciencias, refresca lenguas y ablanda corazones —pontificó el patricio—. No dudes en usarlo siempre que lo creas oportuno.

Salimos de Bizancio el tercer martes antes de Pentecostés, poco después del amanecer, en una destartalada barcaza militar que hacía aguas por todos lados. El joven Artemio estaba, por supuesto, excitado con la nueva aventura, así que tuve que refrenar su entusiasmo encargándole que cuidara los caballos, pues temía que si se agitaban demasiado aquel viejo cascarón zozobrara y todos acabáramos en el fondo del estrecho.

Por fortuna, el Bósforo se asemejaba aquella hermosa mañana a una tranquila balsa de aceite, aunque para alguno fue incluso demasiado: Zenón me hizo observar que el habitualmente sonrosado rostro del decarca había ido cambiando de forma gradual de color conforme nos alejábamos de la costa. ¡Pobre Comneno! Temblaba como una hoja y se agarraba a la borda como si en ello le fuese la vida.

Los dos rusos también se dieron cuenta de lo que pasaba e intercambiaron unas miradas maliciosas. La tentación era demasiado fuerte como para resistirse; ni siquiera yo pude hacerlo, así que me acerqué al Comneno y le di una amistosa palmadita en la espalda.

—Miguel, tienes mal aspecto —le comenté, jocosamente—. ¿Acaso estás mareado?

Pálido como un muerto, el joven oficial se volvió hacia mí tratando de dibujar una sonrisa en su desencajado rostro. Pero de repente tuvo una arcada, giró sobre sí mismo, se inclinó sobre la borda y vomitó. Toda la barcaza estalló en sonoras carcajadas.

Avergonzado, Miguel trató de levantarse pero, antes de que pudiera conseguirlo, sus ojos se pusieron en blanco y cayó desmayado sobre la cubierta. El vahído del decarca fue recibido con un nuevo coro de risotadas. Al final me apiadé de él y ordené a los rusos que le acomodaran lo mejor posible en la popa de la embarcación, que se acercaba despacio a la orilla asiática. Estaba seguro de que el decarca tardaría mucho en olvidar aquella humillación.

Mientras contemplaba cómo se alejaban en la bruma las doradas cúpulas de los palacios y las iglesias de Constantinopla, me pregunté cómo acabaría aquella aventura. Fue entonces cuando volvieron a mi mente las palabras de Esteban al despedirse de nosotros la noche anterior.

—Tened mucho cuidado, amigos míos. Procurad volver de una pieza. Y tú, Manuel, recuerda: no te fíes de nadie.

* * * *

La villa de Filareto se levantaba cerca de un meandro del río Hermos, a unas pocas millas al norte de Sardis, en el thema de Tracesios. Centro de una próspera explotación dedicada al cultivo de cereales, vides, olivos y frutales, la villa estaba rodeada por una alta muralla, reforzada a intervalos regulares por recios torreones desde los que los cancerberos de Filareto oteaban el horizonte. Dentro del recinto amurallado había dos partes bien diferenciadas, separadas por un elevado muro. Hacia el norte, en dirección al río, estaba la residencia del propietario, un hermoso edificio de dos plantas en cuya fachada destacaba una larga galería porticada que se abría sobre un cuidado jardín. Al otro lado de éste, junto al muro, se levantaban

algunos pabellones y edificios menores, e incluso una pequeña iglesia, pues Filareto, además de rico, era devoto. Buen cristiano, los domingos abría las puertas de la capilla a sus siervos para que pudieran participar como era debido de la Santa Eucaristía, presidida por un monje del cercano monasterio de Santa Catalina. Claro que la liberalidad de Filareto terminaba con el servicio religioso y los sirvientes tenían que regresar de inmediato a las humildes cabañas que, junto a los talleres, cuadras y almacenes, se distribuían en aparente desorden por el gran patio rectangular que ocupaba la mayor parte del recinto. Allí vivían unas vidas apenas un poco menos miserables que las de las bestias con las que compartían un trabajo agotador en los campos y huertos de su piadoso señor.

Reinaba en la finca una gran actividad, pues era la época de la cosecha de la cebada y del trigo temprano, mientras que en los olivares empezaban a formarse las aceitunas que serían recogidas después del verano; en las huertas crecían las frutas y verduras con las que se deleitarían paladares que, desde luego, no iban a ser los de los esforzados campesinos que allí trabajaban. Con pan, alubias y cebollas los labriegos tenían más que suficiente.

Las ruinas de un viejo templo pagano, situado en la cima de un alto collado que dominaba la casa de Filareto, se habían convertido en una excelente atalaya desde la que vigilar la finca. Los lugareños, por lo común gentes ignorantes y supersticiosas, procuraban mantenerse a distancia de aquel lugar, pues creían que el templo era obra del Maligno y hogar de brujas, demonios y algún que otro dragón. Nuestras preocupaciones eran, desde luego, mucho más mundanas y se centraban en comprobar que Alejandro, Tomás y Benjamín se ocultaban en aquella villa. Pero aún no habían dado señales de vida.

Así pues, sólo cabía esperar.

Una de las peores cosas de una vigilancia es el aburrimiento; las horas transcurren lentas e inacabables a la espera de alguna novedad y terminas por hablar de cualquier tema con tal de combatir el tedio. Y eso es lo que estábamos haciendo aquella tarde Artemio y yo, mientras que los demás descansaban en el interior del templo.

—Fíjate bien, Artemio —comenté—, cómo la disposición de los distintos elementos de esa finca es un fiel reflejo de la personalidad de su dueño. Desde lo alto de la muralla, los guardias vigilan lo que ocurre tanto fuera como dentro del recinto. Mientras, Filareto goza de los placeres de la vida y de los frutos del trabajo ajeno en los salones y pabellones de su magnífico palacete, sin prestar mayor atención a las vidas de los esclavos y de los colonos que se parten la espalda trabajando de sol a sol en los campos. Incluso ha construido la iglesia junto al muro, para reducir el contacto con ellos al mínimo imprescindible y ha interpuesto un frondoso jardín entre el patio de trabajo y su casa, para que la fragancia de las flores mitigue el hedor del estiércol y de los cuerpos sudorosos de los hombres y animales que le sirven.

—Hablas como si le conocieras, señor.

—No en persona, pero sí a la clase que representa.

Artemio me miró, intrigado.

—Observa a toda esa gente que trabaja en los campos de ahí abajo —señalé con la mano—. Quizás no hace mucho que ellos, o sus padres, eran hombres libres que cultivaban sus propias tierras, con el fruto de las cuales hacían frente a sus obligaciones familiares, fiscales y militares. Verás Artemio, buena parte de los efectivos de nuestros ejércitos está formada por pequeños y medianos propietarios rurales que, a cambio del disfrute vitalicio y hereditario de un lote de tierra, se comprometen a servir al Imperio como soldados de caballería, ya sea pesada, en el caso de los granjeros más ricos, ya ligera, en el caso de los menos favorecidos. Como puedes imaginarte, es una vida dura y sacrificada la de los *stratiotas*⁴⁰ y son muchos los que no pueden hacer frente a las presiones derivadas de su doble condición de soldados y campesinos. Terminan así entregando vidas y haciendas a avariciosos terratenientes como Filareto, a cambio de una falsa seguridad.

—¿Y no puede hacerse nada para impedirlo?

—Se han promulgado muchas leyes al respecto para tratar de proteger las propiedades militares, sobre todo en tiempos de Romano Lecapeno —le expliqué—. Por desgracia, la fuerza de los poderosos es mucha... sobre todo cuando se encuentran frente a gobernantes débiles.

—Pero los emperadores cuentan con el apoyo del ejército, ¿no?

—Ojalá las cosas fueran tan simples, Artemio —respondí con amargura—. ¡Los jefes del ejército se encuentran entre los mayores terratenientes del Imperio! Los Focas, los Scleros, los Ducas... son dueños y señores de inmensos predios que empequeñecen la hacienda de Filareto. Al fin y al cabo, nuestro hombre no es más que un viejo *argentario*⁴¹ retirado, un pariente bien situado de Alejan... ¡Eh! ¿Qué es eso?

Abajo, en la villa de Filareto, algo estaba ocurriendo.

* * * *

El prisionero era un hombre joven, de no más de treinta años, alto y musculoso. De no haberlo sido, no habría sobrevivido a la brutal paliza que le propinaron los esbirros de Filareto. Cuando se cansaron de pegarle y azotarle era casi de noche. Los guardias le arrastraron hasta los lindes de un robledal cercano, le ataron de pies y manos y le dejaron allí, inconsciente y malherido, tirado sobre la maleza, confiando en que la sangre que manaba de su cuerpo lacerado despertase el interés de las muchas alimañas que pululaban por aquellos parajes.

Aquella era una oportunidad que no podíamos desaprovechar. Una vez que los hombres de Filareto regresaron a la finca, mandé a Zenón y a Bolgar a rescatar al pobre desgraciado, e hice que Ingvar y Artemio esparcieran por los alrededores

⁴⁰ *Stratiota*: soldado.

⁴¹ *Argentario*: dignatario encargado de llevar la bolsa de las dádivas del *basileus* en las procesiones oficiales.

girones de sus ropas y algunos trozos de las vísceras de un jabato que nos había servido de cena la noche anterior. Era de esperar que, a la mañana siguiente, los guardias regresarían para comprobar qué había sido del prisionero; en cuanto vieses los restos supondrían que alguna manada de lobos o de perros asilvestrados habría acabado con el joven y arrastrado su cuerpo al interior de la espesura. Con un poco de suerte, se darían por satisfechos y no indagarían más.

—¿Qué te propones, señor? —inquirió, algo perplejo, Miguel.

—Obtener información, mi joven amigo, información. Por lo que queda de sus ropas es fácil deducir que ese hombre era un siervo doméstico, un criado. Ha debido hacerle una faena muy gorda a su señor para acabar así.

—Y esperas que te diga si Alejandro y los demás traidores están en la casa.

—En efecto. Pero antes es preciso que nos aseguremos que nuestro desconocido amigo se reponga.

* * * *

Mientras que Zenón lavaba las heridas del maltrecho criado con agua caliente y vinagre, pensé que no sería mala idea poner en práctica algunos de los retazos de conocimiento médico que había adquirido en mi mocedad gracias al tesón de mi madre, mujer virtuosa y culta donde las haya. «*Un soldado no sólo se enfrenta a las espadas de los enemigos*», nos aleccionaba a mi hermano y a mí, «*sino también a los mosquitos, a la comida podrida, al frío, a la lluvia y a las furcias*». Y para que pudiéramos enfrentarnos con éxito a todos esos peligros, puso en nuestras manos uno de sus más valorados tesoros: un compendio de la obra de Dioscórides, heredado de su tío-abuelo Sinesio, conocido galeno de Calcedonia. Fueron muchas las veladas pasadas entre las gastadas páginas de aquella enciclopedia, descubriendo que la infusión de la flor del tilo es tan buena para combatir el catarro como la tisana de lavanda aconsejable frente a la indigestión y la flatulencia. Pero también aprendí que, para cortar hemorragias y facilitar la cicatrización de las heridas, no había nada como unas buenas cataplasmas a base de perejil y tomillo, así que ordené a Artemio que me trajese algunos brotes silvestres de esas plantas y con ellos preparé unos emplastos que apliqué sobre las heridas más graves de nuestro magullado huésped. Luego de vendarle y acomodarle lo mejor posible, le obligamos a tomar un poco de vino caliente y miel y le dejamos descansar. Dios y su propia fortaleza se encargarían del resto.

—Me pregunto de dónde será este pobre tipo —comentó Miguel—. ¿Alguien ha entendido lo que farfullaba hace un momento?

Antes de caer desvanecido presa de la fiebre, el herido había balbuceado unas pocas palabras en una lengua extraña.

—Apostaría un par de monedas de oro a que es un magiar —intervino Zenón—. Me he tropezado con algunos de ellos en los mercados y en las tabernas de Constantinopla y su jerga sonaba similar a la de este hombre.

—Quizás tengas razón, Zenón —asentí—. Puede que sea un prisionero de guerra húngaro que ha tenido la mala suerte de acabar vendido como esclavo.

Hacia cuatro años, el rey germano Otón había obtenido una gran victoria⁴² sobre las tribus magiares que asolaban sus dominios desde mucho tiempo atrás. Miles de ellos murieron en la batalla, mientras que otros huyeron en desbandada, siendo muchos capturados por los soldados. Unos pocos fueron vendidos a mercaderes de esclavos búlgaros e italianos, que no tardaron en revenderlos a sus colegas árabes y romanos. Tras aquella tremenda derrota, los magiares se habían asentado en Panonia, desde donde siguieron realizando incursiones pero ya sin el empuje de otros tiempos. Aún así, hacía cosa de un año que tuvieron la osadía de irrumpir en Tracia, donde cometieron multitud de tropelías antes de ser expulsados por el ejército imperial.

Los magiares son guerreros sanguinarios, pero también formidables arqueros e incansables jinetes. Algunos de ellos sirven en nuestros ejércitos como mercenarios, destacando siempre por su valentía y arrojo. Recuerdo que, en una ocasión, durante una escaramuza contra los árabes de Tarso, dos de nuestros magiares se lanzaron a galope tendido contra un pequeño grupo de infantes enemigos, al tiempo que dejaban caer sobre sus cabezas una lluvia de saetas. Los pocos musulmanes que lograron esquivar la primera andanada huyeron despavoridos, sólo para caer un cuarto de milla más adelante, bajo otra riada de flechas.

¿Sería aquel hombre malherido uno de aquellos feroces jinetes de las estepas? Y si lo era, ¿estaría dispuesto a colaborar o trataría de escapar a la primera oportunidad? Por si acaso, ordené a Artemio que no le perdiera de vista.

λ

Miércoles, 11 de mayo de 959

Realmente el hecho no dejaba de sorprenderme, pues no tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí, pero el caso es que estaba de vuelta en Constantinopla, compartiendo el cálido lecho de la hermosa Sofía. Mi boca derramaba tiernas palabras de amor en sus labios, al tiempo que su cuerpo desnudo se agitaba de gozo entre mis brazos. Tras los arrebatos de la pasión y del deseo, un dulce sopor comenzaba a embargar nuestros sentidos, arrastrándonos con suavidad hacia el reino de la inconsciencia. Si aquello era un sueño, que Dios me perdonase, pero no quería despertar.

Más, para mi desgracia, desperté.

⁴² Se refiere a la batalla de Lech, en 955.

El mullido tálamo de Sofía se metamorfoseó al instante en el duro y frío suelo de piedra de un viejo templo arruinado. Acurrucado junto a la estatua decapitada de una hermosa diosa pagana, maldecía mi suerte al tiempo que trataba de sacudirme el frío de la noche y me preguntaba cómo demonios me había metido en todo aquel lío.

Fue Artemio quien me recordó que aquel era el día de la fiesta de la consagración de Constantinopla. De haber estado en la capital, habría tenido que participar en las grandes ceremonias y vistosos desfiles con los que se festeja la efeméride y, más tarde, habría asistido a las tradicionales carreras en el Hipódromo, ocupando el lugar que me correspondía dentro de la jerarquía. La jornada habría terminado, como todos los años, en algún aburrido ágape en la casa de cualquier alto oficial, brindando a la salud de nuestro santo emperador y escuchando con paciencia el relato de las viejas y heroicas batallitas del anfitrión.

Pero Cristo nuestro Señor es piadoso en extremo y había decidido evitarme semejantes sinsabores. Allí estaba yo, a la cabeza de una misión secreta, en un olvidado rincón de Anatolia, esperando que un siervo apaleado nos desvelase los secretos que se ocultaban en la casa de Filareto, en tiempos influyente cortesano y ahora orgulloso terrateniente, uno de cuyos muchos pecados era el de tener por sobrino a la persona equivocada.

En fin, la nueva jornada había amanecido lluviosa, cosa que era mala para mi pierna pero buena para nuestros propósitos, pues los guardias de Filareto no aparecieron en todo el día. Además, nuestro nuevo amigo había recobrado el sentido y, aunque aún débil, pudo responder a algunas de nuestras preguntas. Y por cierto, lo hizo en un griego más que aceptable.

—Mi nombre es Vertes, hijo de Maros de Pésc. Gracias por socorrerme, romanos. Os debo la vida.

—Sólo hemos cumplido con nuestro deber de cristianos. Dime, ¿eres magiar?

Vertes pareció dudar. Aún no estaba seguro de si podía fiarse de nosotros.

—Sí, soy magiar —contestó por fin—. Y entre los míos, era un noble... bueno, casi. Mi familia ha estado siempre al servicio de la casa del príncipe Arpád.

—¡Vaya! Esta sí que es buena —exclamé, sorprendido—. Y dime, mi ilustre amigo, siendo noble, ¿cómo has acabado de esta manera?

El magiar trató de incorporarse en el catre, pero un gesto de dolor delató la protesta de sus machacadas costillas. Volvió a recostarse y, antes de responder, tomó un sorbo de agua de una escudilla que Artemio le acercó.

—Avatares de la guerra —respondió tras beber—. Fui atrapado hace años por los búlgaros durante una refriega cerca de Sirmio⁴³. Por alguna razón, en lugar de matarme o de pedir rescate, mis captores decidieron venderme a mí y a algunos de mis compañeros a un mercader de esclavos. Así acabé aquí. De eso hace ya doce años.

⁴³ Ciudad situada en la actual Serbia, al noroeste de Belgrado.

—¿Y qué has hecho para ganarte las iras de los hombres de Filareto? ¿Robaste queso en la cocina?

A pesar de lo mucho que debía dolerle todo el cuerpo, en los labios de Vertes se dibujó algo parecido a una sonrisa.

—El magistros⁴⁴ Filareto tiene muy buen gusto a la hora de elegir a sus esclavas y esa es una de las pocas cosas en las que coincidimos. Por desgracia, me pilló jugueteando con una de sus mozas favoritas y... bueno, creo que no le gustó demasiado.

—Veo que la paliza no te ha hecho perder el buen humor.

—Eso nunca, mi señor. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Eso depende de ti, Vertes.

Durante unos instantes, el magiar guardó silencio, tratando de medir el alcance de mis palabras.

—Comprendo —dijo al fin—. ¿Qué quieres saber?

Desde luego, Vertes era un tipo inteligente. No habría sobrevivido tantos años si no lo hubiera sido.

—Algo muy sencillo. Dime, ¿ha recibido Filareto la visita de algún familiar en las últimas semanas?

—Sí, mi señor. Desde hace unos días se aloja en la villa su sobrino, el moirarca Alejandro.

—¿Alejandro? ¿Alejandro Coerina?

—El mismo.

—¿Le acompaña alguien?

—Sí, su criado Tomás.

—¿Nadie más?

—No. Al menos, que yo sepa.

—¿Y sabes por qué están aquí?

—Por lo que escuché, Alejandro se dirige a Seleucia, en misión militar.

Aquella era una excusa tan buena como otra cualquiera, pensé. El viejo Filareto no debía tener la más mínima idea de los tejemanejes de su sobrino. Pero lo importante era que ya teníamos localizados a dos. Sólo nos faltaba Benjamín.

—¿Sabes cuándo va a proseguir su viaje?

—En unos pocos días, según contó Alejandro, saldrán hacia Éfeso. Allí se unirán a un convoy militar que partirá en breve en dirección a Cilicia.

⁴⁴ *Magistros*: en esta época, dignidad *procesional* de alto rango (véase nota núm. 41 sobre el *argentario*).

Miguel Comneno intercambió conmigo una mirada de satisfacción. Los dos habíamos pensado lo mismo: quien esperaba a Alejandro en Éfeso no era un convoy, sino Benjamín. Esa ciudad —antño una de las más importantes del Imperio— es todavía un buen lugar para que un forastero se mueva a sus anchas sin levantar sospechas, pues sigue siendo una activa plaza comercial. Al sur de Éfeso hay varios pequeños puertos en los que no es difícil encontrar un barco que se dirija a cualquiera de las incontables islas e islotes del archipiélago. Y, desde ahí, a Creta.

—Mi querido amigo —le dije a Vertes—, créeme si te digo que la información que nos has proporcionado es preciosa para nosotros. No te preocupes, pronto serás libre y podrás volver con tu gente.

Al oír mis palabras, los ojos del magiar brillaron como tizones en la noche y su rostro se iluminó. Parecía como si ya no sintiera el dolor de sus heridas.

—¡Gracias, noble señor! Desde ahora, pongo mi vida y mis escasas fuerzas a tu servicio. ¡Te lo juro por Dios y por mi honor!

—Lo que debes hacer ahora es descansar y reponerte. Ya seguiremos hablando. Artemio, asegúrate de que nada le falte.

* * * *

Según nos contó el magiar al día siguiente, que era también el de la fiesta de la Ascensión, Filareto era un apasionado de la caza. No es que en esto se distinguiera del común de los romanos, pues el arte cinegético es uno de nuestros pasatiempos favoritos, pero en el caso del viejo argentario era más una obsesión que una sana afición. Filareto solía organizar auténticas expediciones de exterminio por los montes cercanos, lanzando sus venablos sobre cualquier cosa que se moviera.

—Cuando sale de cacería, Filareto se acompaña de un auténtico ejército —nos informó—. Sus guardias van armados con lanzas y espadas y sus siervos portan garrotes y largas pértigas con las que espantan a las bestias y las ponen a tiro del arco de ese viejo cabrón. No perdona nada y caza de forma indiscriminada, por el puro placer de matar; le da lo mismo que sea un conejo, una cierva, un pato o una codorniz. Pero nunca le he visto perseguir a las manadas de lobos que atormentan a los rebaños. Filareto sólo va a lo seguro.

—Por lo que dices, no parece que tu antiguo patrón sea muy popular por estos lugares.

—¡Los campesinos le odian, señor! Juzga por ti mismo: hace unos años, Filareto se las arregló para hacerse con el control de los pastos comunales de una aldea cercana; y, no contento con eso, también terminó por arrebatarles el bosquecillo en el que me rescatasteis. Ahora, cuando los aldeanos necesitan leña, o cuando quieren llevar a sus rebaños a pastar, tienen que pagar por lo que en justicia es suyo.

Desde luego, y si lo que contaba Vertes era cierto, no era de extrañar que Filareto se rodease de guardias y de murallas.

—¿Suele invitar a sus huéspedes a las monterías?

—Siempre que puede. Y, antes de que me lo preguntéis, os diré que Filareto tenía pensado agasajar a su sobrino con una cacería. Al menos, eso es lo que oí comentar a los otros siervos.

Era evidente que Vertes estaba disfrutando con todo aquello; odiaba profundamente a su antiguo señor y daba por bienvenida la paliza que sus esbirros le habían propinado con tal de poder gozar ahora del placer de la venganza.

—¿Cuándo tendrá lugar?

—¿Qué día es hoy?

—Jueves.

—Pues, a no ser que hayan cambiado de opinión, la cacería será pasado mañana.

No pude ocultar una expresión de profunda satisfacción. Esa era la oportunidad que estábamos esperando. Ahora sólo había que trazar un plan para atrapar a aquellos elementos.

—Noble señor, ¿puedo pedirte un favor?

—Por supuesto, Vertes. ¿De qué se trata?

—Por favor, déjame que os acompañe.

—¿Acompañarnos? ¿A dónde?

—Señor, no hace falta ser muy listo para darse cuenta de que tú y tus compañeros estáis detrás del sobrino de Filareto. Aunque vestís como si fueseis unos simples viajeros, salta a la vista que sois soldados; y no es frecuente ver por estas tierras a dos gigantes como esos dos de ahí atrás... son mercenarios rusos, ¿verdad? Está claro que Alejandro debe haberse metido en un gran lío. Bueno, eso no me importa lo más mínimo, pero sentiría una gran satisfacción si pudiera participar en una acción que amargase la existencia de ese viejo asno de Filareto.

—Nos encantaría contar con tu ayuda Vertes, pero tus heridas...

El magiar negó con la cabeza.

—Gracias a los cuidados que me dispensa Artemio, me encuentro mucho mejor y ya puedo levantarme. Aún me arden las espaldas y mis costillas protestan cada vez que me muevo, cierto; pero no es la primera vez que me dan una paliza. Además, conozco estos parajes como la palma de mi mano y soy un excelente arquero..., o al menos lo era. Mi señor, por favor, no me obligues a suplicarte.

Ya medio convencido, crucé una mirada con Miguel y Zenón. Los dos asintieron.

—Está bien, Vertes. Si veo que pasado mañana puedes caminar y cabalgar, vendrás con nosotros. Pero te advierto que puede ser peligroso.

De haber podido, el magiar habría dado saltos de alegría.

—¡Gracias, nobles señores! No os preocupéis. Los magiares somos gentes duras que viven, luchan y mueren sobre los lomos de sus caballos. Esto no ha sido nada. ¡El sábado estaré listo para actuar!

Dicen que el deseo de venganza es un pecado. Pero hay veces en las que es imposible no pecar.

μ

Sábado, 14 de mayo de 959

Había que reconocer que Filareto hacía las cosas a lo grande. Tal y como nos había advertido Vertes, la cacería que organizó en honor de su sobrino era más una expedición militar que una simple partida cinegética. Acompañaban al viejo y a su sobrino una docena de guardias y no menos de una veintena de criados, entre portadores, cocineros, camareros, arrieros y carreteros. ¡Incluso había músicos y cantores!

Filareto y su gente partieron muy temprano de la villa, nada más amanecer. La caravana atravesó a ritmo pausado los huertos y los campos de cultivo y vadeó el río a través de un viejo puente de piedra que había conocido tiempos mejores. La polvareda que levantaban los carros y los caballos era visible desde lejos, pero Vertes nos aseguró que sabía a dónde iban, así que no era necesario que les siguiéramos de cerca.

—Filareto es un hombre de costumbres fijas —nos explicó, mientras veíamos alejarse la columna—. Siempre que tiene invitados los lleva de caza a los montes que pueden verse hacia el norte. Vamos, os llevaré hasta allí por otro camino y así no despertaremos sospechas.

Tuvimos que dar un largo rodeo y atravesar una zona pantanosa infestada de enormes mosquitos, pero lo temprano de la hora y el frescor de la mañana nos evitaron ser víctimas de sus desagradables picotazos. Vertes parecía bastante recuperado, aunque debía estar haciendo de tripas corazón, pues sus heridas eran muy recientes y una cabalgada como aquella no era lo más recomendable en su estado. Por ello ordené a Zenón que montase a su lado, atento a cualquier dificultad que pudiese tener nuestro valeroso magiar. Detrás de nosotros marchaban Miguel y los dos rusos, mientras que Artemio se había quedado en el campamento, vigilando la villa.

A unos cuantos estadios de distancia del pantano cruzamos las ruinas de una aldea que parecía haber sido pasto de las llamas en tiempos recientes. La maleza ya había invadido los escombros renegridos, entre los que era fácil distinguir restos de mobiliario doméstico y de los aperos de labranza de sus antiguos habitantes. A lo lejos, junto a un arroyo, podía verse el esqueleto de lo que antes había sido un gran molino de agua, también arrasado por el fuego, y en el centro del pueblo aún

resistían los muros semiderruidos de la iglesia. Arrasado y abandonado, aquel lugar era ahora el hogar de cuervos y ratas, de culebras y lagartos.

—Las casas parecen haber ardido hasta los cimientos —observó Miguel—. Es raro que los vecinos no hayan reconstruido el lugar.

—Aunque hubieran querido, no habrían podido hacerlo —explicó Vertes—. Veréis, es una triste historia. Estas ruinas son todo lo que queda del khorion⁴⁵ Baris, una próspera aldea habitada en tiempos por unas sesenta familias, que vivían de la explotación de esos campos ahora abandonados. Hace unos años, Petronas, un vecino de Baris, apoyándose en las leyes agrarias del emperador Romano Lecapeno, exigió a Teofilacto Basilakés, otro poderoso señor de esta zona, la devolución de un agrídion⁴⁶ cercano que había pertenecido a su familia durante generaciones y que Teofilacto había usurpado aprovechando una larga ausencia de Petronas, motivada por sus obligaciones militares. Y no es que la granja fuese gran cosa —apenas treinta modios de terreno aprovechable entre viñedos, huertos y campos de cultivo, junto a unos cuantos animales—, pero Teofilacto se la tenía jurada a la familia de Petronas desde hacía tiempo, por no sé qué motivos. El caso es que los paisanos de Petronas respaldaron la denuncia de éste ante los magistrados de Sardis, presentando en su apoyo las actas del registro de propiedades militares. Pero, antes de que la causa pudiese verse, Petronas fue asesinado, el pueblo incendiado y las cosechas arrasadas. Entonces, Teofilacto se ofreció a comprar las propiedades de los desventurados campesinos y les brindó su protección a cambio de convertirse en colonos en sus tierras. Arruinados y enfrentándose a la amenaza del hambre, a los vecinos de Baris no les quedó más remedio que aceptar el trato. Por supuesto, de la investigación oficial nunca más se supo.

—¿Tanto poder tiene el tal Teofilacto? —quiso saber Miguel.

—Teofilacto es sobrino-nieto de Filareto —explicó—. Cuando todo esto sucedió, Filareto aún era argentario. Y cargar con la bolsa de las dádivas imperiales te hace soportar una gran responsabilidad, pero también te da mucho poder.

—Así que el linaje de Alejandro es dueño y señor de estos parajes —comentó Miguel mientras espoleaba su caballo para mantenerse a mi lado—. Estamos en la boca del lobo, señor.

—Así es, decarca, pero recuerda que la alimaña se confía cuando está en su guarida... ¿qué mejor lugar para atraparla?

Miguel quedó pensativo durante unos instantes.

—Es cierto, señor, pero también lo es el que en su escondrijo es donde mejor se defiende, revolviéndose contra sus atacantes.

Tenía razón el joven Comneno. Cuanto más tiempo pasaba con él, más me convencía de que no era tan tonto como parecía. Quizás lo único que necesitaba

⁴⁵ *Khorion*: población de entre 50 y 150 casas.

⁴⁶ *Agrídion*: granja, caserío.

era, simplemente, madurar. Desde el vergonzoso incidente de la barca en el Bósforo, el decarca había cambiado de actitud y, dejando a un lado sus aires presuntuosos, parecía más interesado en escuchar, mirar y aprender que en hablar a destiempo. Tal vez con el tiempo llegase a ser un buen militar. Pero seguía sin fiarme del todo de él.

—Seamos cuidadosos, decarca. Con la ayuda de Dios todo saldrá según lo previsto.

* * * *

Los fuegos del campamento de Filareto dibujaban caprichosas filigranas en la oscuridad, esparciendo su luz convulsa sobre las figuras que se agrupaban en torno a las hogueras, mientras un joven efebo desgranaba las estrofas de una cancioncilla popular que loaba las gestas amorosas de un valeroso señor de la frontera:

*«...y ella inflamaba mi pasión
pues era joven, bella y virgen,
y su túnica, delicada como la tela de una araña,
dibujaba los contornos de su cuerpo y de sus senos.
Sus labios asaeteaban mis oídos con dulces palabras,
incitando mi alma a un deseo impuro;
y así nuestra razón y vergüenza cayeron domeñadas
y nuestra unión fue consumada por entero.
Después la dejé y la despedí,
con bellas palabras de consuelo,
“Vete, niña mía en paz y no te olvides de mí...”»*

Pero la audiencia parecía más pendiente del enorme venado que giraba sobre las brasas que de la lira del bardo. Un ambiente festivo reinaba en el campamento; Alejandro y su tío mantenían una animada conversación junto al fuego, mientras que el fiel Tomás daba muestras de empezar a sentir los perversos efectos de la gran cantidad de vino que había estado ingiriendo desde la puesta de sol en compañía de varios de los guardias. Las sonrisas malévolas y las miradas lujuriosas que lanzaban sobre algunas de las criadas anunciaban una noche animada.

Filareto y su gente se habían instalado en una depresión del terreno, junto a un arroyo de aguas cristalinas, muy cerca del bosque en el que habían estado cazando durante toda la tarde. Los frutos de la jornada eran varias piezas de caza mayor, así como algunas aves, de las que el grupo se disponía a dar buena cuenta. Durante horas les vigilamos desde una prudente distancia hasta que, amparados en las sombras de la noche, nos aproximamos más, ocultándonos entre la espesa maleza.

—Tenías razón, señor —reconoció Miguel—. Se muestran tan confiados y seguros que no creo que ni siquiera se les pase por la cabeza la idea de una celada. Será como robarle un mendrugo de pan a un niño.

El plan era sencillo y muy poco original: eliminar a los guardias, asaltar el campamento, desvalijar a Filareto para simular un robo y secuestrar a Alejandro. En cuanto a Tomás, habíamos decidido que lo mejor era liquidarlo.

—Sí, Miguel, pero es mejor que seamos precavidos. Hemos tenido suerte con que la luna nueva haya sido hace sólo unos días; si no, entre el fuego de las hogueras y la luz de la luna, nuestro trabajo se habría complicado mucho.

—Ahora sólo es cuestión de aguardar.

—Así es. Será mejor que nos acomodemos lo mejor posible.

La juerga en el campamento duró casi hasta la medianoche y no hubo quien dejase de participar en ella. La música, los cánticos y el vino lograron que incluso el muy noble y virtuoso Filareto perdiese su habitual compostura, se remangase la túnica, se desprendiese de su bonete y se lanzase a un frenético bailoteo en torno al fuego. Había que verlo: el noble argentario, con la cara congestionada y los ojos enrojecidos, brincaba como un poseso mientras su prominente barriga se agitaba convulsa arriba y abajo. Al cabo de un rato de contemplar semejante espectáculo, Alejandro decidió que ya había tenido bastante por una noche y, tras cruzar unas palabras con Tomás, se retiró a su tienda dando algún que otro trompicón, lo que le impidió ver cómo poco después su respetable tío rodaba por el suelo, exhausto y ebrio. La música y los cánticos cesaron y un par de siervos cogieron a Filareto en volandas y le trasladaron a su tienda para que pudiera dormir la borrachera en paz.

Los demás no tardaron en imitarle y, poco después, sólo permanecían más o menos despiertos los guardias a los que se les había encomendado la vigilancia del campamento. Pero en su estado no supondrían un gran problema.

Pronto los únicos ruidos que podían escucharse eran el murmullo del agua en el arroyo y los ronquidos que salían de las tiendas. Decidí que había llegado la hora de actuar.

—Vertes, tú y Zenón llevad los caballos al punto convenido. Por cierto, necesitaremos un par de monturas más...

—Eso no será problema —aseguró el magiar—; se las robaré a Filareto. Siempre tiene los caballos sin vigilancia.

—Lo dejo en tus manos, amigo.

Vertes y el armenio salieron del escondrijo y se perdieron en la espesura. Los demás bajamos hacia el arroyo, que cruzamos en silencio. Sólo un pequeño repecho cubierto de maleza nos separaba del campamento. Trepamos por la ladera y nos asomamos para ver si los guardias se habían movido, pero estaban demasiado bebidos como para hacerlo. A unos treinta pies de nuestra posición uno de ellos bostezaba aburrido mientras jugueteaba con las brasas de una pequeña hoguera con la punta de su lanza. Algo más lejos, otro dormitaba apoyado sobre la rueda de un carromato.

—Miguel, el guardia que está junto al carro es tuyo —le susurré—. Llévate a Ingvar y sed rápidos y silenciosos. Ya que tiene que morir, que lo haga sin causar alboroto. Nosotros nos encargaremos del otro.

El decarca asintió y tragó saliva. A pesar de la oscuridad reinante, pude ver la excitación reflejada en sus ojos. Me pregunté cuántas veces habría sentido

deslizarse entre sus dedos la sangre caliente de un ser humano. Esperaba que, por lo menos, el joven Comneno mantuviese la cabeza fría y el pulso firme. Yo, por mi parte, tenía las manos sudorosas, como siempre que iba a entrar en combate, y encima la pierna volvía a dolerme. En cuando a los rusos, se mostraban indiferentes; aquellos paganos estaban demasiado acostumbrados a matar como para que lo que íbamos a hacer pudiera afectarles lo más mínimo.

—Recordad; todo lo que estamos haciendo es por el bien de la Romania y de nuestros santos emperadores. Dios está con nosotros.

—Así sea, mi señor.

—Adelante pues.

Bolgar y yo avanzamos en silencio hacia el guardia de la fogata, que, ignorante del peligro que sobre él se cernía, nos daba la espalda. Sin darle tiempo a reaccionar, el ruso se abalanzó sobre él, le tapó la boca con una mano y, con la otra, le clavó el puñal en un costado. El cuerpo del infeliz se agitó con un agónico y ahogado estertor y luego se quedó quieto, inerte. Bolgar arrastró rápidamente el cadáver lejos de la hoguera y se reunió conmigo. Sin decir nada, avanzamos hacia la tienda de Alejandro, situada junto a la de su tío, en el centro del campamento. La trémula luz de los fuegos iluminaba nuestro camino, permitiéndonos esquivar sin problemas los obstáculos que, en forma de pucheros, copas, platos, vasijas, banquetas y algún que otro cuerpo abotargado, nos iban saliendo al paso y que en otras circunstancias podrían haber delatado nuestra presencia.

Al pasar cerca de una de las pequeñas tiendas que cobijaban a los siervos de Filareto —en realidad, simples trozos de tela sujetos por frágiles soportes de madera— pudimos comprobar que no todo el mundo estaba tan dormido como la quietud del campamento invitaba a creer; los jadeos y gemidos de placer que de allí salían sugerían que aquella fogosa pareja aún tardaría un buen rato en entregarse a los no menos tentadores brazos de Morfeo.

Bien, pensé, mejor así. Pasamos de largo. Aquellos dos tórtolos no nos darían mayores problemas.

Justo en ese momento pisé una rama. Su crujido fue como el restallido de un látigo. Maldiciéndome a mí mismo, me quedé inmóvil y alerta. A mi lado, Bolgar también se había quedado quieto. Los jadeos y susurros en el interior de la tienda también cesaron.

—¿Qué... Qué pasa? —musitó una joven voz femenina.

—¡Eh! ¿Quién está ahí fuera? —tronó la voz de un hombre ya entrado en años— ¿Eres tú, Simón? ¿Qué pasa? ¿Es que no puedes esperar tu turno? ¡Voy a salir y partirte la cara!

Bolgar y yo nos movimos con rapidez y nos situamos a ambos lados de la tienda dispuestos a actuar, pues la situación era muy peligrosa y podía dar al traste con todos nuestros planes. En otras circunstancias aquel tipo se habría cuidado muy mucho de salir de la tienda en mitad de la noche, desnudo y desarmado, a enfrentarse a su presunto rival. Pero las muchas jarras de vino ingeridas habían

tenido efectos devastadores sobre su sentido común. Así que, no bien el sulfuroso amante hubo asomado la cabeza fuera de la tienda, le asesté un buen golpe con el pomo de mi puñal y cayó desvanecido al suelo.

Dentro de la tienda, sin saber qué estaba pasando, la chica se agitó asustada. Pero no tuvo tiempo de llegar a gritar, pues Bolgar la silenció con el fuerte mamporro que le arreó a través de la delgada tela de la tienda. A la mañana siguiente, se despertaría con un diente menos y un gran moratón en su mejilla, pero por lo menos seguiría viva. No todos tendrían tanta fortuna aquella noche.

Sentí curiosidad por saber quién era el imprudente individuo al que había tumbado, así que me arrodillé junto a él y le di la vuelta. La sorpresa fue mayúscula cuando me encontré cara a cara con Tomás Kypros.

—Ésta es la prueba de que Dios está con nosotros —me dije.

Tras cerciorarse de que todo permanecía en calma, Bolgar se acercó a mí.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó, dando un puntapié al cuerpo de Tomás.

Por desgracia para el armenio, no podíamos ser clementes. Al contrario que su amiga, Tomás no se despertaría a la mañana siguiente con el cuerpo dolorido. De hecho, jamás volvería a dolerle nada.

—Tirémosle al río y acabemos de una vez.

Bolgar arrastró a Tomás hasta el borde del repecho y lo dejó rodar cuesta abajo, hacia el agua. Mientras veía como el cuerpo se hundía pensé que, a buen seguro, a Tomás nunca se le habría pasado por la cabeza acabar de aquella manera, ahogado en un mísero riachuelo de Anatolia. Hubo un tiempo en el que había sido un soldado leal que, como todos, soñaba con el honor y la gloria, pero ahora no era más que un renegado, un desertor arrastrado a los oscuros senderos de la traición por los deseos de venganza de su señor Alejandro y por las pérfidas maquinaciones de quienes se ocultaban tras él.

Solventado aquel asunto, avanzamos presurosos hacia donde esperaban el decarca e Ingvar, procurando fijarnos bien dónde poníamos los pies. La luz de una fogata cercana nos permitió comprobar que ya habían cumplido con su parte del trabajo. El guardia había desaparecido y en su lugar sólo había un gran charco oscuro. Miguel estaba a pocos pasos del carro, esperándonos. Tenía las manos y la túnica manchados de sangre.

—¿Estás bien, Miguel? —le pregunté en voz baja— ¿Hubo algún problema?

—No, conde. Ninguno. Todo fue... como era de esperar.

—¿Y el guardia?

—Le hemos escondido allí —respondió Ingvar, señalando hacia el río—; entre los cañizos.

—Vamos entonces. No perdamos más tiempo.

No tardamos en llegar junto al gran árbol que presidía el centro del campamento, a pocos pasos de las tiendas de Alejandro y su tío. A ambos lados de

éstas, sendos braseros dispuestos sobre trípodes de bronce iluminaban el sueño de sus ocupantes.

—Miguel, Ingvar, el viejo Filareto es cosa vuestra. Procurad que el robo parezca lo más real posible. Si se despierta, dejadle tieso. Luego, quemad las tiendas; eso creará confusión y nos dará tiempo para huir. Bolgar y yo nos encargaremos de Alejandro.

—Como ordenes.

—Adelante, pues.

Estábamos a punto de dirigirnos hacia nuestro objetivo cuando advertimos que había movimiento en la tienda del moirarca; para nuestra sorpresa, al cabo de unos instantes, vimos asomar el huesudo rostro de Alejandro. Tras lanzar a la noche un profundo bostezo, nuestro hombre avanzó presuroso hacia un alto matorral cercano.

—¿Dónde demonios va? —se preguntó Miguel.

A su espalda, los dos rusos mascullaron algo en su lengua y rieron por lo bajo. Desde luego, no necesitaba que Artemio estuviese allí para traducirlo.

—¿Dónde puede ir un hombre a estas horas, tras haberse pasado toda la tarde trasegando jarra tras jarra de vino aguada, mi querido amigo?

Los rusos volvieron a reírse.

—¡Oh, claro! Va a orinar...

—Y será una buena meada, por todo lo que se ha bebido —comentó jocosamente Bolgar.

—Pues vamos a averiguarlo —dijo.

Miguel me miró, sorprendido.

—¿Qué te propones, señor? ¿Acaso no sería mejor dejarle acabar y hacernos con él cuando estuviese de nuevo dormido? Si le asaltas ahora podría resistirse y alertar a todo el campamento.

—Descuida, decarca. Está demasiado bebido y adormilado como para dar problemas. ¡Vamos, Bolgar! Rodea la tienda y estate atento a mi señal.

Efectivamente, Alejandro no se percató de nuestra presencia y siguió orinando tan tranquilo, mientras exhalaba un suspiro de profundo alivio. Yo me había situado sólo unos pocos pasos detrás de él, blandiendo mi puñal. Bolgar estaba tras la tienda, preparado para saltar sobre el moirarca en cuanto le diese la espalda.

Cuando terminó de orinar, Alejandro se arregló los calzones y la túnica, dispuesto a regresar al catre para seguir disfrutando de un sueño reparador. Debía sentirse a salvo en aquel campamento, lejos de Constantinopla, donde creía haberlo dejado todo atado y bien atado para esquivar a sus perseguidores. Quizás por eso su rostro mostró aquel profundo desconcierto cuando, al volverse, se encontró con un individuo de aspecto amenazador que, embozado en su manto, le cortaba el paso.

—¿Qui... Quién eres tú? —acertó a decir.

—¿Acaso importa eso, Alejandro? —respondí, con ironía.

La turbación del moirarca dejó paso a la sorpresa al oírme pronunciar su nombre. Y ésta fue sustituida por la alarma al advertir la afilada daga que empuñaba mi mano derecha.

Asustado, y empezando ya a comprender qué estaba ocurriendo, Alejandro retrocedió y se volvió, tratando de escapar, sólo para darse de bruces con Bolgar. Trató entonces de gritar, pero antes de que un sólo sonido llegase a salir de su garganta, el ruso le dejó inconsciente tras propinarle uno de sus tremendos puñetazos.

V

Domingo, 15 de mayo de 959
Ruinas de Baris

Reconozco que habría pagado con gusto veinte nomismas con tal de poder ver la cara de Filareto cuando, al despertarse a la mañana siguiente presa de una atroz resaca, descubriese que su lujosa tienda había sido desvalijada. La alarma y el desconcierto iniciales debieron dejar paso a la furia al descubrir que no sólo había volado la robusta arqueta de roble en cuyo doble fondo se escondía una más que considerable cantidad de dinero, sino que los ladrones le habían sustraído también el bello relicario que había heredado de su madre. Las preciosas reliquias que contenía, una ampolla de cristal llena de agua del santo Jordán y una astilla del cayado de San Juan Bautista, estarían ahora en manos de algún desalmado sólo atento a lo que podría sacar por la plata y el oro que adornaban el cofrecillo.

Pero la sorpresa y el disgusto de Filareto no debieron ser nada comparadas con la desdicha, la pesadumbre y la rabia que, sin duda, inundaron al viejo argentario al enterarse de que su querido sobrino, el noble Alejandro, había sido asesinado durante la noche. Pero el moirarca no había sido la única víctima de aquella trágica noche; el cuerpo de Tomás había sido descubierto medio hundido junto a la orilla del río, no muy lejos de los cañizos en los que los malvados habían tratado de ocultar los restos de uno de los guardias. Y de otro de los hombres de Filareto nada se sabía; había desaparecido en la noche.

Filareto debió deshacerse en lágrimas junto al cadáver de su sobrino, que yacía tirado en medio de su tienda, con la cabeza aplastada por una enorme piedra; de hecho, sólo era posible reconocerle por sus ropas y sus anillos. Muestra de su heroica resistencia ante los bandidos, su mano derecha aún blandía el puñal que un día ganara a un caballero musulmán durante la conquista de Hadath, en Siria. Pero de nada le había servido esta vez su reconocido valor en el campo de batalla ante la sevicia de sus asesinos, sin duda pertenecientes a aquella maldita banda de salteadores isaurios que, desde hacía algún tiempo, assolaba la comarca.

Ya nada podía hacerse, salvo llorar a los muertos y darles cristiana sepultura. Lo que había empezado como una alegre jornada cinegética había concluido en tragedia. El dolor de Filareto y su gente debía de ser grande, tanto que nadie volvió a preocuparse por el guardia desaparecido. Pero, aunque alguien lo hubiera hecho, desde luego no se le habría ocurrido buscarlo en la tienda de Alejandro; allí sólo había un cadáver con la cabeza destrozada, vestido con una lujosa túnica y calzado con unas sandalias que parecían quedarle un poco grandes.

* * * *

Las cosas habían marchado muy bien, mejor incluso de lo que habíamos planeado, así que al final descarté provocar un incendio en el campamento para cubrir nuestra huida. Fue a Miguel a quien se le ocurrió el ardid de hacer pasar a uno de los guardias muertos por Alejandro. La idea me pareció excelente, así que procedimos a desnudar al moirarca y a vestir con sus ropas y atavíos el cuerpo del guardián al que Miguel e Ingvar habían dado muerte. A continuación, los rusos dejaron el cuerpo en la tienda de Alejandro y le aplastaron la cabeza. Después, abandonamos el campamento y nos dirigimos hacia donde nos esperaban Vertes y Zenón con los caballos. Con Alejandro bien atado y amordazado, galopamos en la noche en dirección al khorion Baris.

Alcanzamos la aldea al amanecer y nos ocultamos entre las ruinas de una gran casa, próxima a lo que quedaba de la iglesia. El techo de la vivienda, de madera y paja, había sido pasto de las llamas pero la mayor parte de la estructura, construida en piedra y ladrillo enlucido, había resistido. En tiempos debió de ser la morada de alguno de los principales del pueblo y lo poco que quedaba nos hablaba de una vida sin lujos, pero también sin estrecheces. El incendio había destruido también la planta superior, que se había desplomado sobre el cobertizo aplastando las grandes tinajas en las que una familia trabajadora y sencilla había almacenado el vino, el aceite y el grano trabajosamente ganados a la tierra. Lo único que había sobrevivido era un molino de piedra y algunos aperos de escaso valor.

Mientras me preguntaba qué habría sido de los dueños de aquella casa, le indiqué a Zenón que atase a Alejandro al molino y a Vertes que preparase algo de comer. Miguel y los rusos se encargaron de la vigilancia de los alrededores. No queríamos sorpresas.

—¿Qué vamos a hacer con él? —quiso saber Zenón, señalando a Alejandro.

—Hay que sacarle todo lo que sabe —respondí—. Tenemos que saber dónde ha escondido los pergaminos. En la tienda no había nada. Y también hay que averiguar qué ha sido de Benjamín.

—¿Y luego?

—Ya veremos, Zenón, pero nuestras órdenes son claras al respecto...

Con un gesto de desagrado, el armenio asintió.

—No sé que es lo que contendrán esos malditos documentos, Manuel, pero están dejando un sangriento rastro tras ellos. Ya sabes que nunca me arredro ante el peligro, pero no me gusta nada toda esta aventura.

—A mí tampoco, Zenón. Tanto nosotros como Alejandro o el pobre Nicetas no somos más que peones prescindibles de una soterrada partida que se juega entre los grandes amos de nuestro mundo. Alejandro es un traidor, sí, pero me pregunto cuánta de esa traición ha salido de él y cuánta ha sido inducida por otros. Ya sabes que en los palacios imperiales la conjura y la intriga son practicadas con especial esmero, tanto por señores como por eunucos.

—¿Qué debemos hacer, pues?

Esa era una buena pregunta. Y sólo había una respuesta.

—Cumplir las órdenes, ser cuidadosos y encomendarnos a Dios. Quizás, con un poco de suerte salgamos con bien de todo este asunto. Y, sobre todo, debemos recordar el consejo de Esteban: no fiarnos de nadie.

—¿Te refieres al decarca Miguel y a los rusos?

Asentí.

—Hasta ahora no me han dado motivos de sospecha y han cumplido con su deber. Pero no dejo de tener presente que son hombres de confianza de Nicéforo y de mi hermano. Así que debemos tratar de mantener ocupado a nuestro buen decarca y procurar que no meta las narices en el interrogatorio de Alejandro.

Zenón me miró intrigado.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Bueno, sería muy conveniente saber qué anda haciendo Filareto, ¿verdad? Puede decidir regresar a su villa en cualquier momento. Deberíamos tenerle vigilado y, ¿quién mejor que el decarca para tan delicada misión?

* * * *

Aunque de sus labios no salió la más mínima protesta, fue evidente que Miguel se sintió contrariado con la tarea que le había asignado. Estaba seguro de que le habría encantado estar presente cuando Alejandro empezase a hablar, pero era un militar obediente, así que —con el rostro sombrío— se subió a lomos de su caballo y, en compañía de Bolgar, partió rumbo al campamento de Filareto.

—Bien, un problema menos —comenté mientras les veía alejarse—. Vayamos ahora a ocuparnos de nuestro prisionero.

—¿Crees que hablará?

—Por supuesto que sí.

* * * *

Hicieron falta un par de cubos de agua para despertar al noqueado moirarca. Confuso, mojado y dolorido, Alejandro volvió a la consciencia para encontrarse atado de pies y manos a un molino de piedra ennegrecido por el humo y las llamas

que habían acabado con la aldea. Una fuerte mordaza le impedía articular palabra alguna y le hacía respirar con dificultad. Mirando nervioso a un lado y a otro, los ojos de Alejandro repararon intrigados en el pequeño brasero que Zenón había traído poco antes. Junto a éste había un extraño instrumento, una especie de estilete dotado de dos finas, alargadas y puntiagudas hojas de hierro. De repente, el moirarca se agitó con un escalofrío, como lo habría hecho cualquier otro romano al reconocer aquella herramienta infernal: el punzón que emplean los verdugos para vaciar los ojos de los reos condenados a ser cegados.

Demudado y tembloroso, Alejandro cayó entonces en la cuenta de que no estaba sólo; un hombre encapuchado, hasta ese momento oculto entre las sombras, se acercó despacio, se agachó junto al brasero, cogió el punzón y lo acercó al rostro del aterrorizado oficial.

—Mira esto, Alejandro —le dije, procurando que ninguna emoción se reflejase en mis palabras—. Sabes bien para que sirve, ¿verdad? Voy a dejarlo dentro del brasero para que sus hojas se pongan al rojo vivo... Así, ¿ves? Y ahora, voy a hacerte unas preguntas. Si colaboras y contestas con sinceridad, tal vez, repito, tal vez, logres salvar el pellejo; pero si tus respuestas no me satisfacen, si intentas engañarme, si tratas de gritar pidiendo ayuda, no dudaré en hundirte el punzón en los ojos hasta vaciártelos. Y créeme si te digo que ese sólo sería el principio de tus tormentos. Por cierto, tu amigo Tomás no me tomó en serio y ahora su cabeza sirve de almuerzo a los cuervos; así que la primera pregunta es: ¿vas a colaborar?

Muerto de miedo, Alejandro asintió.

—Bien, voy a quitarte la mordaza.

Con parsimonia retiré la correa de cuero y el pedazo de trapo con el que habíamos silenciado a nuestro prisionero. Alejandro no pudo reprimir un ataque de tos, ya que tenía la boca reseca y la lengua convertida en estopa; desde luego, aunque hubiera querido gritar, no habría podido hacerlo.

—Será mejor que bebas un poco —le aconsejé, mientras le acercaba a los labios una pequeña vasija con agua fresca. Alejandro bebió con avidez, apurando hasta la última gota.

—Gracias —musitó, no sin esfuerzo.

—No me las des. Reserva tus fuerzas —le advertí con frialdad—. Puede que te hagan falta.

El demacrado rostro del moirarca empalideció aún más y sus ojos volvieron a clavarse con angustia en el brasero.

—Bueno, Alejandro; voy a resumirte cómo están las cosas: sabemos que, por orden tuya, Tomás encargó a Bagrat, un rufián de Constantinopla, que asaltase la casa de tu primo el copista, le matase y robase ciertos documentos que él guardaba. Sabemos que estabas enterado de lo que ocurría en casa de Nicetas gracias a que una de sus sirvientas, Janina, era en realidad una informadora tuya y que se la vendiste a tu primo tras mantener varias entrevistas con Benjamín de Tesalónica, el mercader hebreo. Por supuesto, también sabemos que escapaste en su compañía de

Constantinopla cuando descubristeis que estabais siendo vigilados por uno de nuestros hombres, al que tratasteis de cerrarle la boca, pero os traicionaron las prisas.

Alejandro, que había mantenido la mirada fija en el suelo mientras yo hablaba, levantó los ojos y me miró desafiante.

—¡Ya veo que es difícil escapar de los esbirros de Nicéforo! —me espetó—. Si ya estás al tanto de todo, ¿por qué no me das muerte y acabamos de una vez?

Atajé aquella pequeña rebeldía con un puñetazo tan fuerte que le partí el labio.

El moirarca escupió sangre.

—Vamos a ver, Alejandro; ¿dónde están los documentos que robó Bagrat en casa de tu primo?

Para disipar cualquier asomo de duda de su ánimo, volví a agitar en el brasero el punzón, que estaba ya al rojo. Comprendiendo que no había escapatoria posible, Alejandro suspiró y, tras un último instante de duda, dijo:

—Los escondimos en las ruinas de un viejo templo que se levanta sobre una colina cercana a la casa de mi tío Filareto. Enterramos el cofre en la esquina occidental, junto a la estatua de una deidad pagana... Afrodita, creo recordar.

La capucha que me cubría la cabeza impidió que Alejandro pudiese ver la expresión de estupefacción que, sin duda, se dibujó en mi rostro al escuchar su respuesta. No era para menos: ¡habíamos estado durmiendo sobre los documentos robados desde el mismo día en el que llegamos! Realmente, y como diría Alejo, en ocasiones las sendas del Todopoderoso son, además de retorcidas, burlescas.

—¿Y Benjamín? ¿Dónde está?

—En Éfeso. Habíamos acordado reunirnos con él allí dentro de una semana, el lunes de Pentecostés, en una hospedería llamada *La casa de Skilos*.

—¿Por qué no le acompañaste a Éfeso?

—Benjamín me dijo que era mejor que él se adelantara para prepararlo todo. Mientras tanto, yo debía permanecer en un lugar seguro. Si algo salía mal y no acudía a la cita en la hospedería, debía poner tierra por medio.

—¿Cuáles eran vuestros planes?

Alejandro volvió a escupir antes de responder.

—Saldríamos de Éfeso haciéndonos pasar por mercaderes y nos dirigiríamos hacia el puerto de Fygela, donde nos esperaría un mercante que, tras hacer escala en varias islas del Dodecaneso, nos llevaría hasta el islote de Sýrna, un olvidado pedazo de tierra en las Cícladas. Allí esperaríamos a que nos recogiese una galera pirata que nos llevaría hasta Creta.

Así que nuestras sospechas iban por buen camino, me dije. Era un buen plan, desde luego, y trazado al detalle, pero también demasiado previsible.

—Supongo que tendréis cómplices en Éfeso, ¿no es así?

Alejandro asintió.

—Así es; pero no me preguntes quiénes son, pues no podría decírtelo. De toda esa parte del plan se ocupaba Benjamín en exclusiva.

Era lógico, pensé. Al fin y al cabo, nadie mejor que un mercader para saber a qué puertas llamar y qué fidelidades comprar. Sería preciso atrapar a Benjamín para poner al descubierto a todos los implicados en la trama. Pero eso podía esperar; ahora tenía que apretarle un poco más las cuerdas al moirarca.

—Muy bien, Alejandro —dije, dándole una palmada en el hombro que él acogió con un sobresalto—. De momento, estoy satisfecho. Puede que, después de todo, te libres del punzón. Y ahora, dime, ¿qué sabes sobre el contenido de los documentos que robasteis?

Alejandro sonrió con tristeza mientras un grueso hilo de sangre se escapaba de su boca amoratada.

—Si lo que quieres saber es si llegué a romper los sellos de los pergaminos para curiosear en ellos, lamento defraudarte; me bastó con identificar el sello imperial y el del Doméstico de los Scolas. De todas formas, el hebreo me dijo que se trataba de algo relacionado con los planes del Imperio contra Creta, pero supongo que eso ya lo sabes.

—Por supuesto que lo sé —repliqué—. Pero ahora hablemos de tu cómplice: sabemos que Benjamín te visitó varias veces en las últimas semanas, antes de que consumaseis vuestra traición. ¿Cómo entró en contacto contigo?

Antes de contestar, el moirarca volvió a escupir un esputo sanguinolento.

—Es una larga historia.

—No tenemos prisa, Alejandro. Habla.

* * * *

Todo había empezado con una carta que un joven y apuesto eunuco había entregado en casa de Alejandro al poco de su degradación. Eran días de frustración y de rabia, de sed de venganza, de odio, de rencor y de impotencia. La caída de su tío, el infame monje Coerina, le había arrastrado también a él y por eso le maldecía y renegaba de su estirpe. Claro que era aún mayor el resentimiento que sentía contra todos aquellos que, cuando soplaban vientos mejores, le prometieron amistad y protección, pero que no tardaron ni un instante en volverle la espalda en cuanto las tornas cambiaron. Nadie había movido un dedo para defenderle de lo que él consideraba una completa injusticia. ¡Ni siquiera Dios parecía escucharle en aquellos tristes días! Sólo cuando leyó aquel mensaje escrito con tinta escarlata comprendió que no estaba solo:

«Descuida Alejandro, aún tienes amigos poderosos dispuestos a ayudarte. Bien sabemos que aquellos que han labrado tu desgracia son los mismos que tratan de arrancarnos del lugar que nos corresponde en el Imperio de los Romanos y eso es algo que no estamos dispuestos a consentir.»

Pronto recibirás la visita de un hombre de nuestra más absoluta confianza. Sigue sus instrucciones, que son las nuestras, y verás cómo con la ayuda de Dios pronto estarán humillados a tus pies los que tanto te han perjudicado».

Alejandro se sabía de memoria la carta, del principio al final. No me extrañó en absoluto, desde luego; debía de haberla leído decenas de veces, sin terminar de creer que su suerte pudiera cambiar, tratando de dilucidar cuáles eran los propósitos escondidos tras aquella cuidada caligrafía. Cuando, unos días después, Benjamín llamó a su puerta, supo que su momento había llegado.

—¿Quién te envió la carta?

Alejandro apartó la mirada y cerró los ojos, como si temiese responder a mi pregunta.

—¿Quién te envió la carta, Alejandro?

El moirarca volvió la cabeza y fijó sus ojos en los míos.

—¡Qué Dios me perdone por mi traición! —exclamó. Y añadió con tristeza:— ¿Quieres saber quién había escrito la carta? Bien, te lo diré: ¡Fue Bringas!

—¿Bringas? ¿Te refieres al Drongario José Bringas?

Alejandro asintió en silencio.

—Mientes.

El moirarca se encogió de hombros.

—Si así lo crees... —replicó, indiferente—; puedes torturarme si lo deseas, puedes arrancarme los ojos o quebrarme las piernas, pero nada de eso cambiará las cosas: la carta estaba escrita y rubricada por el jefe de la flota imperial, el Drongario José Bringas.

Una sacudida me recorrió todo el cuerpo: mis sospechas se estaban convirtiendo en certezas. Así que la mano que había movido desde la sombra los hilos de aquella tragedia era la del eunuco Bringas, confidente y hombre de confianza del emperador Romano, protector del monje Coerina y mortal enemigo de cualquiera que tratase de hacerle sombra en el poder, ya fuese un cortesano, como el parakimomeno Basilio, o un militar, como Nicéforo Focas.

Que el poderoso castrado estuviese tras la conspiración tenía sentido. Había muchos rumores que decían que Bringas y Romano se oponían a la política de mano dura con Creta que propiciaban Nicéforo y Basilio. El Drongario y su augusta majestad apostaban por seguir reforzando el dominio romano del mar para obligar al emir de Creta, Abd al-Aziz ben Habib, a aceptar un tratado de paz a cambio de un más que sustancioso subsidio anual; cesarían así los esporádicos ataques a las ciudades costeras romanas y a los buques mercantes, se evitaría el enorme gasto que supondría la organización de una expedición militar contra la isla y, sobre todo, se frenaría en seco la carrera ascendente de Nicéforo, que era partidario de acabar de una vez por todas con aquel infecto nido de piratas. De momento, el Doméstico llevaba las de ganar, pero entraba dentro de lo concebible que Bringas tratase de dar un golpe de mano que le permitiese invertir la situación

y desprestigiar a sus enemigos. ¿Y qué podría ser mejor para ello que tirar por tierra los planes del patricio Focas poniendo sobre aviso a los cretenses?

—¿Qué fue de la carta?

Alejandro contestó sin vacilar.

—Tal y como me ordenaba en ella Bringas, la destruí.

¡Qué lástima!, pensé, contrariado. *Esa carta nos habría venido muy bien.* Pero era lógico que la hubiera destruido; si llegase a caer en las manos equivocadas, la vida del castrado no valdría ni un par de míseros follis y habría sido abruptamente cortada por el hacha del verdugo.

—¿Tuviste algún otro contacto con Bringas, tras recibir esa carta?

—No. Desde ese momento tan sólo me relacioné con Benjamín.

Era lo que yo suponía. Bringas procuraría exponerse lo menos posible. Bien, ya le llegaría su turno. Ahora debía solucionar otro asunto.

¿Qué iba a hacer con Alejandro?

* * * *

El sol ya se estaba ocultando tras el horizonte cuando Miguel y Bolgar regresaron a nuestro escondrijo entre las ruinas de Baris. Sudoroso y polvoriento, el decarca bajó de su caballo y aceptó gustoso el agua que Vertes le brindó. Una vez sació su sed, tendió la vasija a Bolgar que, también reseco, la apuró de un solo trago.

—Y bien, Miguel, ¿cómo le van las cosas al viejo Filareto? —pregunté.

—No hay de qué preocuparse, señor —respondió—. A eso de media mañana sus criados comenzaron a levantar el campamento y a prepararlo todo para el regreso. Ahora, la caravana ya debe de estar cerca de la villa.

—¿Y los cadáveres?

—Al guardia lo enterraron allí mismo, pero los cuerpos de Tomás y de Alejandro..., bueno, quiero decir del supuesto Alejandro, fueron envueltos en mantas y depositados en uno de los carromatos. Supongo que Filareto querrá hacerles unos dignos funerales y darles sepultura en el cementerio familiar.

—Parece, pues, que no han descubierto nuestra artimaña.

—No, mi señor. Por cierto, ¿ya ha dicho algo nuestro prisionero?

—¡Por supuesto que sí! Alejandro se ha mostrado locuaz en extremo. De hecho, ya tenemos casi todos los cabos de este asunto atados.

El rostro de Miguel se iluminó.

—¿De verdad? ¿Ha confesado? ¿Ha dicho dónde están Benjamín y los documentos?

—Así es, Miguel —confirmé—. Alejandro y el hebreo habían acordado reunirse en Éfeso. Hacia allí partiremos en cuanto regrese Zenón.

—¿A dónde ha ido? ¿A buscar a Artemio?

—A buscar a Artemio y a recuperar los pergaminos robados.

—¿Cómo dices?

—Los documentos estaban enterrados en el mismo templo pagano en que nosotros nos ocultamos durante todos estos días.

—¿No puede ser! —exclamó Miguel, estupefacto.

—Pues así es, amigo mío; estuvieron todo el tiempo bajo nuestros pies.

—¡Increíble! ¡Oh, mi señor! ¡Cómo me hubiese gustado oír a Alejandro confesar su traición!

—Lo sé Miguel, pero no te preocupes: nuestra tarea aún no está completa y pienso encomendarte una misión de gran importancia. Aunque mejor será comer algo antes, pues supongo que los dos estaréis hambrientos, ¿no? Nuestro dilecto Vertes ha demostrado ser tan buen cocinero como cazador y nos tiene preparado un sabroso asado de liebres rellenas con nueces y frutas del bosque. ¡Creedme, os chuparéis los dedos!

En efecto, así era: el asado estaba francamente sabroso y por primera vez en varios días pudimos disfrutar de una comida digna de ese nombre. Durante la cena puse al corriente a Miguel de los detalles del interrogatorio de Alejandro, aunque no le dije nada sobre la parte de la confesión relativa a Bringas.

—¿Qué vamos a hacer ahora con Alejandro? —quiso saber Miguel— ¿Nos lo llevamos con nosotros para que sea juzgado en Constantinopla o vamos a darle muerte aquí mismo?

Fruncí el ceño. Aquella era una decisión que me habría gustado no tener que tomar. Alejandro no había sido más que el triste instrumento de una oscura conjura palaciega y por ello me daba lástima; pero también era verdad que era un traidor, por lo que no podía tener piedad.

—No podemos cargar con él —contesté sombrío—. Al fin y al cabo, sólo sería un estorbo. Y las órdenes que tengo no dejan lugar a dudas.

—¿Entonces?

—Más tarde, mi querido amigo, más tarde. Mientras tanto, démosle a Alejandro el privilegio de una última cena caliente. Es lo más que podemos hacer por él.

* * * *

Zenón y Artemio se reunieron con nosotros a la mañana siguiente, poco después del amanecer. Traían consigo un pequeño cofre de madera que Zenón me entregó de inmediato. Nervioso, apoyé el cofrecillo sobre una piedra, rompí el cerrojo con un golpe del pomo de mi puñal y examiné el contenido. A mi alrededor, mis compañeros aguardaban en medio de un silencio sepulcral.

Dentro de la arqueta había media docena de estuches de cuero curtido en cuyos extremos sellados podían verse las insignias imperiales: el águila y el anagrama de

Cristo. Cogí una de las fundas de cuero y la agité: dentro se movió lo que sin duda era un rollo de pergamino.

Satisfecho, cerré el cofre y se lo entregué al decarca.

—Miguel, tal y como acordamos anoche, te confío la seguridad e integridad de estos documentos. Tu misión es hacer que lleguen sanos y salvos a Constantinopla.

—Así lo haré, conde.

—No me cabe la menor duda. Y ahora escucha, Miguel, esto es lo que vas a hacer: partirás de inmediato hacia Esmirna en compañía de Ingvar y de Vertes y, una vez allí, os dirigiréis al palacio del estratega, ante cuyos oficiales harás valer los salvoconductos que nos entregó Nicéforo para que se os permita emplear los servicios de la posta imperial y así poder regresar a Constantinopla en el menor tiempo posible. Tan pronto como desembarquéis, dirígete al cuartel de los Vigla y entrégale al topoteretés Pedro el cofre con los pergaminos. Ponle al corriente de todos los avatares de nuestra expedición y dile también que nosotros nos dirigimos hacia Éfeso para intentar atrapar a Benjamín. A nuestro regreso a Constantinopla, tanto si hemos atrapado al judío como si no, le informaré de todo lo que quiera saber. ¡Ah, y no te olvides de nuestro amigo el magiar! Déjale en el buen lugar que se merece y ruega que se le conceda la libertad para que disponga de su vida como desee.

Al escuchar estas últimas palabras, los ojos de Vertes brillaron de emoción.

—Te debo gratitud eterna, señor.

—Nada de eso, Vertes; somos nosotros los que debemos darte las gracias; sin tu ayuda, nuestra misión no habría tenido éxito. Cuídate y que Dios te proteja. Y lo mismo te digo a tí, decarca: te deseo buena suerte y que el Todopoderoso gué vuestros pasos.

—Que Él te guarde, mi señor.

* * * *

—Te felicito, Manuel —comentó socarronamente Zenón mientras contemplábamos cómo Miguel y sus dos acompañantes se alejaban camino de Esmirna—; has encontrado una forma muy elegante de deshacerte del decarca al tiempo que te ganas su confianza, das satisfacción a Nicéforo y te quedas con las manos libres para cazar a Benjamín y averiguar toda la verdad. ¡Esteban disfrutaría mucho con esta historia!

—Le estoy cogiendo gusto a esto de las conspiraciones, Zenón. Y creo que esta en la que estamos metidos aún nos va a deparar más sorpresas.

—¿Qué es lo que ronda por tu cabeza, conde?

—Aún no lo sé. Sólo son ideas, conjeturas, preguntas sin respuesta... Por ejemplo, ¿por qué Nicetas guardaba los pergaminos en su casa? Sí, ya sé que cumplía órdenes de Nicéforo, pero, ¿con qué propósito? En fin, preguntas y más preguntas.

—Puede que nunca lleguemos a conocer todas las respuestas.

—Quizás. Bien, no perdamos más tiempo y partamos hacia Éfeso. ¡Artemio, prepáralo todo!

Abandonamos la aldea de Baris a eso de la hora cuarta, después de recoger nuestros enseres y borrar cualquier rastro de nuestro paso por allí. Lo único que dejamos tras nosotros fue un pequeño montículo de tierra, medio oculto entre la maleza que rodeaba las ruinas de la iglesia. Allí habían quedado enterrados para siempre los sueños de venganza de Alejandro. El moirarca apenas sufrió; Bolgar, con su habitual destreza, le rompió el cuello poco antes del amanecer, en silencio, casi sin que se diera cuenta. Una muerte rápida y una tumba anónima; esa era la única recompensa que Alejandro había obtenido a cambio de su traición. Solía decir mi padre que la senda del rencor conduce siempre a las puertas del infierno; ¡pobre Alejandro! Cegado por el odio, había entregado su alma al diablo que se escondía bajo la piel de un poderoso y pérfido eunuco, cuya ambición y falta de escrúpulos sólo eran comparables a su deslealtad.

¿Cuántos más deberían morir para saciar su sed de poder?

ξ

Viernes, 20 de mayo de 959
Éfeso, thema de Samos

Contaba en ocasiones Alejo que la ciudad que le vio nacer, Éfeso, había sido en tiempos una urbe rica y populosa, la más grande de Anatolia. Los emperadores paganos la habían favorecido y embellecido en extremo, construyendo magníficos templos, suntuosas bibliotecas, hermosos teatros y grandes estadios. La misma Virgen María vivió allí hasta el día de su Ascensión, aunque ello no impidió que más de un cristiano encontrase un doloroso martirio entre los dientes de feroces bestias salvajes.

Sí, la Fortuna había extendido sus alas sobre Éfeso y el cuerno de la abundancia se derramaba generoso por calles y mercados en los que comerciantes de todas las regiones del mundo conocido voceaban las excelencias de exóticos productos recién desembarcados en los muelles del puerto. Éfeso era un talismán, un punto en el que confluían hombres y riquezas, un pastel del que todos querían sacar tajada.

Incluso los bárbaros.

Los godos, Dios lo quiso así, cayeron sobre Éfeso como de una nube de langostas y la hermosa ciudad quedó arrasada⁴⁷. El golpe fue tan fuerte que se precisaron muchos años y mucho oro para que Éfeso recuperase parte del

⁴⁷ Este suceso ocurrió en el año 262 d.C.

esplendor perdido. Constantino y sus sucesores continuaron otorgando los favores imperiales a la capital de Asia y ello permitió que se levantaran majestuosas iglesias, se edificaran bellos santuarios y se reconstruyeran palacios y termas. Bajo el símbolo de la Cruz, Éfeso floreció de nuevo.

Pero los pecados de los romanos eran sin duda demasiados pues, tras los días de gloria del gran Justiniano, la suerte del Imperio se torció: epidemias, hambrunas, guerras civiles e invasiones asolaron la Romania y redujeron sus antaño orgullosas ciudades a la postración y la ruina. La misma Constantinopla llegó a estar en trance de ser tomada en más de una ocasión y sólo la misericordia del Todopoderoso permitió a los romanos sobrevivir a tanto desastre. Fueron tiempos de guerra, de sangre y de fuego y Éfeso tuvo que pagar su precio: la ciudad fue abandonada y sus habitantes se refugiaron tras los muros de la fortaleza que se alza en lo alto de la colina de San Juan, al lado de la iglesia homónima, a un tiro de piedra del lugar en el que otros tiempos se levantara el grandioso templo de Artemisa.

Por fortuna las cosas cambiaron con el tiempo y, restablecida la paz y la seguridad en el Imperio, las ciudades comenzaron a resurgir lentamente de sus cenizas. Pero incluso hoy la próspera Éfeso no es más que una discreta ciudad de provincias poblada por menos de diez mil almas, sólo una décima parte de la población que llegó a alojar en sus mejores tiempos. Fuera del reducido espacio delimitado por las murallas de la ciudadela, Éfeso se desparrama a los pies de la colina de San Juan en un laberinto de callejas, casas, iglesias, establos y almacenes mientras los restos de un pasado glorioso se marchitan olvidados ante los ojos indiferentes de los actuales efesios. Para desesperación de Alejo, sus coterráneos sólo se acuerdan de la ciudad antigua cuando precisan piedra y mármol con los que contruir y embellecer sus moradas.

—Los acueductos, la gran biblioteca, el odeón, la vía Arcadiana, el teatro... ¡Todo arruinado! —se lamentaba— ¡Las grandes obras de nuestros antepasados reducidas a simples casuchas, malolientes establos, ruidosas tabernas y mugrientos burdeles! ¡Ni siquiera los Siete Durmientes son respetados!⁴⁸ ¡Ah, desgraciada Éfeso! ¡Sólo un nuevo Androclos⁴⁹ podría salvarte de las garras de los mezquinos e ignorantes seres que gobiernan tus destinos!

Estos ataques de nostalgia por un pasado que sólo conocía a través de las obras de los antiguos solían suceder a grandes francachelas en las que el vino corría generoso. Entonces nuestro retor comenzaba a rememorar los alegres días de su infancia, cuando jugaba al escondite con sus amigos entre los restos de palacios y templos de la ciudad antigua y daba rienda suelta a su juvenil fantasía, inventándose truculentas historias de batallas entre dioses y gigantes. Y, antes de derrumbarse en el diván más cercano, Alejo obsequiaba con un último reproche a sus provincianos paisanos:

⁴⁸ *Los Siete Durmientes*: famoso santuario dedicado a un grupo de mártires del siglo III d.C.

⁴⁹ Referencia a los míticos orígenes de la ciudad.

—¡Oro! ¡Oro! ¡Eso es lo único que hace vibrar el corazón de mis roñosos compatriotas! ¡Oh, Artemisa, confúndelos a todos! ¡Que Dios se apiade de sus mezquinas almas!

Muchas fueron las veces que los lamentos de Alejo por la antigua Éfeso nos proporcionaron a sus amigos impagables momentos de diversión, pero ahora que tenía oportunidad de verla de cerca le comprendía. Para un espíritu cultivado como el suyo la situación de ruina y abandono en la que se hallaba aquella, en otra época, magnífica ciudad debía producirle un dolor insoportable. Sí, es cierto, la gran avenida porticada que une el antiguo y enfangado puerto con la zona del gran teatro sigue siendo magnífica a pesar de las columnas rotas, caídas o robadas, como también lo es todavía el Ágora o la gran iglesia de San Juan; pero no es menos cierto que la sensación de vacío y soledad que emana de la vieja Éfeso se abate sobre el espíritu del viajero como una sombra maléfica. Sólo algunos ermitaños, vagabundos y amantes clandestinos rondan por aquel lugar en compañía de ratones, culebras, gatos y lechuzas. No es un buen lugar para que un viajero pase la noche. Para eso están los albergues. *La casa de Skilos* es uno de ellos.

Dejamos las ruinas a nuestras espaldas y enfilamos la vieja calzada que conducía a la colina de San Juan. A ambos lados del camino arbolado se extendían campos en los que el trigo y la cebada crecían fuertes y vigorosos, mientras que de los huertos cercanos al río Caystros nos llegaba el dulce aroma de los frutales y de la madreSelva. La primavera ya estaba avanzada y el día se prometía caluroso. Todos estábamos cansados de tanto cabalgar y ansiábamos llegar a nuestro destino para darnos un buen baño y, sobre todo, poder dormir a pierna suelta sobre un lecho digno de tal nombre. Pero como desconocíamos la situación exacta de la hospedería, tuvimos que preguntar a un joven arriero con el que nos cruzamos cerca de los arrabales de la ciudad.

—Tenéis que tomar ese camino de la izquierda —nos informó, señalando con la mano hacia un cruce—; la hospedería no tiene pérdida, está al final del sendero.

—Gracias, muchacho; toma, esto es para ti.

Demostrando buenos reflejos, el chaval cogió la moneda en el aire, alabó mi generosidad y siguió su camino seguido por sus mulas.

Siguiendo las precisas indicaciones del chico, no tardamos en tener a la vista *La casa de Skilos*. No parecía diferenciarse mucho de cualquier otra hospedería que uno pueda encontrarse a lo largo y ancho del Imperio: un edificio de dos plantas precedido por un amplio patio, rodeado por una alta tapia con una única entrada. Los establos y almacenes para las mercaderías se repartían la planta inferior, mientras que en la superior una galería sostenida sobre columnas de madera daba acceso a los alojamientos.

A la vista de los pocos animales que dormitaban en las cuadras no parecía que hubiese mucha clientela aunque en diciembre, cuando se celebre la fiesta del Santo Teólogo, la hospedería estaría llena hasta los topes. Y no precisamente de piadosos peregrinos sino de avispados mercaderes, pues la feria de Éfeso es famosa

en todo el Imperio y a ella acuden gentes de todas las regiones. Alejo me contó en una ocasión que sólo las tasas cobradas por las autoridades de Éfeso a la multitud de comerciantes que invaden en esos días la ciudad alcanzan las cien libras de oro.

Nada más atravesar el portón y entrar en el patio varios jóvenes criados se nos acercaron para ayudarnos a descabalgarnos y llevar nuestros caballos a los establos. También apareció el encargado del establecimiento, un viejo eunuco de rostro embotado y párpados caídos que se presentó a sí mismo como Gerásimo. Con prontitud se dispuso a tomar nota de nuestras supuestas identidades, trámite obligatorio exigido por las autoridades locales:

—¿Vuestros nombres, señores?

—Soy Manuel de Sardes. Estos que me acompañan son mi secretario Artemio y mis dos escoltas. Vamos de camino al puerto de Fygela para tomar un barco que nos conduzca a Corinto, ciudad en la que tengo importantes negocios que atender.

—¿Esperáis estar mucho tiempo en Éfeso?

—No más de tres o cuatro días.

Satisfecho con mis respuestas, Gerásimo nos asignó un cuarto y nos cobró nada menos que veinte follis por cabeza y noche.

—Si tú y tus acompañantes deseáis tomar un baño, bajad por esas escaleras del fondo —nos informó, mientras señalaba hacia un rincón del patio—; tenemos las mejores termas de Éfeso y os aseguro que no quedaréis defraudados. Y si tenéis hambre o sed, disponemos de una excelente cantina en la que siempre hay comida caliente y buen vino.

—Lo tendremos en cuenta, gracias. Por cierto, estoy buscando a un viejo amigo de Tesalónica; es un hombre entrado en años, calvo, grueso, de rostro afable y gran barba blanca. Tengo entendido que está aquí, en Éfeso. Dime, ¿se aloja aquí?

El eunuco frunció el entrecejo.

—No, noble señor, lo siento. No recuerdo a nadie de esas características que se haya alojado en la hospedería en estos últimos días. Y créeme, tengo buena memoria.

Hice un gesto de asentimiento y saqué una moneda de plata de la bolsa que colgaba de mi cinturón. La dejé caer en las manos regordetas del castrado.

—Si apareciese, haz el favor de avisarme a mí o a mis criados. Con discreción.

Los ojos del eunuco brillaron con avaricia.

—Eres muy generoso, señor. Descuida, te avisaré sin tardanza si tengo alguna noticia de ese *amigo* vuestro.

—Eso espero. Bien, vamos arriba a descansar un poco.

* * * *

Aunque el cuartucho en el que nos alojamos distaba de ser un aposento palaciego, no era peor que cualquiera de los muchos barracones militares y tiendas

de campaña que había conocido a lo largo de los años. De hecho, después de dos semanas durmiendo entre ruinas o a la intemperie, el recio jergón relleno de sucia paja sobre el que me dejé caer como un fardo se me antojó un mullido colchón repleto de suaves plumas.

Los alojamientos de la hospedería podían ser un tanto rústicos, pero a cambio – tal y como había asegurado el encargado– sus baños eran excelentes. Los mosaicos y azulejos que decoraban las paredes y el suelo procedían con seguridad de la ciudad antigua, pues en nuestros días no es frecuente que los artesanos de provincias estén muy al tanto de las andanzas de ninfas y faunos. Dotados de una sala caliente, otra templada y otra fría, también tenían una pequeña piscina y una sala de masajes. Esta última era en especial muy acogedora, pues estaba bañada por una cálida luz dorada que se derramaba desde las lucernas acristaladas que salpicaban su techo abovedado.

Nuestros maltratados cuerpos recibieron con agrado las caricias del agua y mis sentidos se embriagaron con las fragancias de aceites y jabones perfumados. Sin dudarle un momento, tras el baño me puse en manos de un hábil masajista mientras escuchaba divertido cómo Artemio trataba de convencer a Bolgar para que se dejase lavar su larga cabellera con un poco de jabón aromático.

—¡Déjame en paz, Artemio! —protestó el gigantón, blandiendo ante sus narices uno de sus poderosos puños—. ¡Mi pelo está perfectamente! ¡Una vez a la semana lo unto con grasa de cerdo y eso es más que suficiente!

Ante la contundencia argumental del ruso, Artemio decidió que era mejor dejarlo y reservar el jabón para su propia cabeza.

—Hacía tiempo que no disfrutaba de un buen baño —comentó Zenón, mientras chapoteaba en el pilón del fondo de la sala—; en Constantinopla siempre tengo demasiadas cosas que hacer: organizar patrullas nocturnas y guardias, sofocar incendios o perseguir ladronzuelos y criminales. Cuando quiero asearme un poco, tengo que contentarme con un remojón rápido en una tina de madera. ¡Bah, estos provincianos no saben la suerte que tienen! Creo que terminaré retirándome a alguna tranquila ciudad como ésta.

—Si de verdad quieres disfrutar de unas buenas termas, deberías visitar las de Dorilea. ¡Son enormes! Pasé allí un par de semanas, por orden de los físicos que me atendieron después de ser herido en Cilicia. Te lo juro, amigo, ¡uno sale de allí como nuevo!

El baño nos abrió el apetito, así que nos dispusimos a averiguar si el encargado también había dicho la verdad con respecto a la comida. La cantina era un pequeño local anexo a la hospedería, con paredes pintadas en vivos colores y decoradas con motivos geométricos. Además de las mesas y banquetas que se distribuían con cierto desorden por aquí y por allá, el mobiliario lo completaban varias estanterías de madera repletas de jarras, platos y fuentes de barro cocido y un amplio mostrador de mampostería –cubierto en su parte superior por una losa de mármol sin duda procedente de alguna ruina de la vieja Éfeso– que se abría a la calle para

dar de comer al hambriento y, sobre todo, de beber al sediento. Al fondo del local una puerta entreabierta conducía a la cocina y a la despensa; de allí salía una tentadora amalgama de aromas, desde frituras de pescado a albahaca y tomillo, desde pan caliente a tocino y laurel. Imposible resistirse.

No había mucha gente en aquel momento, así que no tuvimos que esperar para que nos atendieran, tarea que corrió a cargo de una guapa y sudorosa jovencita que volaba entre las mesas con la gracia de una abeja entre las flores. La chica nos informó de la oferta gastronómica del local y nos sirvió unas jarras de un vino de calidad más que aceptable.

Unos sabrosos capones asados bañados en una espesa salsa agridulce, acompañados de aceitunas, queso, un poco de pescado salado y unos deliciosos pastelillos recubiertos de miel nos sacaron de cualquier duda respecto a las capacidades culinarias de los efesios. Disfrutar de una comida digna de tal nombre es un placer por el que cualquier hombre civilizado debe estar dispuesto a pagar lo que le pidan. Claro que en esto último los efesios tampoco se quedan cortos.

Nuestro pequeño banquete tocaba a su fin cuando Zenón —a mi lado en la mesa— me llamó la atención sobre cierto individuo que, sentado en un rincón de la taberna, estaba dando buena cuenta de la jarra de vino que acababa de servirle la joven criada.

—Me pregunto quién será ese fulano —comentó en voz baja—. No ha dejado de observarnos desde que llegó hace un rato.

El sujeto en cuestión era un hombre de unos treinta y pocos años, alto, de severa tez morena y mirada fría. Sujetaba su frondosa cabellera con una cinta de seda roja y vestía una elegante túnica azul adornada con ribetes dorados, ceñida a su cintura por un estrecho cinturón de cuero del que colgaba una pequeña pero costosa daga, a juzgar por lo trabajado de su empuñadura.

—Sí, parece que está muy interesado en nosotros. ¡Por San Jorge! Fíjate en su vestimenta y en lo cuidado de su aspecto; desde luego, no parece un simple esbirro o un vulgar lugareño. Vamos a ver si podemos averiguar algo sobre él.

Con un chasquido de los dedos llamé la atención de la chica que nos había estado atendiendo y que también se había ocupado de servir a aquel galano personaje.

—¡Más vino muchacha!

Solícita, la moza se acercó con una jarra y rellenó nuestros vasos. Mientras nos servía, deslicé discretamente entre sus dedos unos cuantos follis. La muchacha me miró sorprendida.

—No le digas nada a tu patrón; esto es para ti. Dime, ¿sabes quién es ese hombre de la mesa del fondo al que acabas de servir?

La joven pelirroja miró de soslayo hacia donde estaba el tipo en cuestión, sonrió y se guardó las monedas.

—Señor, está claro que no eres de por aquí, pues en tal caso no me habrías preguntado semejante cosa —respondió—. Ese es Sofronio, hijo del dueño de esta hospedería, Skilos de Cirene, uno de los hombres más ricos de la región.

Contenta por la inesperada propina, terminó de servirnos el vino y se fue a atender a otros clientes.

—Bien, ya sabemos quién es —comentó Zenón—; pero eso no nos aclara gran cosa. ¿Por qué no nos pierde de vista?

—Tal vez le guste estar al tanto de quién va y quién viene por aquí o quizás... ¡Eh, se marcha!

En efecto, el tal Sofronio se había levantado y, tras colocarse bien el manto, se dirigió a la puerta.

—Zenón, síguelo. Llévate a Bolgar por si acaso.

—Buena idea. Vámonos, Bolgar.

Zenón y el ruso apuraron sus vasos y salieron detrás de Sofronio.

—Bueno, Artemio, ¿qué te parece si te encargas de averiguar algo más sobre el famoso Skilos de Cirene y su hijo?

Mi criado se me quedó mirando, un tanto sorprendido.

—Como ordenes, señor, pero, ¿cómo lo hago?

—No me dirás que no te has fijado en cómo te miraba la criada que nos ha estado sirviendo, ¿verdad?

Artemio se puso colorado.

—Bueno, yo... Sí, me he dado cuenta.

—¡Pues venga! Ponte a ello. No creo que te sea una tarea muy desagradable, ¿no? La moza es guapa, está bien formada y, a lo que parece, no es ninguna ingenua. Toma, aquí tienes algo de dinero, por si te hace falta.

—Gracias, amo.

—Un consejo, Artemio: procura ser delicado; si hay algo que las mujeres aborrecen es la rudeza.

O

Sábado, 21 de mayo de 959

Debió quedar muy satisfecha la joven Constancia con las atenciones que le prestó Artemio aquella noche, pues el informe que a la mañana siguiente me presentó mi ojeroso criado no podía ser más completo. Y sorprendente.

—Skilos no sólo es un próspero posadero, señor; también es el dueño, aunque él lo negará siempre, de los dos mayores burdeles de Éfeso y de un par de barcos mercantes anclados en el puerto de Fygela.

—¿Barcos? ¿Skylos tiene barcos?

—Sí, amo. Y, por lo que me contó Constancia, parece que esa parte de sus negocios tampoco está muy clara. Ella no lo sabía con certeza, pero se rumorea que buena parte de las mercancías que transportan los barcos de Skylos son puro contrabando. Muchas veces salen vacíos con rumbo desconocido y vuelven a los pocos días con las bodegas repletas.

—¡Caramba! ¡Cada día es más difícil encontrar un posadero honrado! Y supongo que Skylos tendrá algunos socios, ¿no?

—A tanto no he llegado, mi señor, pero entre las amistades de Skilos se encuentran casi todos los notables de la ciudad, incluidos importantes miembros del clero. Son habituales en las fiestas que organiza en su villa, que se levanta a medio camino entre Éfeso y Fygela. Y también es el protector de un monasterio cercano.

—Vaya, vaya —musité entre dientes—. Todo esto es muy interesante. Te felicito, Artemio. No podías haberlo hecho mejor.

—Señor, si no me necesitas, me gustaría ir a dormir un rato.

Artemio acompañó su ruego con un profundo bostezo y no pude evitar reírme.

—Está bien, vete a descansar.

Mientras Artemio ponía en peligro su alma inmortal entre los cálidos brazos de Constancia, Zenón y Bolgar habían pasado la tarde siguiendo los pasos de Sofronio, el elegante vástago de Skylos. Y también tuvieron muchas cosas interesantes que contar a su regreso a la hospedería, ya entrada la noche.

—Después de salir de aquí —me informó Zenón—, Sofronio se acercó hasta una pequeña iglesia de la acrópolis y allí asistió al oficio de hesperinos⁵⁰.

—Un hombre devoto, a lo que parece.

El armenio se encogió de hombros.

—No diría yo tanto. Verás, después de terminada la misa, Sofronio no tuvo el más mínimo reparo en dirigir sus pasos hacia una casa situada en una callejuela cercana al templo que resultó ser uno de los más grandes lupanares que recuerdo haber visto fuera de Constantinopla. Eso sí, no estuvo dentro mucho rato.

—¡Claro! Lo justo para ver cómo marchaba el negocio —comenté entre dientes.

—¿Acaso no te sorprende? —Se extrañó Zenón.

—En absoluto, amigo. Ahora te informaré sobre los negocios de Skilos y compañía. Pero antes, termina.

—Bueno, no hay mucho más que decir —prosiguió Zenón—; tras dejar el burdel, nuestro hombre se encaminó a una elegante mansión situada cerca de las murallas. Según nos enteramos preguntando en el vecindario, la casa pertenece a

⁵⁰ *Hesperinos*: vísperas.

un tal Jorge Meneikés, un rico terrateniente, miembro del consejo local y sobrino del metropolitano⁵¹ de Esmirna.

—¿Un amigo de Sofronio?

—Más bien de su padre; según parece, son socios en más de un asunto, aunque la gente no supo o no quiso decirnos de qué naturaleza. He dejado a Bolgar vigilando la casa, por si ocurre algo interesante.

—Buen trabajo, Zenón. Ahora voy a contarte lo que yo sé...

* * * *

Aunque durante la mañana lució un sol espléndido, conforme la jornada avanzó el aire se fue tornando cada vez más espeso y agobiante. Con el ocaso llegaron las nubes, el cielo se cubrió y, antes de la medianoche, una fenomenal tormenta descargó sobre Éfeso. El estrépito de los truenos y el resplandor de los relámpagos auguraban una larga noche de galerna, haciendo que los más timoratos se refugiasen en la oración rogando por sus almas ante iconos y crucifijos, no fuera a ser que aquella noche hubiese sido la elegida por el Todopoderoso para ajustar cuentas con sus hijos, siempre tan propensos a caer en la tentación.

Yo había vivido demasiadas tormentas al raso como para que me impresionase lo más mínimo el que una hubiese decidido instalarse sobre nuestras cabezas. Pero el continuo retumbar de los fuegos celestiales consiguió desvelarme, así que me levanté y salí a la galería.

La lluvia caía con fuerza sobre el techo de la hospedería y ya habían aparecido las primeras goteras en el entarimado de madera del corredor. El suelo también estaba mojado, pues el agua, al estrellarse sobre la barandilla de la galería, rebotaba hacia dentro salpicándolo todo. Pero el de la tormenta no era el único fragor que llenaba la noche; cuando el estallido de los truenos lo permitía, podía escuchar los profundos ronquidos de mis compañeros en la habitación contigua y los resoplidos de los animales, que se agitaban inquietos en los establos. Ellos también estaban desvelados.

Resignado a no pegar ojo me apoyé sobre la pared del cuarto y traté de poner orden en mis ideas. Aunque estaba claro que Skylos no era trigo limpio, que estuviese en tratos con Benjamín era algo que estaba por demostrar. Pero no cabía duda de que era el tipo de persona que uno necesita tener como aliado cuando se ve obligado a escabullirse a través de las cloacas de la sociedad; sus contactos entre las altas jerarquías de la ciudad y su trato más o menos cotidiano con los bajos fondos eran una estupenda garantía de discreción. Sin embargo, la vigilancia que Bolgar mantuvo toda la noche sobre la casa de Jorge no sirvió de gran cosa, así que decidimos esperar y ver qué pasaba. Si Skylos o su hijo estaban de alguna manera relacionados con Benjamín, a esas alturas el eunuco Gerásimo —el encargado de la hospedería— ya les debía haber puesto al tanto de que alojaba a unos forasteros que parecían muy interesados en la persona del mercader hebreo. Quizás el interés que

⁵¹*Metropolitano*: obispo ortodoxo. Superior eclesiástico de una capital de provincia.

Sofronio parecía haber sentido por nosotros se debiera a esa confidencia. Pero quién sabe...

Llevaba un rato allí, pensando en mis cosas, cuando unos crujidos del suelo de la habitación me dijeron que Artemio se había levantado. Al cabo de unos instantes abrió la puerta del cuarto y asomó la cabeza.

—¿Señor? ¿Estás ahí?

—Sí Artemio, aquí estoy.

—La tormenta me ha despertado y ya no he logrado volver a dormirme. Al levantarme no te he visto y me he alarmado, amo.

—Estoy bien, no te preocupes. Yo también estoy desvelado.

—Está lloviendo mucho, señor. Si continuas aquí fuera terminarás por mojarte. Deberías entrar.

Una aguda punzada de mi pierna herida le dio la razón a Artemio: el frescor de la noche se estaba convirtiendo en un frío húmedo que se metía en los huesos. Desde luego, mejor sería meterme dentro y volver al catre.

Ya había dado la vuelta para entrar en la habitación cuando creí escuchar un rumor de voces enojadas que parecía venir del patio. Movidio por la curiosidad, preguntándome quién podía elegir una noche así para discutir y aun a riesgo de un buen remojón, me asomé con cuidado por encima de la baranda.

—Señor, ¿qué haces? —preguntó extrañado Artemio.

Me llevé el dedo índice a los labios para indicarle que guardara silencio mientras con la otra mano señalaba hacia el patio. Sin duda preguntándose si estaba en mis cabales, Artemio se acercó a mí y miró hacia donde apuntaba mi dedo. De repente, su expresión cambió: él también pareció escuchar algo.

La lluvia, los truenos y la oscuridad formaban una espesa cortina a través de la que sólo nos llegaban palabras inconexas y formas confusas. Dos figuras, sin duda dos hombres, se adivinaban junto a la puerta de las cuadras. Fuera cual fuese el motivo de la conversación, debía tratarse de algo muy importante pues, de otro modo no se estarían exponiendo a la furia de los elementos de aquella manera.

Un gran relámpago cruzó en ese momento el cielo e iluminó por un instante el patio de la hospedería. A pesar del aguacero, el destello fue más que suficiente para que pudiera identificar a los dos individuos: se trataba de Sofronio y de Gerásimo.

—¿Han vuelto a preguntarte por Benj...?

El estallido de un trueno nos impidió escuchar el final de la pregunta de Sofronio, pero fue más que suficiente para que pudiese deducir el resto: «¿Han vuelto a preguntarte por Benjamín?» ¡Nuestras sospechas eran ciertas!

Teníamos que averiguar más. Procurando no hacer ruido, rodeamos la galería para situarnos sobre Sofronio y Gerásimo y poder escuchar mejor lo que decían. Un par de sonoros truenos ayudaron a ahogar nuestras pisadas sobre las viejas

tablas del piso del corredor. Ahora sólo restaba aguzar el oído y rogar a Dios que no nos descubrieran.

—No me fío de esos tipos, Gerásimo —estaba diciendo Sofronio—. Que yo sepa, Benjamín sólo esperaba encontrarse aquí con su socio Alejandro, pero no nos dijo nada de ese supuesto amigo suyo de Sardes. No me gustan; no me gustaron desde que les vi en la cantina.

Los cielos tronaron de nuevo y la lluvia arreció.

—¿Crees que son espías de Constantinopla, amo? —preguntó el eunuco con su voz afeminada.

—No lo sé, pero debo partir hacia la Panagia de inmediato en cuanto amanezca. Hay que poner a Benjamín sobre aviso.

¡Sofronio sabía dónde se ocultaba el hebreo! ¡Bendita tormenta!

—¿Y Constancia, señor? ¿Qué hago con ella? —volvió a preguntar Gerásimo.

—Esa jovenzuela ha tenido siempre la lengua muy suelta —gruñó Sofronio con frialdad—. Hora es de que reciba un buen escarmiento. Ve a por ella, Gerásimo; te espero detrás de la hospedería, junto a la Fuente de los Pájaros. Allí tendrá lo que se merece.

—Como ordenes, amo.

La conversación había terminado. Sofronio se cubrió la cabeza con la capucha de su manto y se perdió en el diluvio, mientras que el eunuco, tras asegurarse de que todo permanecía en calma, se dirigió a los establos, de donde no tardó en salir llevando algo en la mano; a la luz de otro relámpago, pudimos comprobar que se trataba de una cuerda. Sin pensárselo dos veces, Gerásimo se encaminó a los alojamientos de los criados.

Debíamos actuar. Y rápido.

* * * *

Gerásimo debía ser un excelente administrador, pero como facineroso no valía gran cosa. No sólo se dejó abierta de par en par la puerta del cuarto de Constancia mientras trataba de someterla, sino que la joven se defendió con uñas y dientes, no dejándose amedrentar en absoluto por los malos modos del eunuco; estaba demasiado acostumbrada a espantar gañanes y jovenzuelos como para que un medio-hombre gordinflón pudiera con ella. Las cosas pintaban mal para Gerásimo bajo aquella lluvia de patadas, insultos y arañazos, pero le fueron aún peor cuando Artemio, foribundo, entró en el cuarto como una tromba. El contundente puñetazo que le propinó hizo caer al eunuco al suelo, atolondrado y con dos dientes menos. Y sólo mi intervención evitó que Artemio le partiera la cabeza con una banqueta. Ni que decir tiene que Constancia se mostró sumamente agradecida con su fornido y valeroso amante.

—¿Estás bien, muchacha? —pregunté.

Todavía nerviosa, Constancia asintió.

—Bien. Artemio, quédate con ella y vigila a este elemento. Procura que no meta ruido.

Artemio acogió el encargo con evidente agrado.

—Se hará como ordenas, señor.

—Bien. Voy a despertar a Zenón y a Bolgar. Ahora le toca a Sofronio.

* * * *

La Fuente de los Pájaros no era más que un triste pilón de cantería en cuyo centro alguien, con un gusto cuando menos discutible, había instalado una pilastra de mediano tamaño de la que surgían media docena de caños que vertían de continuo un agua fresca y limpia. Según nos habían contado, en primavera y verano docenas de jilgueros, gorriones, ruiseñores, tordos y alguna que otra urraca se amontonan junto al pilón para refrescarse y de ahí el nombre del lugar. Claro que a aquellas horas de la noche no esperábamos encontrarnos con una alegre bandada de inocentes avecillas retozando en la fuente, pero sí con un pájaro de cuidado.

Aunque la tormenta comenzaba a alejarse de Éfeso, el cielo seguía derramando generoso sus dones sobre la ciudad. Junto a la fuente, Sofronio paseaba impaciente de un lado a otro, quizás preguntándose dónde cuernos se habría metido Gerásimo. En su mano derecha se agitaba nerviosa una larga fusta de cuero, sin duda destinada a flagelar las suaves carnes de Constancia. Puede que incluso rondase por su cabeza la idea de ahogarla en el pilón y deshacerse del cuerpo en cualquier estercolero. Al fin y al cabo, ¿qué importaba una mísera vida más o menos?

Quizás, de no haber estado tan absorto en sus pensamientos, Sofronio habría estado más atento a lo que ocurría a su alrededor. También pudo ser que la lluvia y la oscuridad le hicieran bajar la guardia o que no esperase que a él, el hijo de Skylos, el hombre más influyente de la ciudad, pudiera pasarle algo semejante. Pero, en cualquier caso, atraparlo fue tan fácil que ni siquiera merece la pena que se cuente.

π

Domingo, 22 de mayo de 959
Monasterio de la Panagia Théotokos⁵²
A cuatro millas al norte de Fygela

Como tantos otros a lo largo y ancho del Imperio, el monasterio de la Panagia Théotokos era más una pequeña fortaleza que un lugar de recogimiento, trabajo y oración. Levantado al abrigo de un imponente cerro desde cuya cima podía divisarse toda la extensión de la comarca hasta las mismas puertas de Fygela, el

⁵² *Panagia Théotokos*: Santísima Madre de Dios.

monasterio había dado cobijo en muchas ocasiones a los lugareños que huían despavoridos de sus hogares en cuanto llegaban noticias del avance de un ejército sarraceno o de la próxima arribada de galeras piratas a la caza de botín y esclavos. Protegidos tras sus fuertes muros, las mujeres y los niños se refugiaban en la iglesia mientras los hombres –monjes, criados, campesinos y milicianos– se aprestaban a la defensa, con la secreta esperanza de que los invasores pasasen de largo contentándose con desvalijar sus hogares y quemar las cosechas.

Con el tiempo las cosas fueron mejorando e incluso los asaltos de los corsarios árabes –la amenaza más directa en aquella región– se hicieron más esporádicos ante la cada vez mayor eficacia de la flota. Mientras, el viejo monasterio veía cómo el viento de la historia soplaba en su contra, pues, con la recobrada prosperidad, nuevos y ricos cenobios fueron construidos en toda la región por poderosas y pías familias ansiosas no sólo de ganarse un lugar en el Cielo sino también de aumentar su influencia y prestigio. Incapaz de hacer frente a semejante competencia, las celdas del monasterio de la Panagia se fueron vaciando poco a poco hasta que llegó un día en que sólo las habitaban una docena de viejos monjes, demasiado pobres y cansados como para poder hacer frente a la tarea de mantener en condiciones su decrepito hogar. Sólo la solidaridad de los aldeanos y las magras rentas obtenidas de la explotación de sus huertos y campos les permitían, más o menos, sobrevivir.

Y fue entonces cuando ocurrió el milagro. Un buen día se presentó en el monasterio un acaudalado caballero –Skylos de Cirene– cuya devoción era sólo comparable a su prodigalidad, como quedó de manifiesto con la propuesta que puso sobre la mesa del sorprendido abad: correr con todos los gastos necesarios para devolver a aquella santa casa su antiguo esplendor y asegurar el bienestar de la pequeña comunidad a cambio de poder hacer libre uso de unos viejos almacenes anexos al monasterio. Confuso ante aquel ofrecimiento, el virtuoso Sergio sometió el asunto a la consideración de sus hermanos, que no dudaron en dar su aprobación a la propuesta pues, como dijo uno de ellos: *«nuestra necesidad es mucha y de lo único que andamos sobrados es de espacio»*.

Fiel a su palabra, Skylos abrió su bolsa y la de sus socios y el viejo monasterio volvió a la vida. Se llenó de albañiles, carpinteros, poceros, herreros, jardineros, cristaleros, mosaístas, orfebres, pintores... Los mejores artesanos de Éfeso y Esmirna fueron contratados para la ocasión sin reparar en gastos. La pequeña iglesia monástica fue prácticamente reconstruida y en sus custodias encontraron digno alojamiento la túnica de San Juan y un clavo de la cruz de San Pedro, sacrosantas reliquias donadas por el metropolitano de Éfeso. Claro que no todo en la vida es oración y las reformas y mejoras también alcanzaron a aspectos más mundanos, como los baños, la cocina, el refectorio, la cisterna y las propias celdas; todo fue reformado, mejorado o rehecho.

Para aquellos humildes e ingenuos monjes, tamañas muestras de generosidad por parte de Skylos sólo podían ser fruto de su enorme amor a Dios. El mercader parecía valorar más el beneficio de su alma que el cuidado de su bolsillo, pues era un asiduo de los oficios que se celebraban en la renovada iglesia y siempre estaba

dispuesto a dar muestras de su liberalidad para con los pobres. Incluso había manifestado que deseaba entregar sus últimos años a la vida monástica. ¿Qué podía importar, entonces, que emplease unos desvencijados almacenes como depósito de sus mercancías?

Claro que Sergio y sus compañeros nunca habían caído en la cuenta de lo atractiva que podría resultar la inviolabilidad de un monasterio para un mercader necesitado de un buen lugar donde ocultar géneros de dudosa procedencia. Ningún interventor imperial osaría meter allí las narices y menos sin contar con el apoyo de las autoridades locales que, dicho sea de paso, tampoco tenían excesivo interés en que ocurriese tal cosa. Al fin y al cabo, ¿a quién podía preocuparle que la tesorería imperial perdiese unas cuantas libras de oro en concepto de tasas y derechos de aduana? Ese dinero estaba mejor en las manos de los honrados y poderosos señores de Éfeso.

En lo que a mi me concernía, lo de menos era que los tinglados del monasterio de la Panagia estuviesen llenos de suaves brocados, delicados muebles de nobles maderas, caros y espesos perfumes o valiosas especias. Lo importante era que allí dentro se ocultaba un hombre: Benjamín de Tesalónica.

Que el hebreo se hubiese escondido dentro de un cenobio cristiano no dejaba de tener su gracia. Benjamín era un hombre sin demasiados escrúpulos religiosos, aunque, dado su oficio y amistades, tampoco era tan extraño: los mercaderes son siempre los primeros en cambiar de credo cuando las circunstancias lo hacen aconsejable.

* * * *

El portón crujió sobre sus goznes y se entreabrió. Un viejo monje de tímida y llorosa mirada asomó su tonsurada cabezota y nos escrutó de arriba abajo, antes de preguntar:

—¿Qué deseáis, hermanos?

—Discúlpanos, padre. Me llamo Manuel de Sardes y éste es Zenón, mi secretario. Vamos camino de Corinto para resolver allí ciertos negocios. Hace unos días llegamos a Éfeso y en esa ciudad nos han hablado de la santidad de este bendito monasterio y de las reliquias que en él se cobijan, así que hemos venido hasta aquí con el propósito de rezar en vuestra iglesia y de dar gracias a Dios por la protección que nos ha brindado en nuestro venturoso viaje. También quisiera ofrecer una generosa limosna para ayudar al sostenimiento de esta santa casa.

El anciano acogió mis palabras con evidente regocijo y abrió el portón de par en par.

—¡Oh, peregrinos! ¡Sed bienvenidos, hermanos! ¡Pasad y descansad! Dentro de poco se iniciará la santa misa y tendréis ocasión de ver cumplidos vuestros deseos. No os preocupéis por los caballos, nuestros mozos los llevarán a los establos.

—Os quedamos muy reconocidos por vuestra hospitalidad, padre —agradecí.

—Ésta es vuestra casa, hermanos. Voy a anunciar al higúmeno⁵³ vuestra visita para que os reciba y os dé su bendición. Mientras, esperad aquí, bajo el emparrado, disfrutando de la sombra y de una jarra de buena y fresca agua.

El monje, que dijo llamarse Tadeo, hizo una seña a un joven novicio que estaba llenando unos cántaros en el pozo y le ordenó que nos acercara una vasija llena de agua. Zenón y yo la aceptamos con agrado, pues el sol estaba en todo lo alto y el calor comenzaba a apretar de nuevo. Mientras, el simpático anciano arrastró a toda prisa su cojera hasta la cercana iglesia.

Aprovechando que nos habíamos quedado solos, echamos un vistazo a los alrededores para situarnos. El recinto tenía forma cuadrangular, con una ligera elevación del terreno hacia el norte, en el lado del cerro. A lo largo de los muros se apretujaban las pequeñas celdas de los monjes, los talleres, los baños, las letrinas y la cocina, mientras que en el extremo más alejado, junto a los corrales, se alineaban los almacenes, a los que se podía acceder desde el exterior a través de un gran portalón. Cerca de la entrada, un sencillo edificio de ladrillo y piedra acogía el refectorio y la pequeña biblioteca.

El centro del gran patio estaba ocupado por la iglesia de la Panagia, un esbelto y elegante *katholikon*⁵⁴ construido con pequeños bloques de piedra cincelados con maestría. Estrechos ventanales enrejados se abrían a intervalos regulares a lo largo de las paredes, enmarcados por arcadas y falsas columnas. Idéntico esquema se repetía en el alto tambor que sostenía la cúpula que coronaba la iglesia, rematada por una brillante cruz dorada que proclamaba a los cuatro vientos la grandeza de Cristo resucitado. Entre la iglesia y el muro occidental se extendía un jardín cuidado con esmero y cariño, que ofrecía al visitante un gozoso espectáculo de flores, frutales y pájaros cantarines.

—Un lugar agradable para pasar los últimos años de la vida, ¿verdad, Zenón? —comenté—. Desde luego, el dinero del bueno de Skylos ha sido bien invertido y debe reportarle sustanciosos intereses, tanto materiales como espirituales.

A mi lado, Zenón también parecía disfrutar de la belleza y el sosiego del lugar.

—Sí, reconozco que no me importaría quedarme aquí una temporada, descansar de tanto ajeteo y aclarar algunos asuntos pendientes con Dios nuestro Señor.

Por un instante traté de imaginarme a Zenón trasquilado, vistiendo el humilde hábito de los monjes, entregado a la oración y al cuidado de los manzanos. Conociéndole, me costó contener la risa.

—Bueno, mejor será que dejemos de soñar despiertos. Tú y yo no estamos hechos para esta vida; no aguantaríamos ni una semana aquí metidos, aunque viendo las uvas que crecen en esta pérgola creo que por lo menos disfrutaríamos de un vino excelente. ¡Ah, mira! Por ahí sale nuestro amigo Tadeo.

⁵³ *Higúmeno*: abad o superior del monasterio.

⁵⁴ *Katholikon*: iglesia central monástica.

Desde la puerta de la iglesia, el anciano nos hacía señas para que nos acercáramos.

—Bien, vamos a ver si Sofronio nos ha dicho la verdad.

—Francamente, Manuel, el pobre tipo estaba tan asustado cuando le interrogamos que no creo que ni se le pasara por la cabeza la idea de engañarnos. Además, no habría ganado nada con ello: Sofronio valora más la integridad de su pescuezo que la lealtad hacia la familia.

—¡Venid, hermanos! —nos reclamaba exultante el monje—. Nuestro higúmeno, el venerable aba⁵⁵ Sergio, está deseoso de recibirnos. ¡Entrad!

Un cálido aroma a cera e incienso nos saludó desde la penumbra nada más traspasar la puerta de la iglesia. Enseguida nos dimos cuenta de que allí Skylos había gastado mucho —muchísimo— dinero, pues el interior del templo era suntuoso en extremo: el mármol verde, rojo y blanco que recubría suelos y paredes, competía en esplendor con el pan de oro que envolvía los capiteles de las pequeñas columnas que adornaban el altar, con la plata de los incensarios y relicarios y con el bronce de las arañas y candelabros que iluminaban con su dorada luz el interior de aquella pequeña maravilla.

De gran belleza eran también los mosaicos que adornaban ambos lados de la entrada. Uno representaba la Anunciación y otro la Ascensión de nuestra Señora, y costaba trabajo decir cuál de los dos era el más hermoso; pero empalidecían al compararlos con el gran mosaico absidal, que mostraba a la Virgen orante entre San Pedro y San Pablo. La minuciosidad del detalle y la precisión con la que estaban encajadas las teselas parecían dotar de vida a las imágenes.

Al llegar al centro de la nave, Tadeo se arrodilló y santiguó, cosa que también hicimos nosotros.

—Hermanos, levantad la vista y contemplad la Gloria del Señor —nos pidió con un hilo de voz.

Así lo hicimos y quedamos impresionados. Encima de nuestras cabezas, sobre un fondo dorado, una grandiosa imagen de Cristo triunfante, un gran pantocrátor digno de cualquier templo capitalino, nos contemplaba severo desde la cúpula. Su mano izquierda sostenía un ejemplar de las Sagradas Escrituras sobre el que los dedos índice y corazón de su mano derecha conducían la vista de los fieles hacia un conocido pasaje del Evangelio de San Juan: «*Yo soy la luz, yo soy la vida, yo soy la resurrección. Los que creen en mí no morirán jamás*». Al contemplar aquel rostro serio, anguloso y barbado, de pómulos sonrosados y espesa cabellera, uno sentía un estremecimiento recorrer su cuerpo, pero también una profunda sensación de sosiego inundar su alma. Por un instante tuve la certeza de que los ojos de Nuestro Señor se clavaban en los míos para decirme que mis muchos pecados estaban escritos en los libros del Cielo pero que serían al final perdonados si actuaba con rectitud y humildad el resto de mi vida. No estaba seguro de poder cumplir tal cosa.

⁵⁵ *Aba*: título aplicado a los monjes, derivado del arameo *apa* (“padre”).

—Vuestra iglesia es muy hermosa, padre. Digna de la santidad de esta casa.

Aunque esté mal el decirlo, el monje no podía ocultar su orgullo.

—Gracias, hermano. Venid por aquí. Aba Sergio os espera.

Tadeo abrió una pequeña puerta medio escondida a la derecha del iconostasio y nos invitó a pasar. Dentro, sentado junto a una ventana, el virtuoso aba Sergio, un arrugado septuagenario que parecía estar a punto de entregar su alma a Dios en cualquier momento, consultaba un grueso menologio primorosamente ilustrado. Al oírnos entrar levantó la vista del libro y nos escrutó con la mirada.

—Padre, estos son los peregrinos de los que os he hablado: Manuel de Sardes y Zenón —anunció Tadeo.

El viejo aba se levantó con dificultad de su sillón y avanzó hacia nosotros dibujando en su ajado rostro un rictus que en otros tiempos debió de ser una sonrisa. Zenón y yo nos inclinamos ante él para recibir su bendición.

—Bienvenidos, hijos míos. Que Cristo nuestro Señor guíe vuestros pasos y os salvguarde de todo mal.

—Santo padre, no sabéis como ansiábamos este momento.

La entrevista con el higúmeno transcurrió por los cauces habituales en estos casos. Para el venerable anciano yo era uno de tantos piadosos y acaudalados señores necesitados de paz de espíritu y dispuesto a hacer una más que generosa contribución a las arcas del monasterio a cambio de algo de hospitalidad y de oración. Gracias al botín que obtuvimos en el campamento de Filareto pude representar muy bien mi papel de rico mojígato; el peso de la bolsa hizo que el buen Sergio abriera los ojos como platos y pusiera a nuestra disposición todo lo que pudiésemos necesitar. Si lo deseábamos, nos dijo, podíamos pasar allí la noche, pues el monasterio disponía de un albergue para peregrinos y viajeros.

—Precisamente desde hace unos días se hospeda aquí un cortés caballero, el protonotario Cristóforo. Es un buen amigo de nuestro benefactor, Skylos de Cirene, a quien Dios guarde muchos años —nos informó Sergio—. Su devoción le ha llevado a preferir alojarse con nosotros antes que en la casa del buen Skylos.

Aquello era justo lo que deseábamos oír.

—Un personaje admirable el tal Cristóforo, por lo que parece.

—Es una persona reservada, entregada a la oración y a la reflexión —dijo el higúmeno—. Esta noche, durante la cena lo conoceréis.

—Os quedo muy agradecido por todo, Beatitud.

—Somos nosotros los que te debemos dar gracias, hijo.

Después de asistir a la santa misa Tadeo nos condujo hasta el refectorio, una amplia sala presidida por una gran mesa en forma de media luna alrededor de la que podían acomodarse más de treinta comensales, aunque en aquel momento no éramos más de veinte personas. Tras dar gracias a Dios nos fue servida una sencilla pero sabrosa cena mientras escuchábamos párrafos de los Hechos de los Apóstoles.

En un momento dado, Sergio, a cuyo lado estábamos sentados, nos llamó la atención sobre uno de los presentes, que consumía en silencio su pitanza en un extremo de la mesa.

—¿Ves aquel hombre de allí, el grueso caballero de barba blanca y facciones amables? Es el protonotario Cristóforo. Es una persona en extremo sencilla, discreta, juiciosa y además, cultísima, pues no sólo conoce al dedillo las Sagradas Escrituras, sino también los escritos judíos y el Corán de los islamitas. Creedme si os digo que conversar con él es un auténtico placer para el intelecto.

Miré detenidamente al sujeto en cuestión y sonreí para mis adentros al imaginarme la sorpresa que podría llevarse el simpático abba Sergio si llegase a descubrir quién era en realidad la persona que se alojaba desde hacía días en su amado monasterio. Porque allí, cenando tan tranquilo entre aquellos cándidos monjes y haciendo gala de una osadía sin límites, estaba Benjamín de Tesalónica, el mercader hebreo cuyo rastro habíamos venido siguiendo desde la lejana Constantinopla.

* * * *

Con la noche llegó el obligado silencio, impuesto por el toque del simandro a la duodécima hora. Los monjes se recluyeron en sus celdas para realizar sus últimas oraciones y nosotros hicimos lo propio en nuestro alojamiento. Sin embargo, no pensábamos permanecer demasiado tiempo allí.

A eso de la medianoche Zenón y yo salimos del albergue, procurando hacer el menor ruido posible y nos dirigimos hacia la solitaria celda de Benjamín. El día siguiente era el acordado por Alejandro y el hebreo para reunirse en Éfeso y emprender juntos la huída hacia Creta. Que Benjamín siguiese aún en el monasterio significaba que éste no estaba al tanto de la muerte de su compinche ni de nuestra presencia en la ciudad.

Las celdas no eran más que unos diminutos cubículos rectangulares en los que apenas cabía algo más que un camastro, un taburete y una mesa. La única fuente de luz natural era un ventanuco enrejado por el que difícilmente podía asomar la cabeza de un hombre, así que, con la seguridad de que nuestra presa no tenía escapatoria alguna, llamé a la puerta.

Silencio.

—Espero que no se nos haya escapado —susurró Zenón.

Volví a llamar, un poco más fuerte. Esta vez se escuchó un suave rumor de pasos dentro de la celda.

—¿Quién llama? —preguntó una voz somnolienta.

—¡Abre hermano Cristóforo! El higúmeno desea verte de inmediato.

—¿A estas horas? ¿Qué ocurre?

—Ha llegado un mensaje urgente para ti.

—¿Un mensaje? ¿De quién?

—De un tal Alejandro Coerina, hermano.

Durante unos instantes pareció que Benjamín dudaba.

—Un momento —dijo al fin.

Al otro lado un cerrojo de madera se descorrió despacio. La puerta se entreabrió dejando escapar la débil luz de una pequeña vela. Rápido como el rayo, Zenón propinó un fuerte empujón a la puerta, haciendo caer al suelo a Benjamín, sobre el que se abalanzó antes de que pudiera reaccionar. Tras asegurarme de que nadie había sido testigo de nuestra acción, entré en la celda y cerré la puerta.

El monasterio volvió a quedar envuelto en la más silenciosa de las oscuridades.

ρ

Lunes, 23 de mayo de 959

Monasterio de la Panagia Théotokos. Madrugada

Quizás la mayor sorpresa que nos reparó la captura de Benjamín fue la pasmosa tranquilidad con la que, pasados los primeros instantes de desconcierto, reaccionó el hebreo. Sabiéndose sin escapatoria, nuestro hombre no ofreció resistencia alguna.

—No es necesario que me atéis y amordacéis, señores. No pienso tratar de huir ni de ponerme a dar gritos. No voy a rebajarme a eso. Está claro que todo ha terminado para mí.

Zenón y yo nos miramos algo sorprendidos, pues no esperábamos en absoluto escuchar semejante cosa. Levantamos al hebreo del suelo y le sentamos en el taburete mientras nosotros permanecíamos de pie junto a él.

—Tu auténtico nombre es Benjamín de Tesalónica, ¿no es cierto?

El judío asintió.

—Así me llaman, aunque para estos buenos monjes sea Cristóforo, el protonotario. Y algo más allá —añadió, señalando hacia el ventanuco—, en tierras mahometanas, también me conocen por Hassam ibn Abdallah, un rico mercader de Edesa, ciudad de la que, por cierto, guardo recuerdos muy agradables. Pero no creo que eso os interese demasiado ¿verdad?

Mientras el hebreo hablaba, Zenón había encontrado y vuelto a encender la vela. Al aumentar la luz pude fijarme mejor en el rostro de Benjamín, o como quiera que se llamase aquel hombre. Aunque la edad estaba empezando a pasarle factura, no cabía duda que la vida le había tratado bien.

—Pareces muy tranquilo para estar en la situación en que te encuentras.

—Sinceramente, hijo, nunca pensé llegar a esta edad; así que, como comprenderás, la muerte no me asusta en absoluto. Me ha rondado cerca tantas

veces que he llegado a perderle el respeto. Si tienes que matarme, adelante. Pero antes me gustaría saber quién es mi verdugo.

—Me llamo Manuel Kolastés, soy oficial del regimiento Excubitores y estoy aquí siguiendo órdenes directas del jefe de la guardia palatina, el Doméstico Nicéforo Focas.

Zenón me miró un tanto perplejo. No es desde luego frecuente que los interrogadores se identifiquen ante sus víctimas.

—Estamos al tanto de toda la conjura que el Drongario Bringas, Alejandro Coerina y tú habéis urdido para hacer llegar a manos del emir de Creta información secreta sobre la invasión de la isla —proseguí—. Como supondrás, ya hemos recuperado los pergaminos; están camino de Constantinopla. En cuanto a Alejandro, su cuerpo se pudre entre las ruinas de una aldea cerca de la finca de su tío Filareto. Por supuesto, nos contó todo lo que sabía. Así que aquí estamos, aunque he de reconocer que sin la desinteresada colaboración de Sofronio, el hijo de tu amigo Skylos, tal vez no te habríamos localizado tan pronto.

El hebreo no pudo evitar sonreír con amargura mientras escuchaba mis palabras.

—¡Sofronio! Siempre ha sido un cretino. ¿También está muerto?

—No, pero le tenemos a buen recaudo.

—¿Y Skylos?

—En su casa, dedicado a sus trapicheos y sin duda preguntándose dónde se habrá metido su hijo. A propósito, ¿cuánto tiempo lleváis siendo socios?

—Desde siempre. Nuestros padres ya se conocían y nosotros no hicimos más que seguir la tradición familiar, aunque mis actividades no se limitaron al comercio de lino y sedas. Ya sabes, los mercaderes nos movemos mucho, hablamos con todo el mundo y siempre tenemos los oídos bien dispuestos.

—¿Has trabajado antes para Bringas?

Benjamín suspiró, cansado, y bajó la vista al suelo.

—Para Bringas, para Curcuas, para Bardas, para el propio Nicéforo... Los poderosos señores de la Romania han recurrido a mis servicios siempre que lo han considerado oportuno. No podía negarme, pues el bienestar de mi familia dependía de ello y ya sabes que los judíos debemos ser cuidadosos en nuestras relaciones con el poder. Pero no creas que me arrepiento; el Imperio sabe ser generoso con los que le ayudan.

—Ya veo. Y supongo que Skylos se habrá visto beneficiado, ¿no?

—Por supuesto. Hay que cuidar los intereses de los amigos; nunca se sabe cuándo pueden ser necesarios.

Benjamín hablaba con voz firme y clara, sin ningún asomo de miedo o preocupación. Me senté en el borde del camastro y le observé con detenimiento. Su comportamiento y actitud eran sorprendentes; tranquilo y sosegado, respondía a

mis preguntas como si todo aquello no fuera con él. Desde luego, tal y como nos había advertido Sergio, Benjamín era todo un personaje. A indicación mía, Zenón le ofreció un poco de agua, gesto que el judío agradeció.

—¿Cuándo y cómo te viste complicado en el asunto de los documentos robados?

—Hace dos meses recibí en mi casa de Tesalónica una carta del Drongario José Bringas en la que me ordenaba comparecer ante él en Constantinopla para tratar de ciertos asuntos de gran importancia. Reconozco que la misiva me causó cierta inquietud, dado el tono en que estaba escrita, pero no podía hacer otra cosa que obedecer. Aproveché, pues, que una delegación de colegas míos se desplazaba a Bizancio para tratar de negocios y me entrevisté con Bringas en su residencia particular de Gálata. Allí me expuso sus planes.

—¿Y cuáles eran?

—Según me explicó Bringas, el emperador Romano y él están en tratos secretos con el emir de Creta, Abd al-Aziz ben Habib, para formalizar un tratado de paz con el que se pondría fin a las rapiñas de los piratas mahometanos en los mares y costas de la Romania. A cambio, el emir recibiría un generoso tributo anual y los mercantes cretenses tendrían libre acceso a los principales puertos del Imperio, mientras que los comerciantes romanos disfrutarían de derechos preferentes, tanto en la isla como en otros puertos de Levante. Las negociaciones están siendo muy complejas, pues no sólo afectan a los intereses de Creta y del Imperio, sino también a los del emir de Tarso, Seyf ad-Dawlah, que no está muy interesado en que tal tratado llegue a firmarse.

—Es lógico —comenté—. Después de las derrotas que ha sufrido Seyf el año pasado frente a Juan Zimiskés, lo que menos le interesa es que el Imperio vea pacificado uno de sus frentes tradicionales. Pero prosigue.

Benjamín buscó una postura más cómoda en el duro taburete de madera y siguió hablando.

—El caso es que los cretenses no terminan de fiarse, pues saben que la postura de Bringas y de Romano no es compartida por el emperador Constantino, muy influido por Nicéforo y por los otros altos mandos del ejército, que apuestan por una solución exclusivamente militar.

—Pero los transportes están siendo construidos en los astilleros militares —hizo notar Zenón—. Y nada se hace en sus gradas sin permiso del Drongario, ¿no?

—Bringas sospecha que los Focas tratan de desacreditarle frente a Constantino para arrebatarse el control de la armada imperial; por eso está colaborando en la construcción de la nueva flota: tiene que cubrirse las espaldas. Pero, créeme, entre sus planes no está el embarcarse en una aventura militar tan compleja y arriesgada como es la invasión de Creta. No cree que tenga éxito y, lo más importante, considera que un hipotético triunfo sólo beneficiaría a sus grandes enemigos: los Focas, Basilio *el Pájaro* y su círculo de cortesanos.

No me cabía duda alguna de que Benjamín estaba diciendo la verdad; todo lo que nos había contado coincidía hasta el momento con mis propias elucubraciones. Además, aun sumida en la penumbra, su mirada traslucía la sinceridad del hombre cansado, harto de soportar una tarea que no parecía ser de su agrado. Más que una confesión, su relato era un profundo desahogo; más que preocupado por su captura, parecía aliviado.

—Entonces, los documentos robados...

—Son la garantía que Bringas ofrece a Abd al-Aziz. El objetivo del castrado no es llevar a la flota imperial a un nuevo desastre militar ante los cretenses, pues eso les envalentonaría en exceso, sino ganar tiempo para que las negociaciones lleguen a buen puerto y nunca mejor dicho. En su momento se encargaría de hacer público que los mahometanos estaban en conocimiento del plan de invasión y que el responsable del desaguisado era Nicéforo Focas, pues sólo a él correspondía la custodia de tal información. Con los Focas caídos en desgracia y el ataque a Creta aplazado a la espera de mejor ocasión, nada impediría el triunfo de la estrategia negociadora de Bringas. Cuando se firmase el tratado, Romano y él aparecerían como los artífices de la paz; el viejo Constantino se vería obligado a abdicar en su hijo, y Bringas, como hombre de confianza de Romano, se haría con las riendas del Imperio. Mi misión era asegurarme de que los documentos en cuestión llegaran sanos y salvos a manos del emir Abd al-Aziz y despejar cualquier duda que pudiera albergar sobre los auténticos propósitos del Drongario.

—¿Y Alejandro? —preguntó de nuevo Zenón, mientras acercaba de nuevo la jarra del agua a Benjamín— ¿Fue elegido por Bringas para cargar con el trabajo sucio?

—Por supuesto. Un hombre como él, resentido y dispuesto a todo con tal de vengarse de sus jefes, era el ideal para ese trabajo: no se pararía ante nada ni ante nadie. Además, contaba con un fiel servidor, Tomás. Por cierto, ¿qué ha sido de él?

—Precedió a su amo por la senda de la muerte —respondí.

—Bueno, no se ha perdido gran cosa. Era una auténtica alimaña. Aún recuerdo cuando Alejandro le ordenó deshacerse de un criado sospechoso; no sé qué fue del pobre desgraciado, ni si era un hombre de Nicéforo o no, pero estoy seguro de que Tomás disfrutó con el encargo.

No cabía duda de que Benjamín se refería al desdichado Nicón.

—¿Te dijo Bringas dónde estaban los documentos?

—Sí. Me contó que estaban ocultos en la casa de un copista que era pariente de Alejandro, un tal Nicetas, un hombre de confianza de Nicéforo.

—¿Cómo se enteró?

—No me lo dijo —respondió Benjamín—, pero supongo que tiene sus propias fuentes de información. Al fin y al cabo, la Corte es un nido de víboras y soplones.

—Tienes toda la razón. Dime, ¿llegó a saber Bringas por qué estaban los documentos en casa de Nicetas?

—El castrado suponía que Nicéforo no se fiaba de su gente y que se los había confiado a alguien de su absoluta confianza.

—Ya veo. Otra cosa, ¿de quién fue la idea de asaltar la casa de Nicetas y acabar con él?

A la débil luz de las velas, la faz de Benjamín pareció ensombrecerse.

—Nunca me perdonaré semejante crimen, aunque yo no lo cometiera: fue a través de mí que Alejandro se enteró de que su primo ocultaba en su casa los pergaminos. No le tembló en absoluto la voz cuando ordenó a Tomás que se hiciera con ellos al precio que fuera.

—A fe mía que Tomás y sus amigos cumplieron el encargo a rajatabla — comentó mordaz Zenón.

El hebreo guardó silencio y clavó sus ojos en los míos.

—¿Qué más quieres saber?

—Bueno, supongo que, como enviado de Bringas y de Romano ante Abd al-Aziz, además de los documentos robados serás portador de algún tipo de carta o documento, firmado por alguno de ellos, que te justificase ante los cretenses. ¿Estoy en lo cierto?

Benjamín esbozó una triste sonrisa.

—No se te escapa nada, ¿verdad, conde? Nicéforo sabe elegir a su gente. ¡Por supuesto que tengo esa carta! Lleva el sello imperial y está escrita sobre un pergamino púrpura con letras doradas. La tienes ahí, escondida en el doble fondo de la arqueta que hay en la hornacina, detrás de tu compañero.

Zenón se dio la vuelta y cogió la arqueta, una tosca obra de madera policromada, obra de algún artesano local que había puesto en el empeño más determinación que habilidad. Su interior estaba en apariencia vacío, pero bastó con que los hábiles dedos del armenio manipulasen un poco en el fondo para que éste se levantara y quedase a la vista un estuche de cuero, atado por un par de cintas del mismo material.

Zenón me entregó el estuche. Desaté las cintas y saqué de la bolsa un pergamino cuidadosamente plegado y sellado. Las insignias imperiales invitaban a mantener las manos lejos del documento, pero ya había llegado demasiado lejos como para detenerme ante un simple lacre.

—Veamos... —susurré mientras rompía el sello y desplegaba la carta.

«De Romano, por su fidelidad a Dios Autócrata, Augusto y Gran emperador de los romanos, a nuestro muy estimado y nobilísimo Abd al-Aziz ben Habib, Emir de Jandax, Señor de Creta.

Que Dios Todopoderoso te guarde y te colme de bendiciones.

En tiempos recientes nuestro fiel José Bringas, Drongario de la Flota y Patricio de los Romanos, ha mantenido contactos con tus delegados, en el convencimiento de que es posible llegar a un beneficioso acuerdo para ambos, con

el que podremos solventar de forma pacífica y conveniente las diferencias que desde tiempos ya lejanos nos enfrentan.»

Como todos los escritos oficiales, el texto era farragoso, prolijo y petulante. Pero su lectura no tenía desperdicio. Seguí leyendo en silencio y enseguida llegué al párrafo decisivo:

«Es por ello que, para responder a la exigencia de garantías que planteas, el portador de esta misiva va a hacerte entrega de unos documentos de suma importancia para tu porvenir y el de tus dominios...»

No necesité leer más.

Plegué la carta, la devolví a su estuche y la guardé entre mis ropas. Me volví entonces hacia el hebreo, que seguía sentado en el banco mirando al suelo, con la indiferencia del reo que se sabe condenado de antemano y sólo espera que el juez dicte su sentencia final.

—Y ahora, Benjamín, hablemos de ti. Dime, ¿sabe Skylos cuál es el objetivo último de tu viaje?

—No. Me he limitado a decirle que necesitaba su ayuda para ejecutar una misión muy delicada, de cuya naturaleza no podía informarle. Precisaba un barco para llegar a Sýrna y un piloto que no hiciera preguntas. También le pedí un refugio discreto para unos pocos días. Por eso estoy en este lugar.

—Claro. A nadie se le ocurriría buscarte aquí. ¿Quién podría imaginarse que el apacible y devoto Cristóforo es en realidad Benjamín, el mercader hebreo? Por lo que veo, esto no te crea especiales problemas de conciencia.

—Ninguno, en efecto. Esto que voy a decir tal vez te parezca una herejía, pero me da lo mismo: a lo largo de mi vida he conocido gentes muy diferentes, he estado en países de los que tú ni siquiera has oído hablar, he visitado sus templos, he leído los libros sagrados de sus credos y he llegado a una conclusión: Dios nos juzga por nuestros actos en esta vida y no por la forma en la que le recemos. Es indiferente que lo hagamos en una mezquita, en una iglesia o en una sinagoga: Él siempre nos escucha y nos contempla.

—Una opinión interesante, la tuya, aunque discutible —repuse—. Pero no estamos aquí para hablar de teología. Lo único importante es que, para ti, este era un buen escondite.

—Por supuesto —admitió Benjamín—. Además, tampoco comprometía en exceso a Skylos. Mientras, Sofronio estaría atento en Éfeso a la llegada de Alejandro. Si todo marchaba bien, y no tenía motivos para suponer lo contrario, mañana por la tarde nos encontraríamos en Éfeso e iríamos a Fygela para embarcarnos. Lo demás, bueno, ya lo sabes.

El hebreo enterró su rostro entre las manos y se frotó los ojos. Parecía muy cansado, y realmente debía estarlo. Decidí que era hora de ir terminando.

—Tus palabras nos han sido muy útiles y reveladoras, Benjamín. Ya hemos acabado.

—¿Vas a matarme ahora?

—No tengo intención alguna de matarte.

Esta vez, tanto Benjamín como Zenón me miraron con incredulidad.

—Ya ha muerto bastante gente por culpa de esos malditos pergaminos; unos se lo tenían bien merecido, pero otros desde luego que no. Tú entras en esa categoría. No estoy dispuesto a cargar con tu muerte sobre mi conciencia, por muy judío que seas.

Benjamín exhaló un suspiro de profundo alivio, mientras Zenón se rascaba la cabeza, desconcertado, sin duda preguntándose qué demonios estaba barruntando.

—Aunque, como ya te he dicho, no temo a la muerte, te quedo muy agradecido.

—Lo supongo, Benjamín. Y ahora escucha con atención: esto es lo que vas a hacer...

σ

Martes, 25 de mayo de 959

Pronto el navío no fue más que una vela diminuta que se iba hundiendo poco a poco en el lejano horizonte y no tardó mucho en desaparecer de nuestra vista, empujado por la suave brisa levantina que refrescaba una soleada mañana de primavera. A nuestro alrededor el pequeño puerto de Fygela desplegaba su modesta pero continua actividad mientras, indiferentes a los asuntos de los hombres, las gaviotas patrullaban los cielos sólo atentas a la obtención de su diario sustento en forma de sabrosos peces plateados.

—¿Crees que todo irá bien? —preguntó Zenón, sin poder ocultar su inquietud.

—No te preocupes, no habrá problemas —respondí con seguridad—. Supongo que Skylos ya habrá recibido la carta de Benjamín explicándole que ha habido un cambio de planes y que parte de inmediato para Corinto; y en cuanto al capitán, el destino del barco le trae sin cuidado mientras le paguen bien. En esa ciudad Benjamín no tardará mucho en encontrar un barco que le lleve a Bari, para eso le he dado el dinero y el salvoconducto. Luego, bueno, ya le has oído: tiene contactos en Venecia y allí saben valorar a los mercaderes sagaces.

—¿Y si vuelve?

—¿Volver? ¿Para qué? Benjamín es casi un anciano que sólo anhela paz y tranquilidad y no creo que esté dispuesto a jugarse la vida de nuevo. Ya le oíste: se metió en todo este asunto obligado por Bringas; si por él hubiera sido, se habría quedado en Tesalónica, cuidando de sus asuntos y rezando a su Dios, al que tiene tantas cosas que explicarle. Le he dado casi todo el dinero y las joyas que le robamos a Filareto; con ese capital podrá establecerse en Venecia o en donde

quiera que vaya. No creo equivocarme si te digo que en poco tiempo su sobrino Elías liquidará sus negocios, venderá su casa y pondrá proa con su familia hacia tierras occidentales.

Cerca del embarcadero unos costaleros descargaban barriles llenos de pescado salado de una barcaza que acababa de amarrar. El penetrante olor de la salazón terminó por despertar nuestro apetito, así que nos encaminamos hacia una pequeña taberna situada cerca de la torre de los vigías del puerto.

—¿Y qué hacemos con Sofronio?

—Nada en especial. En cuanto desayunemos regresaremos a Éfeso, cogeremos a Sofronio y nos pondremos en camino. Cuando estemos a una distancia prudencial le mandaremos de vuelta a su casa. Para cuando Skylos se entere de lo que ha pasado realmente estaremos muy lejos de aquí. En cuanto a los monjes del monasterio de la Panagia, lo único que saben es que tres personas a las que daban hospedaje han desaparecido de la noche a la mañana. Espero que el oro que les he dejado en nuestra celda les compense por las molestias. El higúmeno era un hombre agradable, aunque un tanto crédulo.

—Y, una vez en Constantinopla, la versión será...

—Que Benjamín está muerto, por supuesto. Conseguimos dar con él, le sacamos la información, le rebanamos el pescuezo e hicimos desaparecer el cadáver. Como prueba aportaremos la carta del Drongario Bringas que llevaba consigo el hebreo. A Nicéforo le encantará.

—Ya. ¿Y Skilos?

—¿Qué pasa con él?

—Es un testigo que tal vez termine por irse de la lengua.

Negué con la cabeza.

—Tranquilo, Zenón. A él lo único que le interesa es su seguridad y la de su familia; no creo que le guste verse implicado en ningún lío y, además, tendría muchas explicaciones que dar. ¡Ah, ya llegamos! Entremos y disfrutemos de un merecido refrigerio. Dime, Zenón, ¿qué quieres tomar? ¿Un poco de pan, miel y queso? ¿Acaso pescado en salsa? ¿O prefieres carne asada?

—Con tal de que el vino sea bueno, me da igual.

* * * *

A media tarde estábamos ya de vuelta en Éfeso. Todo parecía tranquilo en la posada.

—¿Ha habido algún problema, Artemio? ¿Se han portado bien nuestros prisioneros?

—Ni se han movido, mi señor. Tienen demasiado miedo. Cada vez que ven a Bolgar empiezan a temblar temiendo que haya llegado su última hora. Ni siquiera gimotean.

Habíamos dejado a Sofronio y al eunuco Gerásimo atados y encerrados en uno de los almacenes para mercancías de la hospedería, bajo la custodia de Bolgar y Artemio. Dado lo mucho que nos jugábamos, había considerado incluso la posibilidad de darles muerte, pero al final opté por la clemencia y les advertí que, si trataban de escapar o llamar la atención, el ruso les abriría en canal y se comería sus corazones. Por lo que se veía, mi amenaza había surtido efecto.

—Todo bien, entonces —comenté, satisfecho.

Artemio pareció titubear.

—¿Qué ocurre?

—Mi señor, ¿qué va pasar con Constancia?

—¿Qué pasa con ella?

—Está muy asustada, amo. Esta ciudad está llena de soplones de Skylos y son varias las personas que nos vieron juntos hace unos días. Me ha dicho que teme lo que la pueda ocurrir cuando nos marchemos; cualquier esbirro de Skylos podría pedirle cuentas por habernos ayudado. No sería la primera vez que eso ocurriese, según me he enterado.

—Sí, eso es bien cierto —reconocí.

—Constancia nos ha sido muy útil durante estos días, señor —prosiguió Artemio—; se encargó de preparar la comida de los prisioneros y de hacer correr el rumor de que Sofronio y el eunuco habían salido de Éfeso para inspeccionar unas propiedades de la familia en una aldea cercana. Así nadie les echó de menos. Es una buena chica, amo.

No me pasó en absoluto desapercibido el especial énfasis que Artemio había puesto en sus últimas palabras. Tuve entonces la certeza de que, en aquellos tres días, la relación entre mi joven criado y la hermosa ninfa pelirroja había crecido, pasando del puro divertimento carnal a ese cálido y embriagador sentimiento que enloquece a los humanos de cuando en cuando.

—Ya veo. Oye, Artemio, ¿estás enamorado de Constancia?

Por lo colorado que se puso era evidente que Artemio no esperaba tal pregunta. Azorado, bajó los ojos al suelo y asintió con la cabeza. Unas lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

A mi lado, Zenón casi no podía contener la risa pero un codazo en sus costillas bastó para que recuperara un poco la compostura; no es de buena educación reírse de las desgracias ajenas.

—¿Constancia tiene familia aquí o en algún otro lugar? —quise saber.

—No, señor —respondió Artemio, secándose las lágrimas—. Sus padres murieron cuando era niña; una tía suya, tan pobre como ellos, se encargó de criarla durante un tiempo, pero un buen día se cansó y se la vendió a Gerásimo. Constancia no sabe nada de ella desde hace años.

¿Qué hacer? ¿Abandonar a la joven Constancia a su suerte en Éfeso? ¿Entregarla a la soporífera seguridad de un convento? Artemio jamás me lo perdonaría, y –si llegaba a enterarse– mi madre tampoco. ¿Llévarnosla a casa? No, eso no podía ser. ¡Una guapa jovencita en casa del viudo conde Kolastés! Me convertiría en la comidilla de todas las comadres de Constantinopla, en el blanco favorito de las chanzas de mis compañeros de armas y en el destinatario de las imprecaciones de los sacerdotes del distrito de Estrategion. Ni hablar, tenía una reputación que salvaguardar.

Fue entonces cuando tuve una idea luminosa.

—Dime, Artemio, ¿cocina bien Constancia?

—Sí, mi señor. Muy bien.

—Vaya, eso está bien, porque resulta que conozco a cierta dama constantinopolitana que precisa de los servicios de una hábil marmitona.

El rostro de mi criado resplandeció. Sus ojos brillaban de emoción.

—Entonces, ¿se viene con nosotros?

¡Pobre Artemio! En aquel momento parecía el hombre más feliz del mundo y seguramente lo era.

—Claro que sí, Artemio. Anda, ve y díselo. Que recoja sus cosas y se prepare. Partiremos al amanecer.

—¡Gracias, amo! ¡Gracias! ¡Gracias!

Dando algún que otro traspies, Artemio cruzó raudo el patio en dirección a los alojamientos de los criados. Ni que decir tiene que yo también estaba contento, pues ahora ya tenía una estupenda excusa para ir a visitar a la bella Sofía. Un criado enamorado perdido de la cocinera de una señora que llenaba los sueños de su amo. ¡Menuda pareja!

Por fortuna, allí estaba Zenón para devolverme a la realidad.

—Creo, Manuel, que deberíamos ir a ver cómo están Bolgar y los prisioneros.

—Sí, Zenón. Tienes razón. Vamos.

τ

Lunes, 13 de junio de 959
Esmirna, capital del thema de Samos

Cuando por fin iniciamos el regreso hacia Constantinopla cargamos a Sofronio y Gerásimo sobre sendas mulas y nos los llevamos. Nuestros dos prisioneros no las tenían todas consigo; Gerásimo se pasó todo el viaje encomendándose a Cristo y a todos los santos que conocía, rogando por la salvación de su miserable vida y de su alma pecadora. Sofronio había mantenido algo más el tipo, pero la palidez de su

rostro revelaba el pánico que le consumía por dentro. Supongo que pensaba que su último día había llegado y que en cualquier momento aquel horrible ruso que no les perdía de vista ni un instante desenvainaría su espada y les cercenaría la cabeza de un solo tajo. Seguramente Sofronio maldecía en silencio la hora en la que Benjamín se había presentado en su casa pidiendo ayuda y protección. Por culpa del judío y de sus turbios asuntos ahora se veía reducido a aquella miserable condición, a la espera de lo que unos forasteros decidieran hacer con su vida...

No es de extrañar, pues, que en su rostro y en el de Gerásimo se dibujase la más desconcertada de las sorpresas cuando, a unas quince millas de Éfeso, di orden de desatarles y ponerles en libertad.

—Ahora escuchad —les conminé—. Ese es el camino de Éfeso. Si camináis a buen ritmo, tal vez lleguéis antes del anochecer. Lo que os suceda en el futuro depende sólo de vosotros. Os lo advierto, si deseáis gozar de una larga y próspera vida, más os vale meteros en vuestros propios asuntos y olvidaros de nosotros. Tenemos ojos y oídos en Éfeso; un sólo comentario, una voz más alta que otra y seréis hombres muertos. ¿Entendido?

Ni que decir tiene que juraron y perjuraron por todo lo divino y humano que jamás dirían nada a nadie. Acto seguido, y dando gracias al Cielo, pusieron pies en polvorosa. Jamás había visto correr tanto a dos personas.

—¡Caramba! ¡A ese ritmo llegarán a Éfeso con la lengua fuera! —comentó jocosamente Zenón—. Habría sido interesante estar presente cuando traten de explicar a Skylos qué es lo que les ha ocurrido.

—Con el miedo que llevan encima, no creo que se atrevan a contarle nada. Venga, vámonos.

Volvimos grupas y nos pusimos en ruta hacia Esmirna. Llegamos a la caída de la tarde, poco antes del cierre de las puertas de la ciudad. A pesar de lo avanzado de la hora tuvimos suerte y logramos encontrar alojamiento en una pequeña y bulliciosa posada cercana al puerto. Una cena a base de sopa y pescado frito nos permitió recuperar fuerzas y predisponer nuestros cuerpos para un sueño reparador.

A la mañana siguiente, mientras los demás se acercaban al mercado para comprar provisiones, Zenón y yo bajamos hasta el puerto con la idea de encontrar algún barco que nos llevase a Constantinopla. No fue una tarea fácil pero gracias a la fuerza de convicción de nuestras últimas monedas de oro, Clisandro, el seboso patrón del *Kalimakos* —un vetusto carguero que partía al día siguiente hacia la capital—, accedió a reservarnos un hueco a bordo de su barco.

Desde siempre Esmirna ha sido uno de los grandes puertos del Imperio y es por ello que, en nuestros días, es la sede del estratega del thema marítimo de Samos. Mercantes y navíos de guerra se agolpan en los muelles del puerto, bajo la atenta vigilancia del imponente faro construido por el anthypatos Ambrosio Mylasoeus en tiempos del cuarto Constantino. Según parece, más antiguo es aún el viejo teatro, desde cuyas ruinosas gradas puede disfrutarse de una magnífica vista de la bahía. Al menos eso es lo que nos aseguró Clisandro aunque, visto el grasiento volumen

de su corpachón, tenía serias dudas de que alguna vez se hubiera atrevido a comprobar personalmente la veracidad de su aserto.

Acabábamos de cerrar el trato con Clisandro cuando observamos que se estaba formando un pequeño tumulto alrededor de una panfila –uno de esos ágiles barcos de cien remeros que se emplean en tareas de exploración y vigilancia– que acababa de atracar en los muelles militares.

—Parece que esa nave ha traído algún tipo de noticia —observó Zenón—. Me pregunto qué habrá ocurrido.

No tardamos mucho en enterarnos. Según nos contó un agitado jovenzuelo con el que nos cruzamos, unidades de la escuadra romana de Esmirna que realizaban maniobras en las aguas del distrito marítimo de Éfeso, habían interceptado en la mañana del día anterior una flotilla cretense al este de la isla de Amorgos, en el Egeo. Los piratas sin duda se proponían devastar alguna de las islas del archipiélago, pero la eficaz intervención de nuestras galeras había abortado sus planes, siendo destruida la mayoría de las naves enemigas. La panfila que acababa de llegar se había adelantado para dar la noticia y desembarcar a algunos de los soldados y marinos heridos durante el combate. El resto de los barcos llegaría por la tarde.

—¡Niká!⁵⁶ ¡Niká! —vociferaba excitado el chico mientras emprendía una alocada carrera por los muelles— ¡Victoria! ¡Hemos mandado a los diablos de Creta al fondo del mar! ¡Niká!

La buena nueva se propagó enseguida por toda Esmirna y la ciudad pareció enloquecer de alegría. Poco después los pregoneros del estratega se encaramaron a las murallas de la ciudadela del monte Pagos y comenzaron a inundar el aire de la mañana con el sonido de sus cornetas, dando así carácter oficial a la noticia. Enseguida los dromones⁵⁷, panfilas, pesqueros y mercantes anclados en los muelles izaron estandartes y gallardetes que flamearon al viento desde lo alto de los mástiles, mientras los simandros⁵⁸ y las campanas de monasterios e iglesias se unían a la improvisada celebración.

—Parece que hoy va a ser día de fiesta —comenté, sin poder ocultar mi alborozo—. Bueno, mejor será disfrutarlo. Regresemos a la hospedería, a ver si los demás han vuelto. Comeremos algo y luego nos uniremos a las celebraciones.

Así lo hicimos. Después del almuerzo, Bolgar, Artemio, Zenón y yo bajamos hasta el puerto para asistir al recibimiento y posterior desfile con el que las autoridades de Esmirna iban a agasajar a las tripulaciones de los barcos victoriosos. Constancia permanecería en la posada y contemplaría el espectáculo desde las balconadas.

⁵⁶ *Niká*: victoria.

⁵⁷ *Dromón*: galera impulsada hasta por 230 remeros y dotada de uno o dos mástiles con vela latina.

⁵⁸ *Simandro*: placa o tubo de metal que se percute con un martillo.

Para cuando nuestras naves asomaron sobre el horizonte, la flor y nata de la sociedad esmirnense estaba en el puerto para recibirlas. El estratega Julián y su escolta, los altos oficiales, los jefes de la administración local, el metropolitano Timoteo y sus subordinados, los miembros del consejo de la ciudad, los higúmenos y los sacerdotes de las principales iglesias de Esmirna, los representantes de los distintos gremios, los jefes de los demos locales, el pueblo llano... Todos estaban allí, luciendo sus mejores galas. Siguiendo un riguroso orden jerárquico, cada uno permanecía quieto y callado en su sitio, esperando el momento triunfal.

La flotilla, compuesta por una docena de dromones y panfilas, no tardó mucho en entrar en la bahía. Con sus grandes velas triangulares arrolladas sobre las vergas y bajo el impulso de la rítmica boga de los remeros, las galeras enfilaron la bocana del puerto una tras otra mientras su paso era saludado desde las torres de vigilancia por el estruendo de tubas y cornetas. La nave capitana, un imponente birreme de dos mástiles y ciento cincuenta remeros, mostraba orgullosa sobre su cubierta algunos de los despojos de los barcos enemigos: trozos de mástiles y velamen, armas, estandartes y banderolas, puntas de espolones... y prisioneros. Atados y amordazados, una docena de corsarios cretenses, malheridos unos y cabizbajos otros, conformaban la prueba inequívoca de que, en aquella ocasión, la voluntad de Dios había estado de parte de los romanos. Al verles, las gentes de Esmirna dieron rienda suelta a la rabia y a los deseos de venganza.

—¡Degolladles y arrojadles al mar! —gritó alguien.

—¡Sí! ¡Al mar con ellos! —corearon varios jóvenes.

—¡Sólo la hoguera para esos demonios! —vociferaban otros.

—Me parece que esos tipos no van a durar mucho en este mundo —observó Zenón—; su suerte está echada.

El armenio tenía razón; no había piedad con los prisioneros cretenses. Al contrario de lo que ocurre en Oriente, donde la guerra tiene sus reglas, con los piratas no cabe la humanidad. Lo más probable era que fueran torturados por la soldadesca y terminaran decapitados o asaeteados.

—¡Mirad! ¡Ahí está Diógenes! —exclamó un joven— ¡Viva Diógenes!

—¡Larga vida a Diógenes! —chilló otro.

De pie sobre la popa del dromón, el navarca Diógenes observaba atento cuanto sucedía a su alrededor. Era un hombre ya entrado en años, cuyo rostro, recio y duro como la cota de malla con la que protegía su cuerpo, parecía curtido en mil batallas y hazañas. Y, en efecto, así era, pues en ese instante recordé que aquel veterano oficial había alcanzado cierto renombre en los círculos militares de Constantinopla tres años atrás, cuando las unidades bajo su mando habían tenido una destacada actuación en la victoria que la flota de los romanos —aliados para la ocasión con los omeyas de Córdoba— había obtenido sobre los fatimíes en el canal de Sicilia.

—Ahí tienes un hombre íntegro —le dije a Zenón, que estaba a mi lado junto a Bolgar y Artemio—. Tras la victoria de Sicilia se rumoreó que iba a ser distinguido con la dignidad de protoespatrio y nombrado conde de la escuadra imperial, pero

parece que Bringas y él se odiaban cordialmente y, al final, Diógenes prefirió alejarse de tan oscuro personaje y regresar a Esmirna para seguir sirviendo a las órdenes de su amigo, el estratega Julián.

—Quizás pensó que era mejor morir en combate que víctima de alguna conjura palaciega —aventuró Zenón—. Puede que, en su lugar, yo hubiera hecho lo mismo.

Ajeno a nuestros comentarios, Artemio parecía fascinado por lo que estaba viendo.

—Una vida dura y peligrosa la de esos hombres, señor —comentó—. Pero también pletórica de aventuras. ¡Quién sabe! Tal vez, en otras circunstancias, yo hubiese podido ser un buen marino.

—¿Tú marino, Artemio? Me cuesta imaginarlo. ¿Y qué diría Constancia? —se burló Zenón.

—Recuerda, Zenón, que tanto Bolgar como yo venimos de un pueblo de marineros —objetó molesto Artemio—. ¡Fíjate en esos remeros! Buena parte de ellos son rusos, como nosotros.

—Sí, y muchos de esos paisanos tuyos acabarán un día en el fondo del mar, con el cuerpo reventado por la embestida de algún espolón o ahogados durante un naufragio en una noche de tormenta. Mira, Artemio, para que unos lleguen a navarcas, o incluso a emperadores, otros deben convertirse en pasto para los peces.

La réplica de Zenón dejó desarmado a mi criado y puso punto final a sus ensoñaciones marineras. De tener que navegar por algún sitio, debió concluir tras pensarlo un poco, mejor hacerlo sobre la suave piel de Constancia.

Estando ya a poca distancia del espigón, Diógenes dio una orden al piloto, que la repitió alto y claro para que todos sus hombres pudieran oírla. Al unísono, los remos se detuvieron y se alzaron en el aire, dejando que el dromón se deslizara con suavidad hacia el atracadero. Respondiendo a una nueva orden, los remos fueron recogidos sobre la cubierta, mientras la velocidad de la nave decrecía rápidamente hasta quedar casi detenida junto al muelle. Varios marinos saltaron a tierra y aseguraron los cabos en los amarraderos dispuestos a tal efecto. Enseguida se tendió una pasarela y los oficiales de Julián formaron un pasillo de honor hasta el lugar en el que el estratega esperaba, mesándose las barbas con cierta coquetería.

Los hombres de Diógenes, tanto marineros como infantes, formaron también en la cubierta superior de la galera, presentando armas al hombre que les había conducido a la victoria. Mientras esto ocurría, el resto de los barcos de la flota del navarca se había desplegado en formación de media luna alrededor de la nave capitana. Desde sus bancadas, los remeros entonaban himnos de victoria y loas a Cristo, al emperador, al estratega y a Diógenes.

Haciendo gala de una gran solemnidad, el navarca descendió por la pasarela seguido por su abanderado y el resto de los oficiales. Sostenía en sus manos una bandeja de plata con los estandartes arrebatados a las naves cretenses, triángulos de tela verde en los que podían distinguirse los serpenteantes caracteres de la grafía

árabe. Con gesto grave, Diógenes avanzó entre la guardia de honor y se inclinó respetuoso delante de su superior. Acto seguido, se volvió hacia su derecha y se arrodilló ante el icono de Cristo que sostenía un sacerdote castrense, depositó a sus pies los estandartes, se santiguó y se levantó, fundiéndose a continuación con Julián en un amistoso abrazo. Entonces, el júbilo contenido de Esmirna ya no pudo resistir más y estalló en una alharaca de vivas, aplausos y ovaciones.

Restablecida la calma, las máximas autoridades militares, civiles y religiosas de la ciudad se dirigieron en solemne procesión hacia la iglesia de San Policarpo, en la que el metropolitano Timoteo presidió el oficio con el que los romanos dieron gracias a Dios, a la Virgen y a los santos por la gran victoria que sus naves habían obtenido.

Finalizada la misa, el estratega dio orden de repartir vino y comida por toda la ciudad, para que todos pudieran celebrar el feliz acontecimiento. Músicos, acróbatas y juglares aparecieron como por arte de magia por calles y plazas, amenizando con sus saltos, cabriolas y alegres canciones una fiesta que se prolongó hasta bien entrada la noche y en la que nadie dejó de participar.

La algarabía general hizo que nadie volviera a preocuparse por la suerte de los prisioneros cretenses. De hecho, a nadie le importaba lo más mínimo lo que pudiera ocurrir con ellos, pues el odio que sentía el pueblo romano hacia los piratas árabes era sólo comparable al miedo que lo embargaba cuando las velas de sus galeras despuntaban en la lejanía.

Yo tampoco sentía ninguna simpatía por ellos, pero no pude reprimir una profunda sensación de asco cuando aquella noche, en la explanada del mercado, vi a algunos de los más respetables ciudadanos de Esmirna jalear como energúmenos a los verdugos del estratega cada vez que sus hachas caían sobre el cuello de aquellos desdichados.

U

Mediados de junio de 959 Travesía hacia Constantinopla

Embarcamos a la mañana siguiente en el *Kalimakos* y partimos hacia Constantinopla con los primeros vientos favorables. A punto estuvimos de no hacerlo pues, tras una noche de juerga, nuestro orondo capitán se las vio y deseó para reunir a su embriagada tripulación, dispersa en la incontable multitud de tabernas y prostíbulos que adornan la geografía urbana de Esmirna. Al final, sudoroso y fatigado, Clisandro renunció a seguir buscando más, regresó al barco y dio orden de partir. Ya ajustaría cuentas a su regreso con aquellos tres gaudules que no aparecían por ningún sitio.

Un sol espléndido lucía sobre la bahía de Esmirna cuando dimos comienzo a nuestro viaje. Con una mar tranquila y una brisa suave pero firme, nuestro panzudo bajel pudo moverse con cierta gracia y sin excesivas sacudidas a través de las aguas, lo que no dejó de ser una bendición para los caballos y mulas que se agitaban inquietos bajo la cubierta. Pero también para algunos pasajeros que no terminaban de sentirse del todo seguros sobre aquel viejo mercante, cuyas añosas maderas crujían de forma preocupante cada vez que una ola se estrellaba contra sus costados.

No entraba en ese grupo de timoratos la joven Constancia. A pesar de ser la primera vez que se subía a un barco, la muchacha estaba demasiado excitada como para que los mansos bamboleos del mercante le afectasen lo más mínimo. En compañía de Artemio, Constancia miraba con ojos fascinados todo cuanto le rodeaba, como si viese el mundo por primera vez. Sin duda debía ser así, pues Artemio me contó que ella nunca había salido de Éfeso. Sólo a través de lo que contaban los viajeros que recalaban en la hospedería sabía de la existencia de otros lugares, ciudades y gentes más allá del limitado horizonte de su pequeña ciudad. Algunos le habían hablado de las maravillas de Constantinopla, del incontable número de personas que en ella habitan, de sus iglesias, palacios y monasterios, de los desfiles y procesiones, de las estatuas y columnas, del gran Hipódromo... Constantinopla, un lugar mágico y lejano con el que ni siquiera se atrevía a soñar, pues no sabía qué formas debían tomar sus fantasías. Y ahora, por un capricho del destino, o quizás por la voluntad de Dios, estaba de camino hacia allí, de la mano de un atractivo muchacho que sólo tenía ojos para ella. ¿Qué más podía pedirle a la vida? Quizás sólo paz y tranquilidad, una vida sin sobresaltos y sin excesivas estrecheces. ¿Acaso no es eso lo que todos deseamos?

Tras una apacible y lenta singladura de varios días entramos en el Helesponto e hicimos escala en Lampsakos. Algunos vendedores ambulantes se acercaron al *Kalimakos* para ofrecernos un variado surtido de viandas y productos: frutas más o menos frescas, pescado frito, vino y refrescos, baratijas varias y todo tipo de quincalla que haría enrojecer de vergüenza al más roñoso de los mercachifles constantinopolitanos. En fin, lo habitual en provincias. Artemio, con buen criterio, acabó comprando unas cuantas peras y manzanas con las que completar nuestra desabrida dieta a base de galleta, queso y carne fría.

También compró algo de fruta uno de nuestros compañeros de viaje, el *ékdikos*⁵⁹ Policarpo, un joven e inteligente leguleyo ateniense adscrito al servicio del metropolitano Timoteo. Estaba de camino a Constantinopla para resolver algunos asuntos del arzobispado en la notaría patriarcal y, de paso, comprobar el estado de las propiedades que Timoteo tenía en la capital.

—Mi señor Timoteo espera poder escapar algún día de Esmirna y regresar a su amada Constantinopla —me reveló aquella tarde, mientras contemplábamos una hermosa puesta de sol compartiendo unos bizcochos y algo de queso—. Se siente

⁵⁹ *Ékdikos*: jurista, especie de abogado defensor eclesiástico.

asfixiado en esa pequeña ciudad y no para de mover sus influencias en la capital para alcanzar su propósito. Si por él fuera mañana mismo metería sus cosas en un fardel y pondría tierra por medio. Por eso se ha cuidado muy mucho de mantener bien cuidada y administrada su hacienda en la ciudad.

Los pasajeros de un mercante tienen realmente poco que hacer, así que lo normal es que acaben entablando conversación unos con otros a la menor ocasión. Policarpo me había caído bien desde el principio, pues no era el típico clérigo estirado deseoso de impartir doctrina a diestro y siniestro; al contrario, era un tipo afable, buen conversador, mejor bebedor, amante de los caballos y poseedor de una cultura más que notable.

—¿Recuerdas la imponente fortaleza que preside la ciudadela de Esmirna? Cuentan los libros que fue edificada en tiempos de Alejandro Magno. ¡Qué grandes eran nuestros mayores! Ahí está la gran iglesia de Santa Sofía para demostrarlo, los palacios y templos de Éfeso o el Hipódromo... Tú has visto mucho mundo; coincidirás conmigo que hoy ya no se hacen obras así.

Sonreí, pues me parecía estar escuchando a Alejo. Sin duda, el joven Policarpo habría hecho buenas migas con él.

—Son los nuestros días de añoranza para los espíritus cultivados —continuó, lamentándose—. Cuanto más aprendemos de nuestros antepasados, más conscientes somos del gran abismo que nos separa de su espíritu y sus obras. Ellos eran creadores; nosotros, meros recopiladores.

—¿Te hubiera gustado vivir en esos tiempos?

—¡Quién sabe! Muchas veces me lo he preguntado. Cuando estoy a solas en mi cuarto, entregado a la oración y a la lectura de las obras de los Santos Padres, las Sagradas Escrituras o los oratorios, siento cómo mi alma se eleva y doy gracias a Dios Todopoderoso por haberme permitido conocer su obra en este mundo y en este tiempo. Pero hay ocasiones en las que, enfrentado a la vulgaridad del pueblo llano, a su ignorancia y a su indiferencia ante todo lo que no sea superstición y brutalidad, siento la apremiante necesidad de encerrarme en mis aposentos y limpiar mi espíritu a través de las obras que nos legaron los antiguos. Es en esos momentos que desearía haber nacido en otros tiempos, por muy paganos que fuesen.

Policarpo mordisqueó su galleta y aceptó gustoso un poco de vino. Luego, siguió hablando.

—Cuando veo cuán bajo hemos caído en algunas artes, cuánto hemos perdido a pesar de lo mucho que sabemos, no puedo evitar recordar las palabras que Plutarco ponía en boca de Clito dirigidas al gran Alejandro: «*¡Cielos, qué usos tan malos hay en Grecia!*».

—¡Ah, lo recuerdo! —exclamé, recordando viejas lecturas juveniles de las *Vidas*—. Pero esas palabras desataron la furia de Alejandro y le costaron la vida a Clito... Policarpo, amigo, ten cuidado con lo que dices y con los oídos que te

escuchan. Toma, llena el vaso y aleja de tu cabeza a esos fantasmas del pasado que tanto te turban.

* * * *

Reanudada la travesía, y ya en el Mar de Mármara, nos cruzamos con varios dromones de la flota imperial que realizaban ejercicios de combate a la altura de Proconeso. Mientras contemplaba distraído las idas y venidas de los ágiles navíos, no pude evitar pensar en el jefe supremo de aquellos valerosos marineros, el pérfido Drongario Bringas. Eso a su vez me hizo reflexionar en toda la trama en la que nos habíamos visto envueltos.

Había una pregunta que me obsesionaba desde el mismo día que me entrevisté con Nicéforo: ¿por qué estaban los documentos en casa de Nicetas?

«*El castrado suponía que Nicéforo no se fiaba de su gente y que se los había confiado a alguien de su absoluta confianza*». Esa hipótesis tal vez fuese suficiente para Benjamín, pero no lo era para mí. Me parecía muy improbable. ¿Nicéforo desconfiando de Miguel –el Drongario de los Vigla– y de mi hermano Pedro, los jefes de sus espías? Absurdo. ¿Algunos de los documentos más secretos e importantes del Imperio entregados a la custodia de un copista? Por muy fiel que fuera el pobre Nicetas, por mucha confianza que tuviera el patricio Focas en él, se me antojaba una posibilidad remota y descabellada. No, eso no podía ser. Debía haber otra explicación, más sutil y solapada, detrás de todo aquello. Barruntaba desde hacía algún tiempo cuál podía ser la verdad y había sido esa sospecha la que me había llevado a entregar a Miguel Comneno los pergaminos y ordenarle que regresase de inmediato a Constantinopla. Y todo lo que me había contado Benjamín me había convencido de que mis presunciones iban por buen camino.

—Te veo muy pensativo, Manuel.

Absorto en mis pensamientos, ni siquiera me había dado cuenta de que Zenón y Policarpo estaban a mi lado.

—Oh, perdona, Zenón. Estaba distraído con mis cosas. ¿Cómo va todo?

—Sin novedades. Artemio y Bolgar se están ocupando de los caballos y Constancia nos está preparando algo de comer.

—Estupendo. Ya falta poco, amigos. En unos días tendremos Calcedonia a la vista y estaremos de vuelta en Constantinopla.

Policarpo se apoyó sobre la borda y fijó la vista en las lejanas galeras.

—¿Sabéis? Martino, un tío-abuelo mío, sirvió en la flota imperial y llegó a ser protelatai⁶⁰ de dromón en los últimos tiempos de León el Sabio. Cuando éramos críos, mis hermanos y yo ansiábamos su visita para que nos contara sus aventuras marinas. La mayoría eran pura invención, desde luego, repletas de fantasías, de héroes y de monstruos. A nuestra madre no le gustaba nada que nos llenase la

⁶⁰ *Protelatai*: capitán de dromón

cabeza con aquellas historias, pero para nosotros eran tan fascinantes como las aventuras de Odiseo.

—¿Participó en alguna batalla importante tu pariente? —quiso saber Zenón.

—¡Oh, sí! ¡En varias! Se jugó el tipo unas cuantas veces ante los corsarios musulmanes y él y su barco sobrevivieron al desastre de Samos, cuando la flota de Himerios, a su regreso de Chipre, fue destruida por los árabes⁶¹. Pero recuerdo que nuestra historia favorita, que le obligábamos a repetir una y otra vez, era la de cómo la flota romana, bajo la dirección del Drogario Juan Radinos, había infligido una tremenda derrota a aquella vil serpiente que era León de Trípoli⁶². Ese maldito pirata renegado y sus compinches estaban asolando Lemnos cuando nuestra escuadra cayó sobre ellos y mandó casi toda su flota al fondo del Egeo. Mi tío-abuelo persiguió a León hasta las mismas costas de Siria, pero, al final, gracias a una hábil estratagema, León logró escabullirse y ponerse a salvo.

—Era un tipo de cuidado el tal León —intervine—. En Tesalónica su nombre aún provoca escalofríos. Pero hay que reconocerle también su osadía y su gran habilidad para tender continuas emboscadas a nuestros navíos. Fue todo un alivio ver desaparecer de los mares a ese astuto demonio.

—Es muy cierto lo que dices —concedió Policarpo.

Sí, lo era. Mientras volvía a poner mi vista en las complejas y rápidas evoluciones de los dromones, recordé una máxima de mi padre: «*La inteligencia siempre termina por vencer a la fuerza*». Viniendo como venía de un militar, esa sentencia era en extremo significativa. Anticiparte a tu adversario, llevarle por donde deseas, engañarle, desinformarle, conducirlo a un callejón sin salida, es tan importante, o más, que disponer de una fuerza numerosa y bien equipada. Y eso era válido tanto para la guerra como para la polí...

Maldición.

—¡Por San Jorge! —grité de pronto, llevándome las manos a la cabeza asombrado de mi propia necedad— ¿Cómo he tardado tanto en darme cuenta? ¡Es evidente! ¡Es tan obvio que ni se me había ocurrido!

Estupefacto, el ékdikos Policarpo me miraba sin comprender. Zenón también parecía sorprendido.

—¿Qué pasa, Manuel?

—¿Acaso aún no te has dado cuenta?

Zenón arrugó el ceño.

—¿De qué tengo que darme cuenta?

—¡Los documentos, Zenón! ¡No valen nada! ¡Todo esto ha sido por nada!

⁶¹ Derrota que tuvo lugar en el 911 d.C.

⁶² Esta victoria bizantina se produjo en el año 922 d.C.



Lunes, 27 de junio de 959
Constantinopla. Palacio del Boukoleon

Suele decirse que el palacio del Boukoleon es tan antiguo como la propia Constantinopla, pero cualquier persona culta sabe que fue construido en tiempos del emperador Teófilo⁶³, bien es cierto que sobre los restos de edificaciones anteriores. Parcialmente aislado por jardines y pabellones del resto del Palacio Sagrado, es una de las residencias favoritas de los basileos, que han dedicado a su embellecimiento mucho oro y esfuerzos. Ello no es de extrañar, pues dadas sus reducidas dimensiones y su privilegiada situación –al mediodía del recinto imperial, junto al puerto privado de nuestros santísimos señores–, el Boukoleon se asemeja más a un agradable palacete de verano que a los imponentes recintos en los que se desarrollan las actividades oficiales de los soberanos de Bizancio. Buena muestra de ello es la magnífica balconada que se extiende a lo largo de su fachada sur, desde la que sus augustas majestades y sus invitados pueden disfrutar de algunas de las más hermosas vistas del Mar de Mármara.

Claro que yo no pude disfrutar de ese panorama en mi segunda entrevista con Nicéforo Focas, celebrada dos días antes de la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. Un oficial de la guardia me condujo hasta una sala anexa al oratorio del palacio, donde el patricio y el emperador Constantino habían compartido largas horas de oración durante los últimos días, coincidiendo con el período de ayuno que precede a la fiesta en cuestión. Siempre dispuesto a elevar su alma hasta las mismas puertas de la Salvación, nuestro severo patricio cumplía a rajatabla con los mandamientos divinos y procuraba convencer a los que le rodeaban de las muchas ventajas que les reportaría el imitarle. Pero la mayoría prefería tomarse las cosas del espíritu con una mayor laxitud.

Igual que en nuestro primer encuentro, Nicéforo vestía una sencilla túnica ceñida a su cintura por un fino cordel y calzaba unas simples sandalias de cuero. Aunque su fea cara seguía tan ajada como siempre, el jefe de los ejércitos romanos parecía relajado, incluso afable.

Respetuosamente, me incliné ante él.

—Mi señor Nicéforo...

—Sé bienvenido, conde. El Drongario de los Vigla ya me ha informado del éxito de tu misión. Te felicito.

—Gracias, señor.

⁶³ Reinó del 829 al 842 d.C.

Nicéforo se había acercado a una pesada mesa de madera sobre la que reposaba un pequeño cofrecillo que reconocí de inmediato: era la arqueta con los pergaminos robados que había entregado a Miguel Comneno.

—He de admitir —prosiguió— que al principio me desconcertó tu decisión de mandar de vuelta al decarca Comneno. Una resolución arriesgada, pero reconozco que fue la adecuada, dadas las circunstancias. Sin duda, yo habría obrado de la misma manera.

El Doméstico abrió el cofre y sacó uno a uno los estuches de cuero que contenían los documentos, dejándolos sobre la mesilla. A continuación rompió los sellos y extrajo los pergaminos, pero no mostró intención alguna de desenrollarlos y echarles una ojeada, cosa que, desde luego, no me extrañó lo más mínimo. Tampoco me sorprendí al ver cómo el patricio recogía los documentos, se acercaba a un gran brasero encendido que había en un rincón y los arrojaba en su interior. Los rollos no tardaron en arder y convertirse en oscuros tizones. Nicéforo removió con un espetón los restos, asegurándose de que no quedara de ellos el más mínimo rastro. Después, se volvió hacia mí.

—¿Te desconcierta lo que acabo de hacer, conde?

—En absoluto, mi señor.

—¿Ah, no?

—No. Esos pergaminos no valían nada. Eran completamente falsos.

Nicéforo no esperaba aquella respuesta.

—¿Por qué dices semejante cosa?

—Porque es la verdad, mi señor —respondí—. De hecho, sólo si se parte de la falsedad de esos documentos puede cobrar sentido todo lo ocurrido en este asunto.

Nicéforo se apoyó sobre el borde de la mesilla con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Y qué es lo que, en tu opinión, ha ocurrido en realidad?

—Señor, creo que esos rollos que acabas de quemar no eran más que un cebo que has empleado para hacer caer al Drongario Bringas en una encerrona, con el claro propósito de acabar con su influencia en la Corte.

Esperaba haber visto alguna señal de turbación o de enfado en Nicéforo al oír mi respuesta pero, todo lo contrario, en sus labios se dibujó una sonrisa, no sabría decir si malévolamente o cómplice.

—¿Y por qué iba a hacer yo semejante cosa?

Respondí de inmediato:

—Porque Bringas, a pesar de ser el jefe de la flota imperial, no es más que un cortesano ambicioso que desconfía de los altos jefes militares del Imperio. Desde su punto de vista, tú o cualquier otro general triunfante sois adversarios a neutralizar pues teme que, en cualquier momento, surja un nuevo Lecapeno que acabe con su poder. Por eso convenció al coemperador Romano de que lo mejor

para asegurar su sucesión era entablar negociaciones secretas con el emir de Creta para alcanzar un tratado de paz y así acabar con tus planes para reconquistar la isla, que ya no tendrían razón de ser.

Nicéforo se acercó a mí y me miró fijamente a los ojos. Sostuve su mirada sin pestañear. Pero, bajo mi túnica, sudaba.

—Continúa, conde.

No era una petición. Era una orden.

—De alguna manera, señor, te enteraste de los planes del castrado. Al fin y al cabo, tratar de mantener un secreto en esta Corte es en extremo difícil, pues no están sólo tus espías sino también los siempre atentos eunucos del parakimomeno Basilio, a quien Bringas aborrece tanto como a ti. En fin, sabedor de los planes del Drongario, cuando te informaron de que el emir Abd al-Aziz exigía alguna prueba de buena fe a Bringas, decidiste tenderle una trampa. ¿Qué mejor cebo que poner a su alcance una presunta copia de los planes de la invasión de Creta? Con un poco de suerte, sus planes y sus cómplices podrían quedar al descubierto. Por eso entregaste los falsos documentos a Nicetas, de quien Bringas sabía que estaba a tus órdenes. Fue entonces cuando entraron en escena Alejandro, Benjamín y todos los demás y se desencadenaron los acontecimientos que me han traído ante ti el día de hoy, pero sería ocioso repetirlos.

Guardé silencio mientras esperaba la reacción de Nicéforo. Sentí el frío escrutinio de sus ojos sobre mí, sin duda calibrando qué era lo que iba a hacer conmigo.

—Como ya te dije en nuestra primera entrevista —dijo al fin—, eres muy sagaz, conde.

—Me adulas, señor.

—En absoluto, Kolastés. Nunca hay que rebajar los méritos de los que sirven con lealtad a los intereses del Imperio. ¡Lástima que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, no tengamos ninguna prueba material para silenciar a ese maldito Bringas!

—La tenemos, mi señor.

—¿Cómo dices?

Con una medida sonrisa, extraje de entre mis ropajes la carta que Benjamín nos había entregado.

—Esta carta, mi señor, me la entregó Benjamín antes de su... desaparición. Es una prueba no sólo de la traición de Bringas, sino también de la implicación en la conjura del mismísimo Romano. Lleva su rúbrica y sello personal, va dirigida a Abd al-Aziz ben Habib y en ella se mencionan los falsos documentos robados que acabas de destruir.

Sin acabar de dar crédito a lo que le estaba diciendo, el Doméstico cogió el pergamino púrpura, se acercó a una de las ventanas y lo desplegó.

«De Romano, por su fidelidad a Dios Autócrata, Augusto y Gran emperador de los romanos, a nuestro muy estimado y nobilísimo Abd al-Aziz ben Habib, Emir de Jandax...»

Nicéforo leyó y releyó la carta y, por fin, levantó la vista para mirarme con unos ojos que aún mostraban la profunda incredulidad que le embargaba.

—Esta carta, conde... —acertó a decir—. Esta carta, ¿sabes lo que significa?

—Sí, mi señor. Significa que la suerte del Imperio está en tus manos.

* * * *

El mismo oficial que me había llevado ante la presencia de Nicéforo me acompañó de regreso después de concluida la entrevista, mirándome de reojo de cuando en cuando, sin duda preguntándose de qué habría estado hablando con el Doméstico. Por un momento estuve tentado de hacerle partícipe de nuestros secretos pero, por supuesto, me contuve. Ya tendría tiempo de enterarse en su momento, como el resto de los romanos.

El kentarca me condujo por un cuidado sendero que atravesaba los jardines que rodean el Boukoleon, hasta una discreta puerta que se abría en el muro interior de la muralla que rodea el conjunto del Palacio Sagrado. Unas estrechas escaleras descendían hasta un oscuro corredor que serpenteaba por las entrañas de la tierra hasta desembocar en otra puerta —no menos disimulada que la primera— a pocos pasos de las arquerías y columnas monumentales del sphendoné⁶⁴ del Hipódromo. No bien había salido de nuevo a la luz del día, la puerta se cerró a mis espaldas sin que el kentarca tuviese el detalle de despedirse de la forma debida de quien, al fin y al cabo, era un superior suyo.

Zenón seguía allí, esperando pacientemente junto al pedestal que sostenía la estatua ecuestre de un antiguo emperador. Los soldados que se habían quedado con él mientras me entrevistaba con Nicéforo habían desaparecido. Estábamos solos.

—¿Y los guardias? —pregunté.

—Hace un rato que se marcharon, cuando se lo ordenó un oficial salido de no se sabe dónde. ¿Qué tal te ha ido?

—Bien. Nicéforo quedó satisfecho.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que vamos a vivir unos tiempos muy interesantes, amigo Zenón —le expliqué—. Pero de momento debemos guardar absoluto silencio. Esas son las órdenes de Nicéforo.

—¿Y nosotros? ¿Qué vamos a sacar en claro de todo esto? ¿Nos van a cubrir de oro o nos despachan con una palmadita en la espalda?

⁶⁴ *Sphendoné*: la vuelta terminal del Hipódromo, frente a las *carceres* o cocheras de salida de los carros.

—¡Zenón, tú siempre tan prosaico! ¿Acaso no te sientes ya recompensado sabiendo que has servido con fidelidad al Imperio?

El armenio frunció el entrecejo.

—Sinceramente, no —refunfuñó.

—Lo suponía.

—¿Entonces? —insistió.

—Bueno, hay cierta finca en Abidos cuyo titular encontró la muerte de forma algo trágica hace unos meses. Nicéforo ha coincidido conmigo en que no es bueno que termine abandonada y se convierta en presa fácil para algún terrateniente ocioso. Y nadie mejor que tú para defenderla y hacerla prosperar.

Sorprendido, Zenón tardó unos instantes en caer en la cuenta.

—¿No te estarás refiriendo al agrídion de Nicetas?

—A ese mismo, amigo. Es tuyo.

—¡No puede ser!

—Tan cierto como que estamos vivos, Zenón.

—¿Y tú?

Por toda respuesta, me limité a sonreír.

χ

Verano de 959
Constantinopla

Durante unos meses pareció que nada extraordinario ocurría dentro ni fuera de los muros del Palacio Imperial. Cada uno de nosotros volvió a sus tareas habituales, como si nada hubiese ocurrido. Esteban, que había sido prevenido por su tío Teodoro y por el eparca para que no realizase más indagaciones sobre el asesinato de Nicetas, comprendió mi reserva con respecto al desenlace de la aventura que habíamos iniciado juntos y nunca volvió a mencionar el tema, aunque no me cabe la menor duda de que Zenón debió de ponerle al corriente de todo lo que sabía.

De otro de los más directamente implicados en el caso, mi hermano Pedro, no había vuelto a tener noticias desde nuestro regreso a Constantinopla. Por fin pude enterarme de que había sido enviado a Tracia por su superior, el Drongario de los Vigla, a investigar las circunstancias en las que un correo imperial, que transportaba parte de las pagas de los destacamentos Tagmata en esa provincia, había sido asaltado y desvalijado por un grupo de bandidos búlgaros. Cuando Pedro regresó no me sorprendió en absoluto verle acompañado por el joven Miguel

Commeno. Pero ninguno mencionó nada con respecto a nuestra común aventura. Era como si nunca se hubiese producido.

Lo único que pude sacarle a mi hermano fue que Vertes, el magiar que tanto nos había ayudado, había visto ratificada legalmente su recién recuperada libertad y que había sido recompensado por el propio Nicéforo con una más que generosa cantidad de oro. Pero lo que más satisfizo al húngaro fue el ofrecimiento que recibió para enrolarse como mercenario en nuestros ejércitos, oferta que aceptó sin dudar, pues había abandonado la idea de regresar a su patria.

—En su tierra ya no le esperaba nadie —me contó Pedro—; sus padres habían muerto siendo él joven y no le agradaba la perspectiva de tener que enfrentarse a sus hermanos por recuperar sus posesiones. Además, se ha acostumbrado a nuestra forma de vida. Un gran tipo ese Vertes; ahora forma parte de un escuadrón de arqueros a caballo estacionado cerca de Tesalónica, donde su sed de aventuras quedará saciada. Y hablando de sed, ¿qué tal si le pedimos a Tarasio que nos sirva otra jarra de este magnífico vino tuyo, hermanito? Mejor aún, ¿por qué no nos lo sirve la joven Constancia? ¿Qué es eso de que no va a quedarse con nosotros?

* * * *

Ofrecer a Sofía los servicios de Constancia fue una excusa estupenda para pasar una muy agradable tarde en compañía de la hermosa viuda Metanoite. Hacía ya dos meses de nuestro primer encuentro y debo decir que mi memoria no había sido capaz de hacer justicia a su belleza. Muchas habían sido las noches en las que su imagen había invadido una y otra vez mis sueños, pero ahora que estaba sentado frente a ella, compartiendo el frescor de su jardín en una cálida tarde estival, hubiera deseado no dormir jamás y permanecer allí para siempre. Supongo que algo parecido debía sentir Paris cuando se encontraba ante su amada Helena.

—Mucho agradezco tu visita, conde, y más aún el ofrecimiento que me haces de los servicios de esta joven. Pero insisto en que fijes un precio para cerrar el trato.

Tal y como había supuesto, Sofía se había mostrado muy satisfecha con las habilidades de Constancia. Bien dispuesta y aleccionada, la joven efesia había puesto lo mejor de sí misma para satisfacer a su nueva ama.

—Mi señora, no podría hacer tal cosa —repuse—. Si mi madre llegara a enterarse de que te he cobrado algo, me mandaría azotar. Considéralo como parte del pago por los dos magníficos ejemplares que me vendiste; *Pollux*, el potro, es uno de los mejores animales que he visto en mucho tiempo y la yegua es la envidia de las calles de Constantinopla. No sé como darte las gracias.

Estaba exagerando un poco, claro, pero mis alabanzas tuvieron el efecto deseado.

—Sea como desees —aceptó con una seductora sonrisa—. Pero permíteme que, al menos, te invite a la cena que voy a ofrecer a algunos buenos amigos dentro de unos días, con motivo de la fiesta de la Transfiguración.

—No faltaré, mi señora. Por nada del mundo.

Dentro de mi pecho, mi corazón latía con tal fuerza que parecía estar a punto de estallar. Inteligente y observadora, a Sofía no debió pasarle desapercibido mi creciente embobamiento. Aunque era demasiado educada como para decir nada, en su fuero interno debía de estar divirtiéndose mucho.

* * * *

A pesar de los crecientes chismorreos de amigos y familiares, Sofía administró a su antojo el tiempo de la mutua seducción. Sin duda necesitaba convencerse de estar haciendo la elección adecuada y, desde luego, no parecía tener prisa. Estoy convencido de que aprendió mucho sobre mí a través de Constancia, por cuya boca sin duda hablaba Artemio, del mismo modo que yo fui descubriendo cosas sobre ella a través de las confidencias que la joven le hacía a mi criado durante sus cada vez menos clandestinos encuentros.

El juego de los galanteos duró hasta una calurosa tarde de mediados de agosto, cuando Tarasio me entregó un mensaje de Sofía en el que me rogaba que acudiera a su casa para tratar de un asunto de extrema importancia. Intrigado, me dirigí de inmediato hacia la morada de mi amada, sin dejar de preguntarme de qué podría tratarse.

No tuve que esperar mucho para averiguarlo. Nada más llegar, y con una elegancia de la que sólo es capaz de hacer gala una dama, Sofía enlazó sus manos con las mías, dejó caer un cálido beso sobre mis sorprendidos labios y me condujo hacia su dormitorio.

Por supuesto, no voy a dar detalles de lo que allí ocurrió.

Ψ

959-963 d.C.

Epílogo

Vientos de cambio soplaron sobre Bizancio con la llegada del invierno. El viejo emperador Constantino, acosado por los achaques y la enfermedad, decidió seguir el consejo de sus médicos y se encaminó a las termas de Pythia, en Bitinia, donde se recuperó lo suficiente como para marchar en peregrinación a los monasterios del monte Olympo. Pero la Parca ya había dictado su sentencia y, tras este último viaje, Constantino murió. Era el mes de noviembre del año 6468 de la creación del mundo.

Las riendas del Imperio quedaron entonces en manos de su incapaz hijo Romano, que no tardó mucho en entregar el gobierno a su favorito, el hasta entonces Drongario de la Flota, José Bringas. Ya como parakimomeno, Bringas se apresuró a sacar de su enclaustramiento a Juan Coerina, que fue nombrado patricio

de los romanos y Gran Heteriarca⁶⁵. Fue un escándalo monumental. Por su parte, la emperatriz Teófano hacía y deshacía a su antojo; incluso se las arregló para mandar a un convento a las hermanas de su marido, con las que estaba en extremo resentida, pues nunca la aceptaron por culpa de sus humildes orígenes.

Sin embargo, nada de esto parecía importar demasiado a Nicéforo Focas. Por aquel entonces estaba en oriente, ocupado con la organización de los territorios mesopotámicos recientemente reconquistados. Mientras otros altos mandos del ejército se preguntaban inquietos cuál iba a ser su destino ahora que Bringas parecía tener todo el poder, Nicéforo y su hermano León se dedicaban a supervisar la construcción de fortalezas, depósitos y atalayas en las nuevas fronteras, a arengar a las tropas y a firmar tratados de vasallaje con príncipes locales.

Era un comportamiento, cuando menos, sorprendente. Algunos sospechaban que el Doméstico había llegado a algún tipo de trato con Bringas e incluso se rumoreó que Nicéforo estaba en posesión de un misterioso y comprometedor documento que, en caso de llegar a hacerse público, supondría el fin de la dinastía y del propio Bringas.

Sea como fuere, poco después Nicéforo era llamado a Constantinopla y puesto a la cabeza de la esperada expedición contra Creta. En muy pocos meses, respondiendo a planes minuciosos elaborados desde tiempo atrás, se levantaba un poderoso ejército de veinticinco mil hombres, compuesto por lo más granado de las unidades de la guardia imperial y de las tropas de los *themas* de Asia y Europa y se organizaba una inmensa flota de más de tres mil transportes y barcos de guerra.

En junio la gigantesca armada soltó amarras y puso proa hacia el sur. No tardó en llegar al puerto de Fygela, donde embarcó el grueso del ejército expedicionario. Guiada por pilotos de la isla de Karphatos, la flota se encaminó hacia Creta y ancló en la bahía de Halmiros. Poco pudieron hacer las escasas tropas reunidas por el emir Abd al-Aziz para tratar de frenar a los romanos, que pronto se encontraron ante las murallas de Jandax, la capital.⁶⁶

Bloqueados por tierra y mar, los cretenses pidieron socorro a los fatimíes y a los cordobeses, pero nadie acudió en su ayuda. Tras un duro invierno que puso a prueba la resistencia de sitiadores y sitiados, el 7 de marzo del año 6469 las máquinas de asedio de Nicéforo lograron abrir una brecha por la que se precipitaron las tropas romanas. Jandax fue tomada al asalto y la mayor parte de su población pasada a cuchillo.

Aquel fue el mayor triunfo de las armas romanas en mucho tiempo y su repercusión, tanto en el mundo cristiano como en el musulmán, enorme. Los romanos volvían a ser, sin discusión, los dueños y señores de los mares.

El victorioso Nicéforo fue recibido en Constantinopla con los honores del triunfo, como antaño habían hecho otros generales y emperadores. Con el pueblo y

⁶⁵ *Gran Heteriarca*: el jefe de la Hetairía, el regimiento mercenario al que estaba encomendada la guardia personal del emperador.

⁶⁶ antes conocida como Heracleia y más tarde como Candia.

el ejército entregados a su persona, pocos dudaban ya de que el devoto general era el auténtico dueño de la Romania. Bringas, Romano y su camarilla de cortesanos empezaban a sentir cómo el suelo se movía bajo sus pies. Por desgracia para ellos, no podían hacer nada por evitarlo: sólo era cuestión de tiempo que Nicéforo se decidiese a quitarlos de en medio. Mientras, y convencido de que la suya era una misión divina, Nicéforo lanzó sus huestes contra el emir de Tarso, Seyf ad-Dawlah, el pertinaz enemigo de Bizancio. Sólo la noticia de la repentina muerte del emperador Romano –algunos dicen que envenenado por orden de Teófono– hizo que el Doméstico se replantease sus prioridades y decidiese actuar en consecuencia.

El ejército proclamó a Nicéforo emperador de los romanos en julio del año 6471 de la Creación. Al mes siguiente era coronado por el patriarca Polieucto en la gran iglesia de Santa Sofía y en septiembre contraía matrimonio con la emperatriz Teófono. Fue el fin de Bringas.

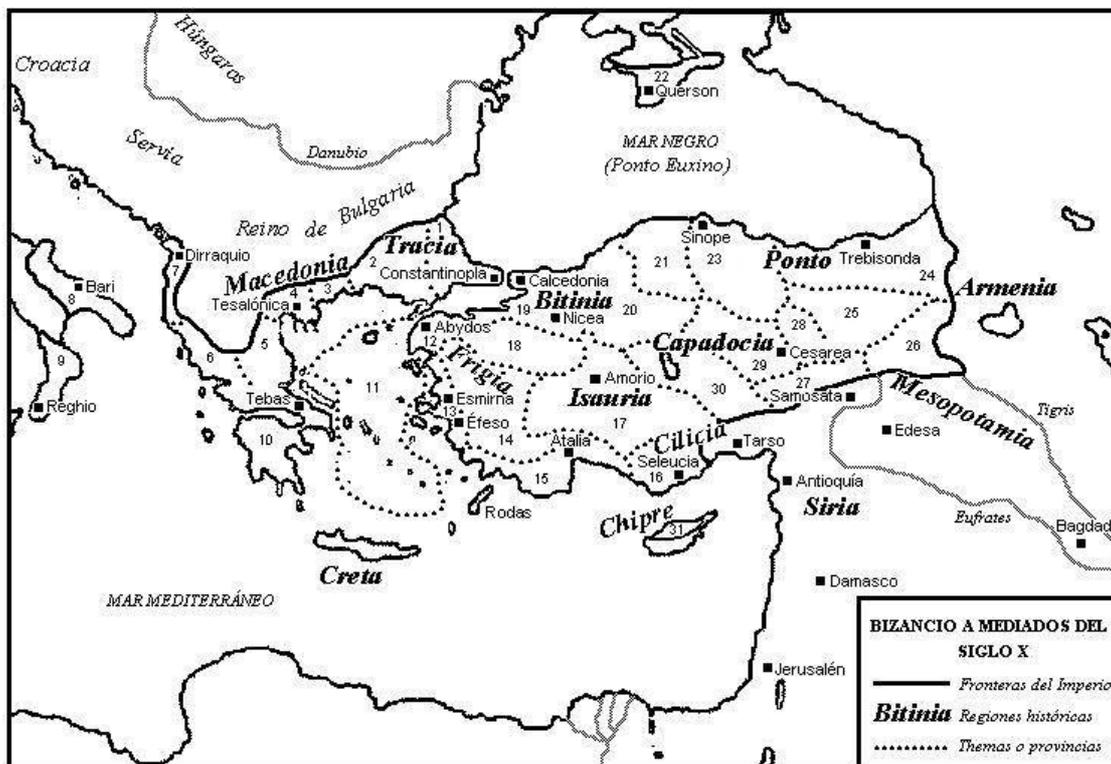
Sin embargo, la vida palaciega no estaba hecha para el viejo soldado. En cuanto se creyó libre de sus enemigos internos se puso de nuevo en marcha y avanzó contra los musulmanes; pronto cayó Cilicia y, no mucho después, Antioquía era reconquistada. Nada parecía poder parar a Nicéforo y a sus huestes.

Pero mientras las armas romanas triunfaban en todos los frentes, entre las sedas y mármoles del Palacio Sagrado los resentidos y los insatisfechos empezaban a tejer su tela de araña. El estricto Nicéforo se había ganado la animadversión de muchos y la misma Teófono había decidido que ya era hora de cambiar de protector. Decidida a compartir el poder y el lecho con alguien más joven y menos antipático, sus ojos se fijaron de nuevo en el sobrino de Nicéforo, el general Juan Zimiscés, con quien se decía que ya había compartido algo más que ceremonias palaciegas.

Claro que, como suele decirse, esa es otra historia.



Mapas



1. Tracia 2. Macedonia 3. Strymón 4. Tesalónica 5. Hélade 6. Nicópolis 7. Dirraquium 8. Longobardia 9. Calabria
 10. Peloponeso 11. Archipiélago 12. Abydos 13. Samos 14. Tracesios 15. Kibyrroetes 16. Seleucia 17. Anatólicos
 18. Opsikion 19. Optimates 20. Bukelarios 21. Paflagonia 22. Querson 23. Armeniakos 24. Caldia 25. Colonea
 26. Mesopotamia 27. Licandos 28. Sebastea 29. Carsianos 30. Capadocia 31. Chipre

